



UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

**el
caso
de
los
simios
legendarios**

ERLE STANLEY GARDNER



Gladys, secretaria de una famosa escritora, se pierde en la montaña durante una tormenta de nieve. Se refugia en una cabaña, y encuentra el cadáver de un hombre. Y Perry Mason, al desentrañar el enigma de un pañuelo en el que están dibujados tres simios legendarios, aclara el misterio que rodea a la escritora y el motivo del asesinato.



Erle Stanley Gardner

El caso de los simios legendarios

Perry Mason - 59

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Mythical Monkeys*

Erle Stanley Gardner, 1959

Traducción: Pedro Espinosa Bravo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo 1

Aquel día seis de febrero hacía un mes que Gladys Doyle trabajaba para Mauvis Niles Meade en calidad de secretaria y, a pesar de ello, la joven no sabía prácticamente nada de la novelista.

Gladys fue contratada, después de contestar a un anuncio que pedía «secretaria discreta, tranquila y diplomática, de veintidós a veinticuatro años». Después de haber sido advertida por Mauvis Meade de que su trabajo consistiría en ser su compañera en todo momento y eventualidad, la joven se vio ocupando una espléndida habitación en el apartamento con terraza que habitaba la novelista en lo alto de un inmueble de Los Angeles. A partir de entonces, Gladys tuvo que escribir breves misivas o telegramas, contestar al teléfono, concertar citas para *interviews* y, sobre todo, cuidar de que miss Meade no fuese molestada cuando no deseaba serlo.

Comentábase que Mauvis Meade se hallaba muy ocupada escribiendo su segunda novela, después del ruidoso éxito conseguido con la anterior.

Si aquello era cierto, Gladys Doyle aún no se había dado cuenta.

En general, eran muy poco conocidos los antecedentes de Mauvis Meade y, teniendo en cuenta el tema de su *best-seller*, hubiera resultado indiscreto profundizar demasiado en ésta cuestión.

El amante de presa narraba la historia de una provinciana que, llegada a Nueva York, había contraído el hábito de drogarse, instigada por un compañero de *week-end*. A partir de entonces se encontró presa en la complicada red de problemas morales y financieros que se derivan de semejante hábito. Un día, su belleza seducía a un individuo sin escrúpulos, que se enamoraba tan profundamente de ella que conseguía desintoxicarla y advertir a «todo el mundo» que mataría al que proporcionase nuevamente drogas a su amante. La deslumbradora belleza de la heroína atraía

después a un célebre abogado cuya influencia iba a manifestarse de forma inesperada... Toda la crítica estuvo de acuerdo en que esa importante novela poseía un indudable acento de autenticidad, que era algo «vvido».

Aquel viernes por la mañana, respondiendo a la llamada de un timbre, Gladys Doyle se presentó, con bloc y estilográfica, ante miss Meade, a quien encontró tendida en una *chaise longue*.

—¿Cuánto dinero le queda para los gastos de la semana, Gladys?

—Cerca de cincuenta dólares.

Mauvis Meade abrió su monedero y sacó de él un abultado fajo de billetes del que separó tres de cien dólares que tendió a su secretaria, diciendo:

—Gladys, va usted a reemplazarme en una cita...

—¿En una cita?

—Sí... ¡Realmente en ocasiones lamento haber vendido esos malditos derechos cinematográficos!

Teniendo en cuenta que aquellos derechos, según se rumoreaba, habían sido adquiridos por doscientos setenta y cinco mil dólares, Gladys no supo qué responder. La novelista, que no esperaba comentario alguno por su parte, continuó:

—Se trata de un tal Edgar Carlisle, con quien me cité en el *Albergue de las Cumbres*, porque pensaba ir a esquiar un poco este fin de semana, pero ya no tengo ganas. Coja usted sus esquís... En el *Albergue* me reservan una habitación cada fin de semana, tanto si la utilizo como si no, y todos los meses pago con un cheque para que no me molesten con cuentas de hotel. No tendrá usted más que firmar en la ficha cuando desee cualquier cosa. Carlisle tiene que telefonarme por la noche. Dígale usted que me ha sido imposible acudir pero que es usted mi secretaria. Vea lo que quiere exactamente... Se trata de la campaña publicitaria que respaldará el lanzamiento de la película. Dejo a su buen sentido lo que debe decirle; tengo confianza en usted. Me parecerá bien todo lo que pueda ayudar a intensificar la venta del libro. En lo que se refiere únicamente a la película, quiero mostrarme razonable, pero no demasiado, porque han preferido pagarme una cantidad, en lugar de hacerme participar en los beneficios, como hubiera sido mi deseo. No existe, por lo tanto, ninguna razón para que me doblegue a sus caprichos, ¿comprende?

—Perfectamente.

—Otra cosa: ese Carlisle es joven y, a juzgar por la forma en que me ha hablado por teléfono, es un conquistador.

—Así, pues, ¿debo mostrarme distante y reservada?

—¡Por Dios, Gladys, no pretendo dictarle su conducta sentimental! Le digo esto sencillamente para que se halle usted prevenida. Le notifico, además, que los domingos por la noche hay que ir prácticamente haciendo cola por la carretera nacional, y tendrá usted que quedarse allí hasta el domingo. Le recomiendo un atajo que es perfectamente transitable durante unos diez kilómetros, viniendo del *Albergue*. Luego, durante unos quince kilómetros, la carretera no es tan buena, pero tampoco mala del todo. Después, puede tomar otra vez la nacional... Hay un pequeño plano en ese cajón, ¿quiere usted dármelo?

Gladys obedeció y entregó a miss Meade la hoja doblada que se hallaba en el cajón.

—No tome esa carretera a la ida —le advirtió la novelista—. Ese tramo se halla en mal estado y las recientes lluvias lo habrán dejado muy enfangado. Para el descenso va bien, pero subir es harina de otro costal... Tome... Anote estas indicaciones en su bloc: al salir del *Albergue*, tomar la carretera nacional. Virar en la segunda desviación a la derecha, después de un puesto de gasolina, luego en la quinta a la izquierda. Llegará así a una pequeña carretera asfaltada que, después de unos dos kilómetros, serpentea junto a la montaña. Tendrá usted que poner el cuentakilómetros a cero cuando esté delante del puesto de gasolina. Así, cuando marque quince kilómetros setecientos, verá usted una bifurcación. Tuerza a la derecha. A veintiséis kilómetros trescientos hay otra bifurcación: vuelva otra vez a la derecha. Después continúe hasta encontrar una gran carretera. No la tome, pero atraviésela para continuar por la carretera pequeña que a partir de allí vuelve a estar asfaltada. Es un camino encantador, bordeado de naranjos. Cinco o seis kilómetros más lejos, vuelva a tomar la carretera nacional que la conducirá hasta Los Angeles.

Mauvis Meade tendió el plano a su secretaria para que lo guardara otra vez en el cajón; luego, cuando lo hubo hecho, le dijo:

—Puede usted marcharse a las tres, Gladys. Y prepárese a regresar, de manera que esté aquí el domingo a última hora, pero

no salga del Albergue antes de las seis de la tarde. No se olvide la llave... y arréglole todo con tiempo. Voy a estar fuera el resto del día. Si alguien telefonea antes de salir usted, dígame que estaré ausente hasta el lunes y que no sabe usted dónde estoy... ¡Ah, olvidaba decirle que a las doce y media deberá ir a la peluquería! He pedido hora a su nombre. Así podrá representarme dignamente ante ese Carlisle.

Cuando Gladys volvió de la peluquería, mandó que bajaran su equipaje al garaje y, en aquel momento, se dio cuenta de que alguien había arrancado de su bloc la hoja en la que había anotado el itinerario indicado por miss Meade.

No pudo explicarse lo sucedido y experimentó una gran contrariedad, sobre todo al comprobar que miss Meade ya se había marchado... Gladys buscó en el cajón de la mesa de despacho y encontró el plano que había usado la novelista. Era un croquis en el que la carretera sólo estaba esbozada hasta la segunda bifurcación. Unas flechas indicaban las vueltas que había que dar.

Desconcertada por la inexplicable desaparición de la hoja del bloc, Gladys se preguntó por qué miss Meade le había dado trescientos dólares, puesto que en el hotel le bastaría firmar para atender a cualquier gasto, y por qué le había recomendado tan encarecidamente que no saliese del *Albergue de las Cumbres* antes de las seis de la tarde... Pero todo aquello carecía de importancia ante la perspectiva de pasar un fin de semana en un lujoso palacio y en compañía de un hombre joven y seductor.

Capítulo 2

Hacía un tiempo ideal para esquiar. Edgar Carlisle era joven, guapo y galante, y no parecía sentir la ausencia de miss Meade ni que ésta fuera reemplazada por su secretaria. Al parecer, le habían dado un amplio margen para gastos y se mostraba dispuesto a aprovecharse de ellos hasta el máximo. A despecho de lo que dijera miss Meade, si se mostró atrevido fue sólo para ver hasta dónde podía llegar. Después, ya no trató de sobrepasar los límites permitidos, y Gladys pasó un fin de semana tan agradable en el *Albergue de las Cumbres* que permaneció allí hasta la noche del domingo, marchándose después de la cena.

Desde las cuatro de la tarde nevaba, y en la carretera nacional, la policía impondría seguramente una multa a quien no llevase cadenas, como en el caso de Gladys. Afortunadamente, por el atajo no tendría nada que temer. Así, pues, la muchacha partió con el corazón ligero, puso el cuentakilómetros a cero ante el poste de gasolina, tomó las curvas indicadas y alcanzó al fin la carretera que serpenteaba junto a la montaña. A aquella altura, caía la nieve en gruesos copos, pero Gladys, que había conducido con frecuencia por la montaña, no experimentaba temor alguno.

Apenas se cruzó con dos o tres coches que iban en sentido contrario. Pensando en el tráfico que debería haber por la carretera nacional, la joven bendijo a miss Meade por haberle indicado aquel atajo tan poco concurrido. Al llegar a la segunda curva, Gladys comprobó que la mejor carretera parecía ser la de la derecha. Pero sus notas, a juzgar por las flechas dibujadas en el plano, señalaban que debía tomar la de la izquierda.

Durante uno o dos kilómetros la cosa fue bastante bien, pero luego la carretera se hizo cada vez peor, resbaladiza, enfangada y llena de baches profundos.

La joven se convenció prontamente de que había un error en el plano. Sin duda era el camino de la derecha el que debió tomar... Además, pensándolo bien, le parecía que, al dictarle el itinerario, miss Meade le dijo que tomase el de la derecha... Sin embargo, recordaba muy bien que en el plano la flecha indicaba el de la izquierda.

De todos modos ahora no tenía espacio suficiente para dar media vuelta y resultaba imposible hacer marcha atrás en semejante carretera. Forzosamente tenía que seguir adelante. De pronto, la luz de los faros le mostró que la carretera formaba un ángulo hacia la derecha y, poco después, las ruedas del coche empezaron a patinar y el vehículo se halló atascado. Aunque resultaba peligroso hacerlo, a causa de la pronunciada curva que se abría tras el coche, a la derecha, la joven echó marcha atrás, dando un poco más de gas. El coche respondió a la maniobra y, por espacio de unos segundos, Gladys se creyó salvada. Pero cuando las ruedas de delante alcanzaron el agujero que las posteriores acababan de cruzar, se hundieron en él y entonces resultó imposible avanzar o retroceder.

La lluvia había sustituido a la nieve. Era una lluvia fría y desagradable. La noche estaba oscura como boca de lobo y Gladys no llevaba linterna. No le quedaba más remedio que esperar en el interior del coche a que amaneciese. Se instaló lo mejor que pudo, después de haber parado el motor y apagado los faros; pero, al cabo de un cuarto de hora, empezó a sentir frío. Debía elegir entre coger una pulmonía o una intoxicación de óxido de carbono. Intentó hallar el término medio poniendo en marcha el motor a intervalos de pocos minutos; pero, en cuanto lo paraba, el coche volvía a enfriarse rápidamente. Al cabo de media hora de tales manejos, Gladys pensó que cualquier cosa era mejor que seguir allí y morir de frío. Al salir del coche, se hundió en el barro hasta más arriba de las pantorrillas; luego recordó que si retrocedía no debía esperar ayuda alguna durante una docena de kilómetros. Era mejor partir a la aventura, hacia adelante. Pero las tinieblas eran tan densas que se veía obligada a avanzar poco a poco, tanteando el terreno con la punta del pie, antes de arriesgarse a afirmarlo, pues era imposible distinguir si seguía pisando la carretera o si se acercaba a un barranco... Al borde de un ataque de nervios, la joven estaba a punto de abandonarse a la desesperación cuando, bruscamente,

divisó un punto luminoso en medio de las tinieblas. Creyó al principio que se trataba de un coche, pero luego se dio cuenta de que aquella claridad estaba inmóvil y se filtraba entre los árboles.

Mientras, sobre su rostro, las lágrimas de alegría se mezclaban con la lluvia, Gladys caminó en dirección a aquella luz, helada y calada hasta los huesos. Llegó finalmente a una cabaña de troncos, rodeada de abetos.

La luz procedía de una única bombilla que se vislumbraba al otro lado de una ventana desprovista de cortinas.

Gladys golpeó la puerta con el puño y gritó:

—¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, ábranme!

La joven oyó un ruido parecido al que produce un mueble al ser corrido y luego el golpe de una puerta al cerrarse al fondo de la cabaña. Unos pasos se acercaron y, un instante después, dibujóse a trasluz una silueta de hombre ante los ojos de Gladys. Vio confusamente que era alto, de anchos hombros y cabellos naturalmente ondulados. Todo en él respiraba juventud, pero su voz sonó huérfana de cordialidad y llena de desconfianza:

—¿Qué hace usted por aquí?

—¡Oh, por favor...! Venía del *Albergue de las Cumbres* y me he equivocado de camino... A doscientos o trescientos metros de aquí mi coche se hundió en un cenagal...

El hombre vaciló un buen rato. Gladys estaba a punto de apostrofarlo, colérica, cuando aquél dijo:

—Está bien, entre... Aquí, por lo menos, podrá usted calentarse.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y la muchacha entró en una habitación cuya extrema rusticidad no excluía la abundancia de detalles de buen gusto, al mismo tiempo que despedía un agradable calor y los efluvios de un oloroso tabaco.

—¡Acérquese a la estufa! ¡Está usted empapada!

Gladys sonrió agradecida a su anfitrión:

—Quizá su esposa...

—No tengo esposa —respondió el desconocido, sacudiendo la cabeza—. Estoy solo aquí.

—¡Oh! —exclamó Gladys, examinándolo con más detenimiento.

Era un hombre de unos veintiocho a treinta años, de nariz recta, mentón agresivo y ojos grises que expresaban irritación y resentimiento.

—¿Tiene usted teléfono, por casualidad?

—No.

—Sin embargo, tiene electricidad...

—Procede de una batería que funciona por medio de un molino de viento. Por eso me esfuerzo en economizarla lo más que puedo.

Al calor de un viejo tonel de esencia, de unos doscientos litros de capacidad, que alguien había transformado en estufa de petróleo, las ropas de Gladys empezaron a humear.

—Es absolutamente necesario que llegue a Los Angeles esta noche —dijo la muchacha—. Me esperan. ¿No podría usted...?

Se interrumpió al ver que movía la cabeza negativamente; luego insistió:

—Pero, ¿por qué? Estoy dispuesta a pagar, a...

—No es cuestión de dinero. Si la carretera está como usted dice, es necesario esperar a que se haga de día.

—¿Esta carretera sigue al pie de la montaña?

Sí... Dos kilómetros más allá conduce a un terreno de *camping* muy concurrido en verano...

—¡Apuesto a que tiene usted un *jeep*! —exclamó de pronto Gladys, con acento esperanzado—. Si pudiera remolcarme sólo hasta ese terreno de *camping*, luego yo...

De nuevo, el hombre meneó la cabeza:

—Da la casualidad de que no tengo aquí ningún coche.

—¿Ningún coche? ¿De ninguna clase?

—De ninguna clase.

—Pero le habrá hecho falta uno para llegar hasta aquí. Usted no puede...

—No creo que tenga por qué discutir mis asuntos personales con usted —le interrumpió secamente el desconocido.

—¡No puedo pasar toda la noche aquí!

—Es usted libre de marcharse si le parece bien —remarcó el hombre con un gesto expresivo—. Además, me pregunto qué hace usted aquí. Su explicación no me ha parecido muy convincente. ¿Cómo pudo equivocarse de camino en la bifurcación cuando la otra carretera está en mucho mejor estado que ésta?

—Porque me dijeron que al llegar allí debía virar hacia la izquierda y...

—¡Ah! En este caso, no se ha equivocado usted. ¿Quién le dijo

que virase a la izquierda?

—Para usar sus mismas palabras, le diré que no pienso discutir mis asuntos personales con usted.

La respuesta arrancó, al fin, una sonrisa al joven.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—¿Y usted?

—John.

—¿John y qué más?

—John y basta.

—En ese caso, conténtese usted también con llamarme Gladys.

—Bueno —dijo el hombre—, ahora que han sido hechas las presentaciones, voy a prepararle un ponche.

—Será bien recibido... Pero si tiene usted alguna idea en la cabeza y se propone emborracharme, prefiero decirle de antemano que no se me vence así como así.

—No tengo ninguna idea en la cabeza, por la excelente razón de que me gustaría tanto verla en el infierno como aquí.

Mientras preparaba el ponche, Gladys observaba al desconocido. Su aspecto y la elasticidad de sus movimientos daban la impresión de que el joven era boxeador, futbolista o algo por el estilo.

—¿Voy a tener que pasar toda la noche junto a esta estufa? —preguntó la muchacha.

—En la cabaña hay dos habitaciones, pero no tienen calefacción. De todas maneras, hay muchas mantas y, gracias a ese tubo que cuelga sobre la estufa, el cuarto de baño dispone de agua caliente...

—¡Maravilloso! Si no tiene usted nada que objetar, voy a tomar un baño...

—Una ducha —corrigió el hombre.

—... una ducha bien caliente, en cuanto me haya bebido ese aromático ponche.

Así lo hizo, después de haberse parapetado en el cuarto de baño. Cuando se vio en el trance de volverse a poner sus ropas mojadas, Gladys vaciló. Luego echó una ojeada a la habitación contigua, de la cual su anfitrión le había dicho que podía disponer... Cogió una de las mantas que había sobre la cama y se envolvió en ella. Después, reuniendo sus vestidos mojados, abrió la puerta del cuarto de baño y volvió a la primera habitación, anunciando:

—Como tengo que secarme la ropa, me he tomado la libertad de

coger una de sus mantas para...

Gladys se interrumpió al comprobar que la habitación estaba vacía. Colocó sus cosas sobre una silla que acercó a la estufa. Luego se instaló en otra, arrojándose voluptuosamente entre los pliegues de la manta. El ponche empezó a producir su efecto y Gladys tuvo que luchar contra el sueño que la iba invadiendo. Entonces se puso en pie y volvió sus ropas de uno y otro lado hasta que estuvieron completamente secas. Conseguido esto, iba a ponérselas de nuevo cuando oyó pasos en el porche y la puerta se abrió, dejando entrar el aire helado de la noche. Vio a su anfitrión que se quitaba un impermeable, reluciente de lluvia, golpeando contra el suelo los pies calzados con unas altas botas de cuero.

—¿No teme enfriarse? —dijo la muchacha.

—Ya veo que se ha puesto usted cómoda —dijo el hombre a guisa de respuesta.

—Voy muy decente —respondió Gladys en tono de desafío.

—No he insinuado lo contrario, y si todavía no se ha encontrado nunca sola con un hombre que no haya intentado seducirla, va usted a enriquecer sus conocimientos con una experiencia nueva, pues, se lo repito, su presencia me fastidia más que otra cosa... No obstante, le he ofrecido hospitalidad. Pero ahora, amiga mía, es hora de tocar retreta. Coja su ropa, enciérrese en esa habitación, cuya puerta posee un magnífico cerrojo, métase en la cama y duerma.

—¿Qué ha ido usted a hacer afuera? —preguntó Gladys, presa de súbita sospecha, acordándose de que no había cortinas en las ventanas—. ¿Estaba usted... estaba usted espiándome?

El joven se contentó con señalar con un dedo en dirección al dormitorio:

—Deje de tomarme por un seductor profesional, *made in Hollywood*. Para su gobierno, sepa que no tengo la costumbre de seducir a la primera muchacha que me encuentro.

—Me tranquiliza usted —respondió la muchacha con retintín.

Mientras hablaba el hombre palpó las ropas de Gladys y, comprobando que estaban secas, las arrojó sobre la cama de la habitación que le había asignado. Esforzándose por conservar el máximo de dignidad bajo la manta, la joven ganó dócilmente el umbral de la otra habitación. Allí se volvió para decir en tono

grandilocuente:

—Buenas noches, John.

—Buenas noches, Gladys —respondió el joven, y su tono era el de un hombre que, desembarazado al fin de un elemento perturbador, volvía a sumergirse ya en más interesantes cavilaciones.

Capítulo 3

Gladys despertó de madrugada con el convencimiento de que se había olvidado de correr el cerrojo de la puerta, pero se dijo que aquel detalle carecía de importancia. Le pareció oír fuera el ronquido del motor de un coche y se incorporó un momento sobre un codo para prestar oído atento. Luego se dejó caer sobre la almohada y volvió a sumirse en el tibio olvido del sueño.

Cuando se despertó de nuevo era ya completamente de día. La lluvia había cesado y el reloj de pulsera de la joven señalaba las siete y media.

Se vistió rápidamente con la idea de refugiarse lo más pronto posible junto a la estufa, pero, cuando entró en la habitación contigua, la encontró fría y desierta. La alimentación automática de la estufa había sido cortada.

—¡John! —llamó Gladys.

No hubo respuesta.

—¡John! —gritó mirando la puerta cerrada del otro dormitorio —. ¿Qué vamos a comer? ¡Tengo hambre!

No obteniendo respuesta, la joven puso la mano sobre el pomo de la puerta y lo hizo girar. No se hubiera sorprendido de que el desconocido se hubiera encerrado en su habitación. Pero la puerta cedió a su peso.

—¡Vamos! ¡Arriba, perezoso! ¡A quien madruga, Dios le ayuda!

Bruscamente, quedó sin aliento al ver lo que yacía en el suelo. Le pareció que durante una eternidad había permanecido aferrada al pomo de la puerta. Luego, de pronto, se puso a gritar.

De todo lo que siguió, sólo pudo conservar el recuerdo de un charco de sangre, de un brazo sin vida, y de un revólver de pequeño calibre que recogió cerca de la ventana y luego dejó caer. Pronto se encontró fuera de la cabaña, corriendo por la enfangada carretera.

Capítulo 4

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, fue a anunciar al abogado:

—Ha llegado una joven, cubierta de barro y muy excitada, que quiere verte con toda urgencia para un asunto de suma importancia.

Mason alzó las cejas con un gesto de interrogación.

—Se llama Gladys Doyle —prosiguió Della Street—, y ha sido empleada por Mauvis Niles Meade como secretaria. Ya sabes, la autora de ese *best-seller* sensacional: *El amante de presa*.

—Sí... ¿Y dices que esa miss Doyle está cubierta de barro?

—Al verla se diría que ha andado muchos kilómetros, por el campo, bajo la lluvia, antes de llegar aquí.

—¿Edad?

—Veintidós o veintitrés años, guapa, buen tipo...

—Voy a recibirla —dijo vivamente Mason; y, al ver que su secretaria esbozaba una sonrisa, añadió—: No por su belleza, sino porque se ha presentado en tan lamentable estado. Si a una muchacha como ésa se le ocurriera contratar los servicios de un abogado para que se ocupara de sus asuntos y no le resultara muy caro, hubiera empezado por ir a la peluquería. A juzgar por la descripción que me has hecho, debe de tratarse realmente de un asunto urgente y esa señorita no se propone pagarme en especies.

Minutos más tarde, Mason acogía a Gladys Doyle, diciéndole:

—Mi secretaria me ha dicho que deseaba usted consultarme sobre un asunto extremadamente urgente. ¿Querrá usted resumirlo en pocas palabras para que vea si puedo serle útil? En caso afirmativo, me lo detallará usted luego.

La joven asintió y le resumió brevemente su aventura de la noche y su trágico fin.

—¿El muerto era el hombre que estuvo con usted en la cabaña?

—preguntó el abogado.

—No. Era otro... Y cuando regresé al sitio donde mi coche se había atascado, me llevé una sorpresa al ver que alguien lo había sacado de aquel agujero... La llave de contacto estaba puesta en su sitio... No tuve que hacer otra cosa más que ponerlo en marcha.

—¿Conocía usted al muerto?

Gladys negó con la cabeza.

—¿Cómo supo que estaba muerto?

—Estaba muy pálido... y luego aquella rigidez y la sangre sobre el entarimado... Me arrodillé junto a él para tomarle el pulso, pero no cabía la menor duda de que estaba muerto.

—Y luego, ¿vino usted directamente a buscarme?

—No. Fui primero al apartamento de Mauvis Niles Meade, para la que trabajo... y, ¡oh, míster Mason!, los cajones, las ropas, los papeles... ¡Todo estaba por el suelo en un espantoso desorden!

—¿Y Mauvis Niles Meade?

—Ni rastro de ella. Me había dicho que si alguna vez se encontrase en apuros iría a consultarle a usted. Así, pues, heme aquí...

—Sí —dijo Mason—, parece encontrarse efectivamente en una curiosa situación. Antes de avisar a la policía, creo que es mejor que nos aseguremos de algunas cosas. Eso es, ¿por qué no fue usted a comunicar a la policía el hallazgo de ese cadáver, en cuanto recuperó su coche?

—Porque me di perfecta cuenta de la situación en que me hallaba. Si podía evitarlo, prefería que no se supiese que pasé la noche en esa cabaña.

—¿Por qué?

—Por mi reputación, desde luego, pero, sobre todo, porque comprendía que mi historia parecería inverosímil. Del hombre que había visto allí sólo sabía que había dicho llamarse John. A juzgar por las apariencias, el otro hombre ya debía estar muerto en aquella habitación, cuando... cuando llegué a la cabaña... Me di cuenta de que mi presencia molestaba a John, de que le estorbaba... Cuando fui a ducharme, supongo que salió para espiarme... No para verme desnuda, sino para saber si sentía curiosidad por lo que había en el otro dormitorio...

—¿Tenía cerrojo la puerta de su habitación?

—Sí...

—Cuando se fue usted a dormir, lo debió correr, naturalmente. Miss Doyle enrojeció. Luego rió brevemente.

—Creo que una no debe esconder nada a su abogado. No corrí el cerrojo... Y, con franqueza, no fue un olvido por mi parte... Sé que soy bastante bonita, y, aunque estaba decidida a rechazarlo, me humillaba que el chico no se hubiera insinuado y, al verme cubierta únicamente con una manta, sólo se le ocurriera enviarme a dormir, diciéndome que me cerrase por dentro.

—Sí —dijo apreciativamente Mason—, es una reacción muy femenina. Hay que reconocer que, si ese chico era normal, su actitud con respecto a usted no lo fue en absoluto.

—Gracias —dijo Gladys, con una sonrisa, antes de añadir—: Parecía muy preocupado y ahora me explico por qué. Me dijo que no tenía coche, pero con toda seguridad no llegó andando hasta allí. Por otra parte, cuando me desperté la primera vez, oí el ruido de un motor. Debió de servirse de su coche para sacar el mío de aquel bache.

—Pero, según usted ha dicho, desatascó su coche por el lado opuesto a la cabaña. ¿Cómo no se hundió a su vez en el bache?

—Quizá tenía un *jeep* y la costumbre de conducir sobre terreno irregular.

—¿Vio usted si había huellas de *jeep*?

—No, míster Mason... Sólo tenía una idea fija: marcharme lo más de prisa posible de allí... y hete aquí que me encuentro con que han registrado el apartamento de miss Meade.

—¿Puede decirme dónde está situada esa cabaña?

—Sí... Tome, he dibujado un pequeño plano, de memoria... Eso es el *Albergue de las Cumbres*, donde he pasado el fin de semana... este es el atajo que tomé para volver, como me indicó miss Meade.

Mason cogió el plano, lo estudió unos momentos y luego inquirió:

—¿Tiene usted algún otro vestido en casa de miss Meade?

—Sí, desde luego. Cuando vi lo que había pasado, no me entretuve ni siquiera en cambiarme.

—Muy bien... ¿Tiene usted dinero o cuenta corriente en algún establecimiento? —preguntó el abogado, satisfecho.

—Llevo dinero encima.

—Bueno... Quizá mi secretaria pueda proporcionarle algo para que se cambie. Tienen aproximadamente la misma talla... En caso contrario, irá a comprarle algún *prêt-à-porter*. Cuando se haya usted cambiado, volverá a casa de miss Meade, luego irá a buscar al gerente del inmueble para decirle que está usted muy preocupada por miss Meade, que tal vez ha tenido una crisis de nervios y lo ha revuelto todo en su casa... Pero que quizá también pueda tratarse de un robo... En fin, que la ausencia de miss Meade es insólita... Tendría que estar allí, ¿verdad?

—Sí. Yo misma debía haber vuelto anoche. Me advirtió que tendríamos algo muy importante que hacer esta mañana.

—Está bien. Espere un momento —añadió Mason; y descolgó el auricular del teléfono para preguntar por el teniente Tragg, de la brigada criminal.

Cuando obtuvo la comunicación, el abogado dijo:

—Teniente, Perry Mason al aparato... Está usted en contacto continuo con las autoridades del condado, ¿verdad?

—Sí, trabajamos en estrecha colaboración. ¿Por qué? ¿Tiene usted algún cadáver?

—Sí, tengo un cadáver —confirmó Mason.

—¡A fe mía que los colecciona! —exclamó el otro secamente—. Debe de poseer un don especial para descubrirlos.

—Éste no lo he descubierto yo, pero estoy dispuesto a colaborar con usted, si me promete que hará lo mismo. Hay un cadáver en una cabaña situada cerca de un camino que desciende desde el *Albergue de las Cumbres*.

—¿Quién es su cliente en este asunto?

—No estoy autorizado a decírselo.

—¿Y a eso le llama colaborar? —gruñó Tragg.

Hubo un momento de silencio; luego Tragg preguntó:

—¿Dónde está exactamente esa cabaña?

—Coja un lápiz, que voy a darle todos los datos necesarios.

Cuando lo hubo hecho, Tragg preguntó:

—¿Cómo se ha enterado de todo eso su cliente?

—No tengo por qué decírselo.

—Perfectamente, se lo dirá al gran jurado^[1] cuando declare ante él, después de haber prestado juramento.

—Prestaré juramento pero no declararé nada, basándome en el

secreto profesional.

—Bueno, bueno, ya veremos —murmuró Tragg, colgando el teléfono.

Mason se volvió entonces hacia Gladys Doyle:

—Ahora, puede usted marcharse. Cuando le pregunten algo acerca del ciclón que parece haber pasado por el apartamento de miss Meade, dirá usted que lo encontró así a su vuelta. Si quieren saber «cuándo» volvió usted y de «dónde» venía, diga la verdad en lo que se refiere a la hora en que descubrió el apartamento en completo desorden. Luego, sin precisar demasiado a este respecto, diga que salió para ir a ver a alguien que tal vez podría decirle dónde estaba miss Meade. Después de esto, diga con firmeza que no quiere hacer ninguna declaración antes de ver de nuevo a miss Meade, porque ésta la había encargado un asunto particular este fin de semana. Si la policía insiste, muéstrese enojada, trátelos de impertinentes a todos, pero no abra la boca.

—¿No debo hacer ninguna alusión al *Albergue de las Cumbres* ni al asesinato?

—¡No, por Dios! Y que no se le meta en la cabeza que se trata de un asesinato: probablemente es un suicidio.

Capítulo 5

Aquel mismo día, a última hora de la tarde, Gertie, la telefonista de Perry Mason, no había acabado aún de anunciar la llegada del policía cuando el teniente Tragg entraba ya en el despacho del abogado:

—¡Hola, Perry! Pasaba por aquí y se me ocurrió subir a charlar un rato con usted sobre ese asesinato cometido en Pine Glen Canyon.

—Encantado de verle, como siempre, teniente. Espero que algún día aprenderá a hacerse anunciar y a no entrar antes de que se le haya dicho: «adelante».

—No, Perry. Si obrásemos así, pasaríamos la mayor parte de nuestro tiempo en las salas de espera, mientras los sospechosos se aprenderían de memoria la lección que les enseñarían sus abogados.

—¿Y si hubiese tenido a un cliente en mi gabinete?

—Eso le hubiera demostrado la eficiencia de la policía, amigo mío. A propósito, tiene usted un cliente acerca del cual quisiera saber algunos datos...

—Probablemente tengo muchos en ese caso —dijo el abogado.

—Sí, claro claro... ¿Cómo está usted, Della?

—Muy bien, gracias —respondió la secretaria.

—Veo que tienen ustedes mucho trabajo... Yo también. Imagínese que una tal Gladys Doyle...

Hizo una pausa intencionada, pero Perry Mason no pestañeó y, con la mayor naturalidad, preguntó:

—¿Doyle? ¿Cómo el novelista?

—Sí... Por cierto que trabaja para una novelista, Mauvis Niles Meade, en calidad de secretaria. Se ausentó durante el fin de semana y al regresó se encontró el apartamento como si hubiese sido desvalijado.

—¿Ha llamado a la policía? —preguntó el abogado.

—Avisó al gerente del inmueble, el cual tuvo la idea de llamarnos.

—¿Y bien?

—Entonces hicimos a miss Doyle las preguntas de costumbre y declaró que había descubierto el apartamento en aquel estado, al volver de una misión confidencial que le había encargado miss Meade.

—¡Hum! —murmuró Mason.

—Como es lógico, seguimos la rutina habitual y hemos hecho algunas comprobaciones. Según el portero y el encargado del garaje, miss Doyle debía volver anoche para reintegrarse a su trabajo esta mañana. Sin embargo, llegó esta mañana, hacia las nueve, y se volvió a marchar en seguida.

Mason no hizo comentario alguno, contentándose con demostrar cierto interés.

—Buscamos huellas digitales en el apartamento, como siempre lo hacemos en caso de robo. Pero, cuando preguntamos a miss Doyle dónde había pasado el fin de semana y se negó a aclararnos ese punto, ampliamos nuestra investigación con respecto a ella. El tipo del garaje nos dijo que miss Meade había dado instrucciones para que se llenase completamente el depósito de su coche, con anticongelante y todo, pues miss Doyle debía utilizarlo para dirigirse al *Albergue de las Cumbres*. Nos bastó una llamada telefónica para saber que salió del *Albergue* anoche, después de la cena. Desde luego, tenemos la manga muy ancha; cuando una chica guapa pasa la noche fuera de su domicilio y se niega a decir dónde ha estado, no insistimos inútilmente.

Tragg se acarició la barbilla:

—Pero teníamos ese crimen de Pine Glen Canyon... por donde *se puede* pasar volviendo del *Albergue de las Cumbres*. Miss Doyle, al salir del hotel, dijo precisamente que se proponía tomar por un atajo... La rutina nos hizo mirar si había rastro de manchas de sangre en las ropas de miss Doyle...

—¿Y...? —dijo Mason, cuando el otro se interrumpió.

—Y no encontramos ninguna —respondió Tragg—. Pero, siempre por rutina, examinamos esas ropas a través de los rayos ultravioleta e infrarrojos... Como usted no ignora, los tintoreros

usan, cada vez más, marcas invisibles a simple vista pero cuya tinta fluorescente es descubierta por esos rayos.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

Tragg sonrió, se sentó a medias en un ángulo de la mesa del abogado y balanceó ligeramente el pie izquierdo.

—Entonces, como las ropas que llevaba tenían una marca distinta a la que descubrimos en sus otros vestidos, pensamos que podía haberlas pedido prestadas a alguien, porque precisamente las que vestía antes estaban manchadas de sangre. Así, pues, hicimos una pequeña averiguación sobre la insólita marca...

La sonrisa de Tragg se desvaneció:

—... y pensé que miss Della Street nos diría tal vez por qué prestó algunas de sus ropas a esa Gladys Doyle... Pensé también que resultaría interesante comprobar si en casa de miss Street están las ropas manchadas de sangre que pertenecen a miss Doyle.

—¿Quiere usted ir a verlo? —preguntó Mason.

—Ya se están ocupando de ello —contestó tranquilamente Tragg—. Dadas las circunstancias, hemos preferido proveernos inmediatamente de una orden de registro. Nos hemos dicho que si mister Mason nos habló de un crimen, sería probablemente porque uno de sus clientes había descubierto un cadáver, y cuando hallamos a alguien que llevaba un vestido perteneciente a miss Street, secretaria de mister Mason, inmediatamente atamos cabos.

—Temo que miss Street no apruebe sus procedimientos —dijo Mason.

—¡Oh, sin duda alguna! —asintió Tragg—. A las mujeres no les gusta que la policía vaya a registrar su casa. Pero, no se preocupe, Della, he recomendado a mis hombres que no lo registren todo, que se limiten a buscar las ropas en cuestión...

Fue interrumpido por el timbre del teléfono. Della Street lo tomó maquinalmente.

—¿Diga?... Es para usted, teniente —dijo en tono agrio.

Tragg se recostó sobre la mesa para tomar el auricular que le tendía Della.

—Tragg al aparato... ¡Ah, sí! ¿Cuándo? Perfectamente. Muchas gracias.

Cuando hubo colgado el teléfono, dijo, dirigiéndose a Della Street.

—Han encontrado la ropa de Gladys Doyle y van a llevarla al laboratorio. Podrá usted recuperarla luego... a menos, desde luego, que se descubran en ella manchas interesantes...

Tragg entrelazó los dedos en torno a sus rodillas y sonrió a Mason.

—Creo que ahora quizás esté usted dispuesto a decirme si Gladys Doyle es la persona que le informó del asesinato cometido en Pine Glen Canyon.

—¿El hecho de que haya pedido ropa prestada a miss Street indica, pues, que es una asesina? —preguntó Mason.

Tragg sonrió.

—Hace usted conclusiones demasiado rápidas, Mason. No he dicho nada semejante. Espero simplemente saber lo que descubrirán los muchachos del laboratorio.

—En todo caso, le agradezco que me haya avisado, teniente —intervino Della—. Así me evita una sorpresa desagradable cuando llegue a mi casa y lo encuentre todo de cualquier manera.

—¡Oh, no tiene importancia, miss Street! Sabemos que si hace usted cosas es por orden de su jefe. Pero nos gustaría conocer exactamente cuáles son sus órdenes... y creo que Mason haría bien en decírmelas, porque ocultar piezas de convicción puede ser muy grave en ciertos casos...

—Ni miss Street ni yo soñaríamos en hacer nada semejante —intervino Mason—. Si no recuerdo mal, Tragg, para que una persona pueda ser acusada de ocultar una pieza de convicción, es necesario que esté enterada de que se trata de una pieza de convicción y que la esconda. Por lo tanto, estoy seguro de que si sus hombres han encontrado en casa de Della Street ropas pertenecientes a miss Doyle, no estaban escondidas sino a la vista del que entrase en el apartamento. No obstante, usted dice que esas ropas son piezas de convicción; pero, a menos que se encuentren en ellas manchas de sangre o cualquier otra huella significativa, en mi opinión sólo son meras piezas de ropa.

—Eso es lo que enseña la carrera de Derecho —dijo Tragg, poniéndose en pie y acercándose lentamente a la puerta—. He subido simplemente porque pasaba por aquí... Estaba seguro de que Perry sabría responder en su lugar, Della.

Después de haber lanzado esta flecha, el policía salió del

despacho. Mason y Della Street cambiaron una mirada.

—Han detenido ciertamente a Gladys Doyle —dijo Mason—, pero no la dejarán telefonear a un abogado a menos que la acusen formalmente, y, en ese caso, seríamos informados en seguida por nuestro cliente.

—¿Y entretanto? —preguntó Della Street.

—Entretanto, vas a llamar a Paul Drake, de la Agencia de Detectives Drake, para que le demos un poco de trabajo.

La Agencia Drake tenía sus oficinas en el mismo que el gabinete de Mason y permanecía abierta las veinticuatro horas del día.

Poco después, Paul Drake llamaba, del modo acostumbrado, a la puerta que comunicaba directamente el gabinete de Mason con el corredor del piso.

—Buenos días, querida —dijo dirigiéndose a Della cuando le abrió—. Hola, Perry.

El detective se dejó caer en un sillón, apoyó los hombros contra el respaldo, cruzó las piernas y preguntó:

—¿De qué se trata esta vez?

—Mauvis Niles Meade, la autora de *El amante de presa*, tiene una secretaria llamada Gladys Doyle —empezó diciendo Mason—. Esta última acaba de ser detenida por la policía, que desea interrogarla acerca de un asesinato cometido la noche pasada en Pine Glen.

—¿Dónde para eso de Pine Glen?

—En la montaña, entre el *Albergue de las Cumbres* y ...

—¡Ah!, sí, ya sé, un cañón bastante salvaje, al final del cual hay un terreno de *camping* que se llama precisamente Pine Glen.

—Eso es —afirmó el abogado—. Se ha cometido allí un asesinato la noche pasada y quisiera que averiguases todo lo que puedas acerca de él. Esto es lo que está haciendo ahora la Policía. Dame algunos antecedentes de Mauvis Niles Meade y trata de descubrir dónde está ahora. Al parecer su apartamento ha sido hallado en completo desorden, pero no creo que se trate de un vulgar robo.

—Puedo anticiparte ya que la novela de Mauvis Meade está considerada como extraída de la realidad. A decir verdad, creo que algunas de las cosas que dice en ella podrían producir jaqueca a una cabeza tocada con birrete.

—¿Qué clase de birrete, Paul?

—De abogado.

—¿Qué clase de abogado?

—No lo sé exactamente, pero, según los rumores que circulan, debe de tratarse de un colega tuyo, un abogado criminalista.

—¿Qué contiene ese libro que pueda causar preocupaciones a ese abogado?

—¿Lo has leído, Perry?

—No, pero he oído hablar de él. Trata de una mujer que conoce muchos hombres, ¿eh?

—Sí, y entre ellos hay un abogado. Dicen que ese abogado existe realmente. Al parecer, él y Mauvis Meade fueron amigos durante cierto tiempo y todo iba bien entre ellos. Pero las cosas cambiaron cuando Mauvis sintió la vocación de escritora.

—¿Acaso el abogado le había contado demasiadas cosas?

—Sí. Ese abogado tenía entre su clientela un buen número de *bookmakers*, dueños de garitos, organizadores de loterías, y contrabandistas de la buena sociedad. Una clientela prometedora...

—Sin duda alguna —asintió Mason.

—Pero cuando un abogado de esa clase ha ganado..., digamos, un millón de dólares, de ese modo le duele mucho entregar nueve décimas partes del total al recaudador de impuestos.

—El gobierno considera comúnmente que sus derechos son exigibles con absoluta prioridad —señaló secamente Mason.

—Sí, pero para ello es preciso que el gobierno conozca la existencia de ese millón y pueda probarla. Si uno no posee cuenta corriente en un banco, si no trata más que con especies entregadas a mano, y tiene varios hombres (o mujeres) de paja...

—En ese caso, sí, evidentemente...

—Volviendo a Mauvis Meade, Perry, ¿cuánto hace que tu cliente está a su servicio?

—Alrededor de un mes, según creo.

—Sólo es un presentimiento, Perry, pero no me extrañaría que tu cliente hubiese sido elegida para desempeñar el papel de inocente enlace.

—¿Elegida por quién y para quién?

—Por un astuto abogado, a fin de ayudarle a salir de la delicada situación en que se encuentra con respecto a ciertos clientes muy especiales.

—En tal caso, Mauvis Meade estaría complicada en este asunto —dijo Mason.

—¿Tenemos pruebas de lo contrario? —preguntó Drake.

Mason quedó un momento pensativo y luego se volvió hacia Della Street.

—Della, pequeña, telefona a la Residencia Sitwell, donde vive miss Meade. Di que eres la secretaria de míster Mason y que míster Mason desea vivamente ver a mis Meade, en cuanto llegue. Subraya bien que deseo hablarle personalmente lo más pronto posible.

Mientras la secretaria se apresuraba a buscar el número de teléfono, Mason dijo a Drake:

—Entretanto, Paul, haz lo que te he dicho. Si puedes localizarme a miss Meade antes que los periodistas...

—¡Jefe! —intervino Della con excitación—. ¡Acaba de llegar! La telefonista la ha visto entrar hace unos cinco minutos y ahora está llamándola... ¿Oiga? ¿Miss Meade? —prosiguió, retirando la mano del micrófono—. Aquí, el gabinete de míster Perry Mason. Míster Mason desea hablarle, miss Meade... No se retire, por favor.

—¿Oiga? —dijo Mason tomando el aparato.

—¡Hola, míster Mason! —respondió una voz de mujer algo ronca—. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias. Me gustaría mucho verla, miss Meade.

—Lo mismo digo, míster Mason.

—¿Está usted en su apartamento en este momento?

—En lo que queda de él, sí. Todo está hecho una lástima. El gerente del inmueble está aquí comprobando los daños.

—¿Está ahí con usted?

—Sí.

—Por favor, ¿quiere pedirle que no diga a nadie que ha regresado usted hasta que yo pueda verla? Su secretaria, Gladys Doyle, está en un apuro y me ha encargado que la saque de él... Supongo que está usted dispuesta a ayudarme a hacerlo...

—¿Cuánto tardará usted en venir?

—Iré en seguida —le aseguró Mason.

La novelista pareció dudar un instante, pues permaneció en silencio; luego dijo:

—Bien, en tal caso, de acuerdo... Avisaré al gerente. Mi apartamento es el número 46A. Suba directamente. No es necesario

que se haga anunciar.

—Perfectamente —repuso Mason, y colgó el teléfono. Luego, dirigiéndose a su secretaria y a Drake, dijo—: Voy a casa de miss Meade. Della, vas a cerrar el despacho. Tú, Paul, arréglatelas para estar disponible cuando vuelva.

—Estaré en mi oficina —respondió el detective.

—Y yo, voy a cerrar —anunció Della—, pero te esperaré aquí, jefe.

—Gracias, Della —dijo Mason dándole un golpecito afectuoso en un hombro.

Luego, cogió su sombrero y desapareció por la puerta del corredor.

Capítulo 6

Cuando fue a abrir la puerta a Mason, Mauvis Meade iba vestida con un pijama de seda negra y en su mano izquierda llevaba una larga boquilla de marfil. Miró a Mason de arriba abajo con una atrevida sonrisa y le dijo:

—Es usted como aparece en las fotos... Vigoroso, algo rudo... e intensamente varonil. ¡Entre, míster Mason! He recogido algunas cosas, pero haría falta un día entero para poner en orden este apartamento... ¡Me gustaría que Gladys estuviera aquí para ayudarme! ¿Cuánto tiempo cree que la retendrá la policía?

—Depende —respondió vagamente Mason siguiendo por el *living* a una Mauvis Meade cuya forma de caminar denotaba que tenía la costumbre de atraer las miradas de los hombres y que esto no la desagradaba.

—Siéntese, míster Mason... ¿Quiere beber algo?

—De momento, nada, gracias... Prefiero no perder un segundo antes de que vengan a interrumpir nuestra entrevista.

—¿Cree usted que van a venir a interrumpirnos?

—Me temo que sí... ¿Qué sabe usted exactamente de la situación en que se encuentra miss Doyle?

—Poca cosa. Con vistas a una especie de colaboración publicitaria (por la que, dicho sea de paso, no sentía ningún interés) debía encontrarme en el *Albergue de las Cumbres* con un tal Edgar Carlisle, representante de la firma que ha comprado los derechos cinematográficos de mi libro. No tenía ganas de ir a esquiar y, así, hice que Gladys me sustituyera. Por si usted no lo ha notado, Gladys es una chica muy guapa y creo que no se deja intimidar fácilmente... En fin, le entregué una suma bastante generosa para sus gastos y le dije que tomara mi coche para ir allá.

—¿Le dijo usted también que tomara un atajo para regresar?

—Eso es. El domingo por la noche hay tal cantidad de tráfico por la carretera que circular por ella resulta algo infernal. Siempre me he felicitado de conocer ese atajo.

—¿Sabe usted lo ocurrido?

—Vagamente... El gerente me dijo que Gladys se extravió y que luego se le atascó el automóvil en un bache y tuvo que pasar la noche en una cabaña donde descubrió un cadáver.

—¿Cómo supo usted que existía ese atajo? —preguntó Mason, tratando de aparentar despreocupación.

Mauvis Meade le miró, recostóse luego sobre los cojines del diván, movimiento que puso tensa, sobre sus firmes pechos, la seda negra del pijama, y, en vez de responder a la pregunta, declaró:

—Pensando en que algún día podría encontrarme en apuros, le dije a Gladys que, en parecida situación, recurriría a Perry Mason... Y he aquí que ahora trabaja usted para ella.

—¿Qué entiende usted por «trabajar para ella»? —inquirió el abogado.

—Va usted a representarla, ¿no es cierto?

—Si la hacen objeto de una acusación formal, sí.

—Y, claro está, mientras usted la represente no podrá hacerse cargo de otros clientes que puedan tener intereses opuestos a los suyos.

—En principio, no.

—¡No sabe cuánto siento haberle hablado a Gladys de usted!

—¿Por qué? ¿Cree que va a necesitar un abogado?

La escritora lo miró de reojo, con una sonrisa maliciosa:

—Dadas las circunstancias, me parece que es usted muy cándido, míster Mason.

—¿Cree usted que sus intereses y los de Gladys Doyle podrían resultar contrapuestos?

—Prefiero abstenerme de precisar, y continuar creyendo que es usted muy cándido.

—Muy bien —dijo Mason—. Supongamos, pues, que es usted un testigo y que yo la interrogo.

—¿Testigo de qué?

—De lo que pueda usted saber.

—Bien. ¿Qué sé yo?

—Empecemos por el principio. Usted ha escrito una novela que

ha constituido un verdadero éxito.

—Modestia aparte, no puedo decir lo contrario.

—¿Podría usted decirme cuánto le han pagado por los derechos cinematográficos, por ejemplo?

—Los periódicos han hablado de doscientos setenta y cinco mil dólares, y generalmente están bien informados.

—¿Y sus derechos sobre la venta del libro?

—La edición corriente se ha vendido bien, pero las mayores ganancias las producirá la reedición del libro en formato de bolsillo. Me han garantizado un buen tiraje y los derechos del mismo me serán pagados en diez entregas iguales, a razón de una por año.

—¿Cree usted que su libro seguirá vendiéndose durante diez años?

—Probablemente, no; pero prefiero esta solución, porque si recibiera mis derechos de una vez tendría que entregar casi la totalidad al recaudador de impuestos.

—Y, como es natural, escribirá usted otros libros.

—Eso no es tan seguro —dijo Mauvis Meade con aire pensativo.

—¿Va usted a aprovecharse del éxito?

—Míster Mason, no me hago ilusiones acerca del valor literario de mi novela. Si realizara usted una encuesta sobre los *best-sellers* descubriría que la mayor parte de las obras atrevidas, escritas por mujeres bonitas, cuya foto adorna la portada, se venden como el agua. Las lectoras adoran leer esas historias contadas por sus hermanas por parte de Eva. A los lectores también les gusta mirar la fotografía de la autora, mientras se preguntan cómo pudo aprender todo eso que cuenta, puesto que son cosas que generalmente se ignoran cuando se está bien educado. Eso deja el campo abierto a toda clase de hipótesis y hace aumentar las ventas. Todo está bien en un primer libro. Pero si la dama en cuestión reincide, el público ya no reacciona tan favorablemente... Su primer libro era seductor... Era estupendo que una mujer tan hermosa se expresase así. En cambio, si vuelve a hacerlo se convierte en algo parecido a una prostitución mental. ¿Ve usted la diferencia?

—Veo que ha estudiado usted seriamente el problema.

—¡Ah, sí!... He leído muchos *best-sellers* y he aplicado a mi novela todas las recetas que aprendí en ellos.

—Y describe usted, según tengo entendido, a un gran número de

hombres tan poderosos como faltos de escrúpulos.

—Todos los hombres que tienen poder están faltos de escrúpulos, sobre todo en lo que se refiere al amor. Están acostumbrados a lograr cuanto quieren, de un modo u otro. Eso les gusta a los lectores. Por la misma razón, la heroína no debe ser una cándida paloma, sino una mujer joven consciente de su encanto y que sabe extraer buen partido de él. Si no llega a conseguir casarse, es preciso, por lo menos, que esa situación le produzca un enorme beneficio material. A la gente le gusta que sea así.

—¿Por qué? —inquirió Mason, estudiando con interés a su interlocutora.

—Supongo que será, probablemente, porque toda mujer respetable y casada se complace en preguntarse qué éxito habría logrado si se hubiera apartado del camino recto.

—Me parece una apreciación bastante sórdida de la vida y de la literatura —dijo el abogado.

—En todo caso, es una apreciación muy lúcida del «mercado» literario.

—¿Y emprendió usted deliberadamente esta explotación?

—Sí —dijo la escritora, en tono burlón—. Para desquitarme de que mis propios encantos fueran explotados por hombres sin escrúpulos.

—¿Es eso cierto?

—Puede usted suponer que lo es.

—Lo que me dice me interesa muchísimo, pues creo que lo que le sucedió la noche pasada a Gladys Doyle se debe precisamente al hecho de que trabajase para usted. El anuncio solicitando secretaria que hizo usted insertar en el periódico, era muy poco convencional.

—Es que no deseaba una secretaria convencional. Necesitaba una mujer joven que correspondiese a la clase de publicidad que me he procurado.

—¿Y le indicó usted ese atajo en la montaña?

—Sí.

—¿Arreglándoselas de tal modo que tuviera que ir a parar irremediabilmente a esa cabaña de Pine Glen?

—En eso, míster Mason, está usted completamente equivocado. Usted...

Llamaron a la puerta.

—Esperaba que esta fase de la investigación podría terminar sin que fuéramos interrumpidos —dijo Mason.

—Sí, pero no estoy muy segura de que desee que esta «fase de la investigación» como usted dice, llegue a su fin. Tenía grandes deseos de conocerle, pero nuestro primer encuentro no ha sido como yo esperaba. Creí que podría ocuparse usted de mis asuntos y descubro que, por culpa de una observación estúpida, le he puesto en la imposibilidad de...

De nuevo llamaron a la puerta, luego alguien se puso a tamborilear sobre la madera.

Levantándose ágilmente, Mauvis Meade pasó ante Mason y fue a abrir.

—Podría usted someterse a las reglas de la casa y hacerse anunciar por teléfono —dijo—, en lugar de querer echar abajo mi puerta.

—Lo siento, señora —respondió una voz que resultaba familiar para Mason—, pero soy el teniente Tragg, de la Brigada Criminal, y tenemos como principio no hacernos anunciar nunca. Si no tiene usted inconveniente voy a entrar, porque deseo hablar con usted.

—No estoy sola —replicó Mauvis Meade.

—Tanto mejor —dijo Tragg, penetrando deliberadamente en el *living*—. ¡Oh, Perry Mason! ¡Qué sorpresa! ¡Decididamente parece que hemos de encontrarnos en todas partes!

—En efecto.

—No quiero entretenerle, amigo mío...

—Lo siento, Tragg —dijo el abogado—, pero esta vez no le voy a ceder el sitio. Estoy obteniendo de miss Meade ciertas informaciones muy importantes. No tengo nada que objetar a que compartamos tales informaciones, pero usted solo no las obtendrá.

Mientras apreciaba con una experta mirada la actitud maliciosamente provocativa y las formas de miss Meade, el policía replicó:

—Necesito hablar con miss Meade, Mason, y no tengo tiempo para esperar que usted termine su entrevista con ella.

—Miss Meade indicó a Gladys Doyle el itinerario que debía seguir para volver del *Albergue de las Cumbres* —dijo entonces Mason—, y la carretera que conduce a Pine Glen estaba comprendida en ese itinerario.

—No —dijo la novelista con tranquila seguridad.

Tragg sonrió.

—Sí —insistió Mason—. Miss Meade se sirvió de un pequeño plano dibujado que enseñó a mi cliente. En ese plano estaba indicado que debía tomar la carretera de Pine Glen.

—¿Es eso cierto? —preguntó Tragg, mirando a Mauvis Meade.

—No teniente. La carretera de Pine Glen está a la izquierda, cuando se llega a la bifurcación. Le dije a Gladys que tomara la de la derecha.

—¿Y ese plano de que habla Mason?

—Existe en efecto, y me serví de él para indicar a Gladys su itinerario.

—¿Y ese plano precisa que debía tomar la carretera de la derecha?

—Sí.

—En tal caso, miss Meade, muéstrenos ese plano. De tal manera, Mason no podrá decir luego que se ha modificado.

—Lo guardaba en la otra habitación... Pero como lo han revuelto todo, voy a necesitar algún tiempo para encontrarlo...

—La ayudaré a buscarlo —propuso Mason.

—¡Oh, no, míster Mason! Ya basta con que alguien haya registrado mis cosas.

—Sí, miss Meade —intervino Tragg—. Vaya a buscar ese plano: la esperamos aquí.

La mujer salió de la habitación. Tragg observó:

—Hará usted un buen trabajo, Mason, si logra librar del apuro a su cliente con ayuda de ese plano.

—Si mi cliente fue a esa cabaña es que el plano indicaba que debía tomar el camino que conducía a ella.

—Su cliente fue a esa cabaña por razones personales —le contradijo el policía, sonriendo—, aunque eso no cambia mucho el asunto.

—Ahí es donde se equivoca, Tragg. Eso lo cambia completamente.

Los dos hombres permanecieron un momento silenciosos. Mason miraba con frecuencia la puerta por la que miss Meade había desaparecido. Finalmente acabó por decir, levantándose:

—Deberíamos ir a ver qué hace, Tragg. Después de todo, se trata

de una pieza de convicción...

Tragg sonrió y meneó la cabeza.

—No, Mason. Ya hicimos nuestra elección cuando le dejamos cruzar esa puerta. Me parece ver ya los titulares de los periódicos: UNA NOVELISTA ACUSA A UN OFICIAL DE LA POLICÍA DE HABER PENETRADO A LA FUERZA EN SU DORMITORIO. Y debajo, una foto con este pie: *Mauvis Meade muestra a los periodistas de qué modo se hallaba ante el espejo de su armario, cuando el teniente Tragg irrumpió en el dormitorio. «La única diferencia entre esta foto y lo que el teniente Tragg vio —declara miss Meade— está en la ropa».*

—¡No debería necesitar tanto tiempo para encontrar ese plano! —protestó Mason—. ¡Al diablo los periódicos! Quédese aquí, si quiere; yo voy a entrar...

Mason se dirigía ya hacia la puerta cuando ésta se abrió. Mauvis Meade recompensó al abogado con una seductora sonrisa.

—¡Por Dios, maestro, qué impulsivo es usted!

—¿Y el plano? —dijo Mason.

La novelista le tendía un papel cuando Tragg se interpuso entre ellos con sorprendente agilidad:

—No, miss Meade, guarde ese plano en su poder. Vamos a dejar que Mason le eche una ojeada y luego me lo entregará usted.

—¡Oh, Dios mío! ¡No es tan importante! —protestó la mujer riendo—. Veamos, míster Mason se pondrá a mi izquierda; usted, teniente, a mi derecha. ¡Así podrán mirar los dos a la vez!

Sobre el plano, burdamente, dibujado, un rectángulo señalaba: *Albergue*, y otro: *Puesto de gasolina*. Luego había dos caminos señalados y una flecha mostraba que había que volver hacia la izquierda. Más lejos figuraba una bifurcación, luego otra, y, sobre cada una de ellas, una flecha indicaba el camino de la derecha.

—Por aquí —dijo la escritora, señalando la segunda bifurcación — creo que se toma por la izquierda para ir a Pine Glen. Yo he ido siempre por la de la derecha, como está indicado aquí.

Tragg alargó la mano:

—Miss Meade —dijo—, si quiere poner usted su firma en un ángulo de este plano, indicando el día y la hora, me haré cargo de él, a fin de que no haya confusión posible.

—Déjenme una pluma —pidió Mauvis, riendo—, porque este pijama no tiene bolsillos.

—¡Aguarde! —intervino imperiosamente Mason, cuando el

policía se disponía a sacar su pluma.

El abogado cogió la mano derecha de la novelista y examinó el dedo índice y el medio.

—Si no tiene usted pluma, miss Meade, ¿por qué tiene los dedos manchados de tinta?

—Lo ignoro. Pero, como comprenderá, no he ido todo el día en pijama y quizá...

Se interrumpió al ver que Mason, soltando bruscamente su mano, abría la puerta de comunicación con la otra pieza.

—¡Le prohíbo que entre! —protestó la escritora.

—Demasiado tarde —dijo tranquilamente Mason—. Ya estoy dentro.

En la otra habitación había un bonito *secreter*, el contenido de cuyos cajones y casilleros había sido diseminado por todas partes. En la parte plana del *secreter* había una pluma estilográfica al lado de un bloc de notas.

—¡No se acerque a esa mesa! ¡Le prohíbo que toque esos papeles! —gritó la escritora, colérica.

—Miss Meade —acusó Mason, sin pestañear—, acaba usted de dibujar ese plano. No ha podido (o no ha querido) encontrar el que mostró usted a miss Doyle, y ha dibujado éste rápidamente. En el que le sirvió para dictar el itinerario que debía seguir su secretaria, una flecha indicaba que debía tomarse el camino de la izquierda, al llegar a la segunda bifurcación.

—¿Dónde quiere ir a parar? —preguntó rabiosamente la novelista—. ¿Quiere usted complicarme en esa historia?

Ligeramente aparte, Tragg se guardaba de intervenir en la discusión, pero no perdía una palabra.

—Busco la verdad, miss Meade —respondió severamente Mason—. Cuando entró usted en esta habitación no tenía los dedos manchados, pero, cuando salió, el índice y el medio de su mano derecha mostraban huellas de tinta. Este bloc de papel es exactamente del tamaño del plano que tiene en la actualidad el teniente Tragg; además, esta pluma deja escapar la tinta. Sin tocarla, puede verse que aún está mojada de tinta fresca.

—Quiere usted mezclarme en este asunto —dijo Mauvis Meade a Mason—. Es usted muy hábil, muy peligroso... Pero yo también puedo ser hábil y peligrosa, míster Mason.

—Miss Meade, le pido simplemente, en presencia del teniente Tragg, que nos enseñe el plano que utilizó para indicar a mi cliente por dónde debía dar la vuelta...

—¡Su cliente! —repitió Mauvis con desdén—. ¡Su cliente es una idiota que ni siquiera es capaz de leer sus propias notas! Que le enseñe lo que escribió, dictado por mí, y verá usted que le dije bien claro que tomase a la derecha al llegar a la segunda bifurcación.

—Esas notas fueron arrancadas de su bloc.

—¡Bah!, ¿se ha tragado eso, usted, un abogado? ¡Vaya un hombre!

—Quizás esté aquí su bloc de taquigrafía —sugirió Mason—. Si lo buscásemos...

—Sí, buena idea —aprobó Mauvis Meade—. ¡Busquémolos!

—¿Dónde está la habitación de miss Doyle?

—Por aquí.

La novelista les precedió por el corredor, abrió una puerta y, deteniéndose en el umbral, exclamó, con sorpresa algo exagerada:

—¡Vaya, por Dios! Aquí todo está en orden, mientras que en el resto del apartamento parece que han entrado a saco. Parece como si supiesen que lo que buscaban no estaba en el dormitorio de Gladys... ¿Qué le parece, teniente?

—De momento, sólo estoy aquí como observador, porque todavía no dispongo de una orden de registro...

—No le hace falta... Le autorizo a registrar todo lo que quiera... Aquí está el bloc de taquigrafía —dijo de pronto, descubriéndolo sobre una mesita, cerca de una máquina de escribir.

Lo cogió. Mason le dijo:

—Perfectamente... Enséñenos dónde están esas notas.

La novelista hojeó el bloc.

—Ésta es la correspondencia de la semana pasada y...

Se interrumpió al comprobar que la página siguiente estaba virgen de todo signo taquigráfico.

—¡Pero si es el bloc que usaba Gladys! ¡Estoy segura! —exclamó.

—¿Cómo toma sus notas? —preguntó Tragg, examinando el bloc—. Con una pluma, con lápiz...

—Con bolígrafo...

Tragg vio una lámpara de oficina, cuyo pie era un tubo de metal

flexible, y la encendió después de haberla orientado de manera que su claridad fuese a dar sobre la hoja de bloc:

—Sí, los rasgos de la escritura aparecen señalados en la página siguiente... Seguramente en el laboratorio podrán descifrarlos.

—¡Perfectamente! —exclamó la novelista—. Así podrá usted comprobar que le dije bien claro que tomase el camino de la derecha.

De pronto, se inclinó sobre la papelera, cogió una hoja y la aproximó a la lámpara:

—¡Pero si está aquí! Vi signos de taquigrafía en esta hoja en la papelera... Miren, escribió: *He recibido trescientos dólares...* ¡Es la hoja que buscábamos! No sé leer la taquigrafía, pero recuerdo muy bien haberle visto escribir esto cuando le entregué el dinero.

Tragg dobló cuidadosamente la hoja y la guardó junto con el bloc en el bolsillo de su americana. Luego se puso a repasar el contenido de la papelera. En aquel momento sonó, el teléfono y Mauvis Meade tuvo que ir a contestar. Cuando regresó, Tragg, que había terminado de revisar el contenido de la papelera, la miró y preguntó:

—¿Malas noticias, miss Meade?

—Es que tengo cara de haberlas recibido? —exclamó, antes de precisar—. Se trata de asuntos personales...

—¿Muy personales? —insistió Tragg.

—Sí... Realmente, estas últimas horas han sido de prueba.

Sonó de nuevo el teléfono y la novelista, tras mirar a Tragg con un asomo de desesperación, fue a contestar.

—Parece haber recibido esa llamada telefónica en la boca del estómago —observó Tragg, dirigiéndose a Mason—. Tendremos que descubrir qué le han dicho y quién se lo ha dicho.

—Es para usted, teniente —dijo la novelista.

Después de haber tomado la comunicación, Tragg emitió algunas exclamaciones; luego dijo:

—Bueno... Comprendido.

Cuando colgó, miró a Mason con aire pensativo antes de decir:

—El trabajo me reclama. Tengo que irme. Mason, haría usted bien en marcharse también, ya que creo que miss Meade necesita descansar.

—Sí, por favor —aprobo la novelista—. He abusado de mi

resistencia, y me siento ahora en el límite de mis fuerzas...

Los acompañó hasta la escalera y la oyeron echar el cerrojo a la puerta, tras ellos.

Mientras esperaban el ascensor, Tragg dijo, con aire pensativo:

—Me pregunto qué clase de llamada telefónica ha recibido...

—Y yo —dijo Mason— me pregunto qué clase de llamada telefónica ha recibido *usted*.

Tragg sonrió:

—¿Tengo aspecto de haberme trastornado como ella?

—No, pero parece que se ha quedado algo preocupado.

—¡Oh, amigo mío, cuando usted se ocupa de un asunto *siempre* me siento preocupado!

Capítulo 7

Cuando Perry Mason entró en su despacho, Della Street exclamó:

—¡Oh, cuánto me alegro de verte!... Mauvis Meade me dijo que te habías marchado con Tragg y no sabía dónde reunirme contigo...

—Me he retrasado a causa de los embotellamientos. ¿Qué sucede?

—Paul Drake tiene una pista sobre la identidad del cadáver. Quiere hablar contigo... Voy a llamarle; ahora mismo.

Unos minutos después, colgaba el teléfono diciendo:

—Viene en seguida.

En cuanto hubo cerrado la puerta del despacho a su espalda, Paul Drake anunció, sentándose en una esquina de la mesa:

—Creo, Perry, que hemos identificado al muerto.

—Cuéntamelo pronto, Paul.

—Se llamaba Josh Manly y vivía en un *bungalow* en el número 1220 de la avenida Ringbolt. Desde hace varios meses pasaba frecuentes temporadas en la cabaña de Pine Glen.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Eso es algo que aún no he podido averiguar. Debe de haber una mujer en todo eso.

—Eres modesto, chico —dijo el abogado—. Por lo menos hay *dos* mujeres en este asunto. *Okay*, Paul, larguémonos a la avenida Ringbolt.

Los tres subieron al coche del abogado. Por el camino, Drake contó cómo había llegado a conseguir aquel resultado.

—No podíamos esperar encontrar indicios de los que la policía no tuviera ya conocimiento. Nuestra única esperanza era conseguir interpretar correctamente tal o cual indicio, antes que la policía.

Mason aprobó con un movimiento de cabeza y Drake continuó:

—Uno de mis hombres, registrando los alrededores de la cabaña,

vio un montón de leños aserrados a lo largo para ser quemados en una cocina. Con un rápido cálculo mental y basándose en los montantes que servían de sostén a los leños, nuestro hombre advirtió que estaban previstos para cuatro esteros como máximo. Como esa cantidad no era suficiente para todo el invierno, llegó a la conclusión de que el propietario de la cabaña debía de tener la posibilidad de aprovisionarse sin gran dificultad. De otro modo, hubiera guardado mayor cantidad de leña. Mi muchacho se informó del lugar donde se podía comprar leña para la calefacción por aquellos alrededores y llegamos así a un tal Atkins, que vive en Pine Glen.

»La cabaña se calienta por medio de una estufa de petróleo, pero la cocina se enciende con leña.

»Atkins se acordó perfectamente de la transacción y pudo darle a mi hombre una descripción bastante detallada de ese Manly. En efecto, Manly le había pagado con un cheque, lo que no inspiró mucha confianza a Atkins, que anotó el número del *jeep* que conducía Manly. El cheque fue pagado sin el menor inconveniente, pero Atkins buscó el número que había anotado y así supimos que su cliente vivía en el número 1220 de la avenida Ringbolt, en Terra Vista.

—Buen trabajo, Paul —dijo apreciativamente el abogado—. ¡Te felicito!

La avenida Ringbolt se hallaba en un barrio de agradable aspecto. Cuando llegaron ante el *bungalow* número 1220, vieron que una de las ventanas estaba iluminada.

—Hay alguien —observó Della.

—¡Mientras no sea la policía! —gruñó Drake—. No se trataba más que de un montón de leña, pero si mi hombre logró ver en él un indicio, algún policía pudo ser también tan sagaz...

Pero Mason le hizo notar que no había ningún coche de la policía por allí cerca.

A su llamada fue a abrirles una mujer, una mujer que debió de ser hermosa antes de abandonarse. Iba despeinada, vestida con un pantalón descolorido y una blusa escotada. Conservaba por lo menos la coquetería de cuidarse las manos, pues llevaba guantes de goma.

—Buenos días, señora —dijo Mason—. ¿Vive aquí míster Manly?

—Sí, pero no está.

—¿Dónde podríamos verle?

—En Tucson, en Arizona.

—¿Tiene usted su dirección?

—No.

—Se trata de algo muy importante y...

—Lo siento, todo lo que puedo decirle es que probablemente estará en un *motel*, pero va a uno diferente en cada viaje.

—Así, pues, ¿va a Tucson con frecuencia?

—Parece usted bastante curioso.

Mason sonrió afablemente.

—¿Es usted mistress Manly?

—Sí.

—Me llamo Perry Mason y soy abogado. Ésta es Della Street, mi secretaria, y éste, míster Drake.

—¡Perry Mason! —exclamó mistress Manly—. ¡Entre, por favor!... ¿Qué le trae por aquí? ¿Qué quiere usted de Josh?

—Podría ser llamado como testigo en cierto asunto...

—Síéntense, por favor... Estaba limpiando la cocina y todo está de cualquier manera... ¡Oh, míster Mason, he seguido muchos de sus casos! ¡Encuentro fascinantes esos grandes procesos! ¿De qué ha sido testigo Josh?

Se quitó los guantes de goma y dijo:

—No sabe cuánto siento que nos conozcamos hallándome tan poco presentable...

Notando entonces que tenía las manos sucias, se apresuró a ponerse de nuevo los guantes. Mason cruzó una mirada con Della y le indicó con un gesto que no tomase notas, luego preguntó:

—¿Cuál es la profesión de su marido, mistress Manly?

—Tiene negocios, como vulgarmente se dice. Compra, y vende...

—¿Qué?

—¡Oh, un poco de todo, supongo! Nunca le hago preguntas sobre eso, lo mismo que él no se mete con mi forma de cocinar. Me basta con que traiga dinero a casa.

—¿Se ha encontrado alguna vez en apuros?

Mistress Manly miró fijamente a Mason.

—¿Por qué me pregunta usted esto?

—Simplemente para informarme.

—Entonces, será mejor que le haga esas preguntas a Josh.

—Para ello sería necesario que pudiera... ¿Cuándo se marchó a Tucson?

—Veamos, estamos a lunes... Se marchó el miércoles.

—¿El día cuatro?

—Eso es.

—¿En su coche?

—Sí.

—Un *jeep*, ¿verdad?

—¿Un *jeep*? ¡Ni mucho menos! ¡Tiene un Olds mobile! ¿Por qué supuso usted que tenía un *jeep*?

—Creí que se ocupaba de un asunto de minas... Entonces, me dije que para ir por el desierto o por malos caminos debía tener un *jeep*... Sherlock Holmes hacía deducciones de esta clase, pero en la realidad resulta mucho menos fácil, y aquí tiene usted la prueba.

Mistress Manly rió al unísono del abogado:

—Estaría bien razonado si no partiese usted de una idea falsa, míster Mason. No creo que Josh se haya ocupado nunca de compra y venta de minas... Se dedica más bien a cosas que puedan venderse rápidamente y de las que puede obtener al instante un beneficio... Le estoy diciendo quizás demasiado y a Josh puede que no le guste... Pero he oído hablar tanto de Perry Mason que le considero casi como de la familia.

—Gracias... ¿Así su marido va a Tucson con frecuencia?

—¡Oh, casi siempre está viajando! No sé nunca cuándo va ni cuándo viene. En cuanto tiene un asunto entre manos, sale corriendo.

—¿Cómo sabe él que se le prepara un buen asunto?

—Tiene amigos que le avisan. Una llamada telefónica y se marcha por dos o tres días. Unas veces sé dónde está; otras, no.

—¿No la llama a usted desde donde se encuentre?

—¡Oh, no! ¿Por qué tendría que hacerlo? Sabe bien que me encontrará en casa cuando regrese.

Mason permaneció un instante pensativo; luego dijo:

—Mistress Manly, voy a hacerle una pregunta muy personal...

—Me parece que no ha hecho usted otra cosa desde que está aquí —exclamó mistress Manly riendo—. ¡Venga esa pregunta!

—Cuando no está su marido, ¿llaman algunas personas

preguntando por él?

—Pero, míster Mason, es natural que la gente llame para ver si está...

De pronto, la mujer se interrumpió y frunció el entrecejo:

—Es curioso... Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que el teléfono llama todo el día cuando Josh está aquí... mientras que apenas suena cuando está ausente...

—¿Sabe usted si se relaciona con escritores?

—¿Escritores?

Mason asintió.

—¿Sabe usted si va alguna vez a la montaña?

—¿A la montaña? ¿Quiere usted decir a pasar allí unos días?

—Sí, a hacer *camping*...

—¡Oh, no!... ¡Vaya una idea! ¡Ya le he dicho que no se ocupa de minas ni de nada parecido!

—¿Tiene usted una foto de su marido?

Mistress Manly entornó los ojos.

—Sí... Pero, francamente, míster Mason, me parece que a Josh no le gustaría que le diese tantos datos acerca de él...

—Con la misma franqueza, mistress Manly, si le pregunto esto es porque no estoy seguro de que sea su marido el hombre que me interesa. Eso me haría ganar tiempo...

—¿Conoce usted al hombre que busca?

—Sí.

—¿Puede usted describírmelo?

Mason miró a Paul Drake y éste sacó un carnet del bolsillo.

—Cabello castaño, un metro setenta y ocho de altura y unos ochenta kilos de peso.

Mistress Manly sacudió enérgicamente la cabeza.

—No es Josh... El peso casi es el mismo, pero mi marido mide más de un metro noventa y es rubio.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Drake.

—Treinta y dos años.

El detective suspiró.

—Entonces, definitivamente, no es él, porque el hombre que buscamos tiene unos cincuenta años.

La risa de mistress Manly denotó un gran alivio.

—No, mi marido tiene treinta y dos años y tipo de atleta. ¡Lo

tomarían por un campeón de rugby!

—Es curiosa esa similitud de nombres —observó Mason—. ¿Le ha hablado su marido de un accidente de automóvil del que fue testigo hace cinco o seis días, antes de partir para Arizona?

—En absoluto. Claro que no tenía la obligación de contármelo. Pero, de todos modos... ¿Fue un accidente grave?

—Bastante... Un tipo que viró a la izquierda sin avisar y resultó atropellado... El hombre que nos interesa se hallaba dos coches más atrás. Le dijo a uno que estaba al borde de la acera: «Lo he visto todo, pero ahora tengo mucha prisa. Si me necesitan, me llamo Joe Manly». Y como deseamos encontrar a ese testigo...

—... van ustedes preguntando por todos los Joe Manly de la ciudad.

—Sí. Y esta vez creíamos haber acertado. ¿Cuándo cree que volverá su marido?

—No puedo decírselo. Cuando va a Arizona está ausente cuatro o cinco días... A veces una semana, pero nunca más tiempo.

—Así, estará de vuelta el miércoles o el jueves.

—Así lo creo... Pero estoy segura de que no es el hombre que buscan ustedes.

—Muy bien, gracias, señora —dijo Mason.

Se despidieron y la mujer les siguió con la mirada desde el porche de la casa.

Cuando se encontraron los tres en el coche de Mason, el abogado preguntó:

—¿Concuerdan las señas, Paul?

—Sí, es nuestro hombre. El muerto tiene unos treinta años, mide un metro y noventa y dos, pesa ochenta y cinco kilos y es rubio y con ojos azules.

—Bien, Paul —suspiró Mason—. Ahora que sabemos el nombre del cadáver, tenemos que descubrir el resto. ¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

—Ninguno, por decirlo así... Si ese chico tenía treinta y dos años, debió de hacer el servicio militar en algún lugar donde tomarían sus huellas digitales. Tragg no tardará en llegar aquí...

—Y cuando vea que le has adelantado —dijo Della— se preguntará cómo llegaste a identificar el cadáver.

—Sí —dijo Mason—, tendremos que decírselo tarde o

temprano... Si no, creerá que esos datos me los ha dado mi cliente.

—Asuntos en Arizona... —dijo Drake, como si pensase en voz alta.

—Frecuentes viajes de una semana de duración como máximo —añadió Mason—. ¿Qué te sugiere eso, Paul?

—¡Una historia de faldas, Perry! —respondió el detective.

Mason quedó pensativo y luego dijo:

—Sí... Pero evitemos llegar a conclusiones precipitadas. Manda a alguno de tus hombres a Arizona... Y me gustaría tener una entrevista con el que identificó el cadáver. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En estos momentos está en el terreno de *camping* de Pine Glen. Le dije que se quedase allí y que abriese bien los ojos. Se llama Kelton y tiene un *jeep*.

—Muy bien. ¿Cuánto tardaremos en llegar allí?

—Creo que una media hora.

—Podríamos comer algo —sugirió Della.

—Más tarde —respondió Mason—. ¡Vamos, Paul!

Capítulo 8

En Pine Glen, Mason, Della Street y Paul Drake se reunieron con Kelton. Éste les informó de que la policía había abandonado la cabaña a las tres de la tarde, después de haberlo fotografiado todo y buscado huellas por todas partes. Mason le pidió entonces que los condujera en su *jeep* hasta la cabaña, situada a unos dos kilómetros del terreno de *camping*.

Después de haber detenido el coche había que andar aún unos cien metros por un terreno bastante embarrado y Kelton sugirió que miss Street haría mejor quedándose en el coche. Pero la secretaria de Mason no quiso ni oír hablar de eso y les siguió los pasos, dispuesta, según dijo, a comprarse luego un par de zapatos nuevos.

Kelton abrió la marcha, alumbrándose con ayuda de una pequeña linterna eléctrica.

—Podemos entrar por esta ventana —dijo—. Es la de la habitación donde se cometió el crimen.

—Pero, Perry —intervino entonces Drake—, ¿tenemos algún derecho a introducirnos en esta casa?

—No, absolutamente ninguno —respondió alegremente el abogado—. ¿Quién es el dueño?

—Lo ignoro.

—¿Quién vive en esa cabaña?

—Nadie, al parecer. Según la policía, alguien la alquiló, pero nadie la ha habitado en realidad. Había mantas y montones de almohadas en la cama, pero sus ocupantes no han debido de pasar aquí más que unas horas cada vez.

—¿Era un nido de amor? —preguntó Mason.

—Quizá —dijo Kelton—, pero la policía no está del todo segura. Creen que sabrán más cosas cuando identifiquen el cadáver.

—¿Hay provisiones en la cabaña?

—Sí, pero sólo conservas, café soluble, leche en polvo... y una buena cantidad de bebidas alcohólicas.

—¿Ha encontrado huellas digitales la policía?

—Muy pocas, a causa de la humedad y, por lo que he podido saber, ninguna aprovechable.

—¿Han hallado latas de conservas y botellas vacías?

—No, ninguna. Al parecer, debían de tirarlas a las cajas de basura del terreno de *camping*.

—Creo que podemos echar una ojeada al interior —decidió finalmente Mason—. Represento a una joven acusada de haber cometido un crimen aquí. Desde luego, podrían acusarme de haber penetrado sin autorización en una propiedad privada, pero... ¿Por dónde dice que se puede entrar?

—Por la ventana de esta habitación. Es de guillotina y no tiene cerradura. Solo hay que levantar la parte inferior y sujetarla con un pedazo de madera o algo por el estilo...

Así lo hicieron y Mason entró en primer lugar por la abertura, luego siguió Della, a quien hicieron silla con las manos para pasar y después penetraron los dos detectives.

—Aquí yacía el cuerpo —dijo Kelton, alumbrando con la linterna una siniestra mancha rojiza que se dibujaba en el suelo de madera de abeto.

—¿Había entrado ya usted aquí? —preguntó Drake.

—Desde luego. He inspeccionado toda la cabaña.

Pasaron a las otras habitaciones. Cerca de la cocina, Mason señaló hacia una alacena cerrada por dos puertas correderas.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Las provisiones de las que le he hablado —respondió Kelton—. He sabido también que los policías han encontrado una espléndida olla de acero inoxidable con el fondo de cobre. No fue usada nunca y sin duda la guardaban para reemplazar a la grande de aluminio que está en la cocina.

—¿Dónde está esa olla nueva? —preguntó Mason, comprobando que la alacena contenía sólo dos hileras de cajas.

—Creo que han descubierto algo dentro —respondió Kelton—. Así es que se la llevaron.

—Es curioso que esa olla haya sido guardada aparte de los demás utensilios de cocina —observó Mason.

Después de haber mirado en las otras habitaciones salieron los cuatro por la ventana. Mason preguntó entonces:

—¿Ha mirado usted debajo de la cabaña?

—Sí. Ha sido fácil porque está construida sobre una pendiente bastante acentuada. Del lado oeste, una persona puede estar de pie entre la tierra y el suelo de la cabaña; por el lado este, el espacio vacío es de unos setenta y cinco centímetros... Pero allí no hay más que los escombros de costumbre: una caja de botellas vacía, latas vacías, etc...

—Déjeme su linterna, por favor —dijo Mason—. Voy a echar una ojeada ahí abajo.

Unos minutos después, el abogado salía de debajo de la cabaña llevando una caja que llevaba el letrero de CAFÉ.

—Forma parte de la serie que vimos en la alacena —dijo Della.

—Sí —confirmó Mason, levantando la tapa con su mano enguantada.

Con la linterna iluminó el interior de la caja donde algo pesado estaba envuelto en una tela.

—Es un pañuelo de mujer —dijo Della con curiosidad.

Desplegando el pañuelo, Mason vio que en él estaban dibujadas los tres monos simbólicos que se tapan los ojos, la boca y los oídos para indicar que no hay que ver, decir, ni oír nada malo. Envuelta en el pañuelo había una caja de cartuchos del 22 largo. Mason la abrió.

—Faltan algunos —dijo Drake.

—Sí, siete —confirmó el abogado después de haberlos contado.

—Todo concuerda —observó Kelton. El asesinato se cometió con una bala de ese calibre. Puede haber siete de ellas en el arma y quedar ahora seis en el cargador. Con la que fue disparada, la cuenta está redonda.

Con aire pensativo, Mason tapó la caja, la envolvió de nuevo en el pañuelo y se lo guardó todo en el bolsillo. Luego cerró la otra caja, y, conservando siempre los guantes puestos para no dejar huellas, la volvió a llevar bajo la cabaña, el lugar donde la había encontrado.

—Tienes la obligación de entregar esos cartuchos a la policía, Perry —dijo Drake—. Constituyen una pieza de convicción.

—¿Qué prueban?

—Que ha habido un asesinato.

—Eso ya está probado, puesto que hay un cadáver.

—Ya sabes lo que quiero decir. Esos cartuchos pueden relacionar a alguien con el asesinato.

—¿A quién?

—Yo no tengo por qué hacer suposiciones —dijo Drake—. Ya se encargará de eso la policía.

—La policía no sabrá nada, Paul —declaró el abogado—. Al menos, por el momento... Os pido a los tres que no habléis de esto con nadie.

—No podemos prometerle eso —dijo Kelton.

—¿Por qué?

—Sería como si destruyésemos una prueba.

—Les pido sencillamente que se callen y asumo toda la responsabilidad. No tienen más que decir que han obrado así por orden mía.

Kelton iba a objetar algo más, pero pareció darse por satisfecho. Drake intentó hacer entrar en razón a Mason.

—No puedes hacer eso, Perry. Es demasiado arriesgado...

—Es preciso que lo haga, Paul. Y, una vez más, te digo que asumo toda la responsabilidad.

—Bien —cedió Drake a regañadientes—. No digas una palabra de esto a nadie, Kelton.

—Venid —dijo entonces Mason—. ¡Vámonos de aquí!

Capítulo 9

Mientras Mason y Della discutían acerca del restaurante donde irían los tres a cenar, Paul Drake fue a telefonar a su despacho en cuanto llegaron a Los Ángeles. Cuando volvió al coche, el detective anunció con volubilidad:

—Perry, según tus instrucciones, encargué a uno de mis hombres que fuese al *Albergue de las Cumbres* y que hiciese averiguaciones sobre ese Carlisle con quien Gladys Doyle se había reunido...

—Sí. ¿Y qué?

—Pues, bien, la firma que ha adquirido los derechos cinematográficos de *El amante de presa* declara que no conoce a ningún Edgar Carlisle. El servicio de publicidad ha precisado incluso que hace mucho tiempo que renunciaron a pedir su cooperación a Mauvis Meade, puesto que demostraba estar poco dispuesta a colaborar.

—¡Diablo! —exclamó Mason.

—Pero, después de haber fracasado en la *American Film*, mi muchacho hizo averiguaciones en el *Albergue de las Cumbres*. Edgar Carlisle dio como domicilio el 1632 de Delrose Street. Allí vive, efectivamente, un tal E. Carlisle.

—¡Rediablo! —dijo Mason—. Si ese Carlisle no tiene nada que ver con la *American Film*, si obtuvo esa cita con Mauvis Meade bajo un falso pretexto... Es absolutamente necesario que nos entrevistemos con él antes de que lo haga la policía. ¡Vamos!

Un cuarto de hora más tarde, cuando Mason pulsó el timbre que se hallaba al lado del nombre de Edgar Carlisle, Drake observó:

—Tenemos un uno por ciento de posibilidades de encontrarlo en su casa.

Efectivamente, aunque llamó por dos veces, Mason no obtuvo respuesta. Entonces, pulsó tres o cuatro timbres al azar hasta que un

pequeño ruido anunció que se abría la puerta.

El número marcado junto al timbre indicaba que Edgar Carlisle ocupaba el apartamento número 242. Drake buscaba ya en su bolsillo un manojó de llaves maestras cuando vio un rayo luminoso que se filtraba por debajo de la puerta del 242.

—¡Dios mío, Perry! ¡Mientras no descubramos otro cadáver! Si Carlisle estuviera en su casa hubiese contestado a nuestra llamada...

A medida que los tres se fueron acercando a la puerta el ruido característico de una máquina de escribir llegó claramente a sus oídos.

Mason vaciló unos instantes, luego llamó a la puerta. La máquina siguió tecleando. Mason llamó de nuevo y con más fuerza. Esta vez, la máquina de escribir se detuvo en seco. Mason llamó de nuevo. Se oyó un ruido de pasos y la puerta se abrió, descubriendo a un hombre en cuya cara se reflejaba la cólera:

—¿Por qué insiste? Si no respondo a sus llamadas, es porque no quiero ser molestado. Déjeme tranquilo.

—¿Es usted Edgar Carlisle? —preguntó Mason.

—Sí, y debo terminar un trabajo.

El hombre se aprestaba a cerrar la puerta, cuando Drake se interpuso y le mostró la chapa que atestiguaba que era un detective privado reconocido.

—¿Qué significa esto? —inquirió Carlisle.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Bien, pasen luego, cuando haya terminado mi trabajo. Lo esperan. Es urgente...

—¿Cuándo piensa terminarlo?

—Hacia medianoche.

—Entonces —dijo Mason—, no creo que lo termine, pues la policía llegará aquí antes de medianoche.

—¿La policía? ¿Por qué?

—A causa de Mauvis Meade y de un asesinato —respondió Mason.

Carlisle parpadeó; luego repitió:

—¿De Mauvis Meade y de un asesinato?

—Sí, y del fin de semana que acaba de pasar en el *Albergue de las Cumbres*, pretendiendo estar al servicio de la *American Film*.

—¿Quién diablos es usted?

—Me llamo Mason. Ésta es mi secretaria, miss Street, y éste es Paul Drake, que, como ya sabe es detective privado.

En la cara de Carlisle, la cólera dejó paso a la consternación. Y, a pesar suyo, terminó por decir:

—Bien, entren... Pero no veo claro a dónde quieren llegar...

—Usted ha pretendido que pertenecía al servicio publicitario de la *American Film*... —comentó Mason.

—¡En absoluto! Dije, siempre, que reunía material publicitario para la *American Film*, y es verdad. Además, yo puedo pretender ser lo que me dé la gana, sin que por eso me vea reprendido, tanto más cuanto que esta mentira no sirve para arrancar dinero y otra cosa de valor. ¡Si no me cree, infórmese por un abogado!

—Yo soy abogado —dijo Mason volviendo a la carga—, y no creo que esté usted en lo cierto... Al menos, en la práctica.

—Está bien, pero, como precisamente en la práctica no he pretendido nada que no fuese cierto, no se me puede reprochar lo más mínimo.

En aquel momento, Della Street salió de la sombra del corredor para entrar en la habitación. La mirada que le dirigió Carlisle expresaba una visible admiración y su actitud se modificó en seguida:

—Bueno —dijo, cerrando la puerta—, ya que han cortado ustedes el hilo de mis ideas y han retrasado mi artículo, podemos tomarnos tiempo para conocernos mejor.

Mason se acercó a la máquina de escribir y lanzó una ojeada a la hoja que estaba en el carro.

—No le costará más que veinticinco centavos leer eso en *Personalidades*. Por otra parte no me gusta que se conozcan mis artículos, antes de que los corrija —declaró Carlisle.

Mason siguió en su lectura sin hacer caso alguno de la objeción. Después se sentó y dijo:

—Así, pues, usted está escribiendo un artículo sobre Mauvis Niles Meade, después de haberle telefoneado pretendiendo pertenecer al servicio publicitario de la *American Film*.

—¡No, en absoluto! Yo la telefoneé para decirle que reunía material publicitario con destino a la *American Film* (lo que es muy distinto) y que pensaba ir al *Albergue de las Cumbres* donde ella solía pasar sus fines de semana, y que me gustaría entrevistarme con ella.

—¿Y qué le contestó?

—Que iría.

—Pero no acudió a la cita...

—No. Se hizo remplazar por su secretaria, Gladys Doyle.

—A la que usted arrancó los suficientes informes para hacer su artículo...

—Exactamente.

—¿Y en qué se funda para pensar que a *Personalidades* puede interesar tal artículo?

—Hice que me lo pagaran de antemano y ¡debo entregarlo mañana al mediodía, lo más tarde! —respondió Carlisle irritado—. Piense que soy un periodista bastante apreciado para todo lo que concierne al cine, al teatro y a la televisión. Dicho esto, ¡me gustaría saber cuáles son sus derechos para irrumpir así en mi casa y ponerse a hacerme preguntas!

—Como ya le he dicho, me llamo Mason y soy abogado. Me ocupo...

—¡Aguarde! —exclamó Carlisle—. Usted es... ¡Claro, seguro que sí! ¡Perry Mason! Ya me parecía a mí que no me era desconocida su cara... ¡Vaya! Cuando pienso que hace tanto tiempo que intento reunir el suficiente valor para pedirle una entrevista y escribir un artículo sobre usted...

—Bueno —dijo Mason—. Por el momento, quiero creer que es usted un periodista de buena fe, pero cuéntenos su reciente estancia en el *Albergue de las Cumbres*.

—¿Por qué? —preguntó Carlisle.

—Porque después de salir del *Albergue*, miss Doyle, se extravió y su coche terminó por atascarse. Como consecuencia, miss Doyle tuvo que pasar la noche en una cabaña y, al despertarse, a la mañana siguiente, descubrió a un hombre asesinado. Todo hace creer que usted contribuyó a tal resultado, pero es posible que Mauvis Meade fuese la persona a quien se deseaba atraer a la trampa o, quizás, asesinar.

—¡Dios mío! —exclamó Carlisle.

—¿No dijo usted que *Personalidades* le encargó un artículo?

—Sí, el mismo redactor jefe, Dale Robbins. Tiran el número el martes, por eso mi trabajo debe estar en correos antes de mañana al mediodía.

—¿Cómo tuvo lugar este encargo?

—Pues... el jueves por la tarde. Sonó el teléfono. Era Dale Robbins. Me elogió por un artículo que acababa de publicar en *Vedettes* T. V. Dijo que lo encontraba perfecto de cabo a rabo y que ello le impulsaba a pedirme un artículo sobre Mauvis Niles Meade. Me lo solicitaba en serio: mil dólares por un papel con veinte mil letras. Sin embargo, no quería que me presentase a miss Meade solicitando una entrevista para *Personalidades*, pues temía que en tal caso ella se me mostrase bajo una falsa apariencia. Me dijo que miss Meade pasaba todos sus fines de semana en el *Albergue de las Cumbres*, donde tenía una habitación alquilada por meses, y me aconsejó que fuese allí para ponerme en contacto con ella, contándole simplemente que recogía elementos publicitarios para su libro o su película. Robbins declaró que poco le importaba cómo me las ingeniase para recoger el material de mi trabajo, con tal que hiciese (esas son sus propias palabras) un artículo «a lo Carlisle». Creía que Mauvis Meade era un buen personaje para un artículo, pues su novela tenía mucho sexy y ella no tenía fama de ser arisca... Le rondaba ya por la cabeza un título del estilo de *Week-end con Mauvis Meade* y deseaba que hiciese trabajar la imaginación de los lectores sin aclarar demasiado mis intenciones.

—¿Y qué le contestó usted?

—Acepté, claro, advirtiéndole que necesitaría un anticipo para mis gastos. Me propuso que me daría trescientos cincuenta dólares, como anticipo de los mil prometidos, lo que resultaba bastante razonable.

—¿Y le envió el dinero?

—Sí, en menos de una hora, como había prometido.

—¿Le envió un cheque de trescientos cincuenta dólares?

—No. Me envió un mensajero con un sobre que contenía tres billetes de cien y uno de cincuenta.

La cara de Mason reflejó un decidido escepticismo. Carlisle dijo:

—Pensándolo, sí, es curioso que no me hubiese enviado un cheque. Tal vez quería de este modo expresarme su deseo de que comenzase inmediatamente a trabajar...

—Tal vez, sí —dijo Mason en tono de estar escasamente convencido—. Y, entonces, ¿qué hizo usted?

—Me puse en contacto, por teléfono, con miss Meade. Pensando

bien mis palabras, me las arreglé para hacerle creer que trabajaba para el servicio publicitario de la *American Film*. Ella me citó en el *Albergue de las Cumbres*, pero, en el último momento, me telefoneó para anunciarme que no podía estar libre y que me enviaba a su secretaria, Gladys Doyle.

—¿Sí? —exclamó Mason, cuando el otro se interrumpió.

—Pues, sí. Al principio me puse furioso, pues pensé que se había estropeado mi artículo. Después se me ocurrió que *Week-end con la secretaria de Mauvis Meade* sería un título más atractivo aún, por cuanto la secretaria en cuestión podía ser una bonita muchacha, como lo era en realidad. Le tomé fotos de *pin-up*, de las que espero las pruebas. Hablamos mucho, miss Doyle y yo, aunque ella conocía más cosas de las que me dijo. Naturalmente, ignoraba que yo iba a escribir un artículo de este estilo, pero me autorizó (tenía carta blanca de su patrona) a utilizar a mi gusto los elementos publicitarios que me había suministrado.

—Si esta historia es cierta, me parece muy interesante —dijo Mason—. Y, si no lo es, se ha metido usted hasta el cuello en un caso de asesinato.

—¡Es una historia cierta!

—¿Cómo puedo comprobarla?

—Telefonee a Dale Robbins. Él le confirmará mis palabras. Aunque, a esta hora, no debe de estar en el periódico e ignoro su dirección particular...

—He tenido ocasión de trabajar para él y tenemos el número de su teléfono particular... ¿Verdad, Della?

La secretaria confirmó su pregunta, después de haber consultado una pequeña agenda que guardaba en su bolso.

—Perfecto, Della. Llámale, por favor.

La muchacha efectuó la llamada:

—¿Oiga? La secretaria de míster Mason al aparato... ¿Míster Robbins? Míster Mason desearía hacerle una pregunta... Sí, se lo paso.

Tendió el aparato al abogado, quien dijo:

—Buenas noches, míster Robbins. Quisiera hacerle una pregunta sobre su revista...

—Con mucho gusto, Mason. ¿Qué quiere saber? ¿La tirada? ¿Las tarifas de publicidad...?

—No, quisiera una información sobre un individuo llamado Edgar Carlisle.

Advirtióse una breve vacilación al otro lado del hilo; después Robbins declaró:

—No puedo decirle gran cosa de él... Se trata de un periodista especializado en entrevistas a «gentes del día», ¿entiende lo que quiero decirle?, a las figuras de actualidad... No ha trabajado nunca para nosotros, pero, si tuviese alguna cosa que pudiese convenirnos, estaríamos dispuestos a publicar un artículo suyo. Si usted quiere recordármelo mañana, me informaré y seguramente podré hablarle más de Carlisle...

—¿Lo conoce usted personalmente?

—Lo conozco por haberlo visto en algunas reuniones o lugares por el estilo.

—¿No le habrá encargado usted algún artículo durante estos últimos días?

—No, desde luego que no.

—¿Y alguno de sus adjuntos?

—Nadie habría tomado una decisión de tal género sin habérmelo advertido previamente.

Edgar Carlisle se acercó:

—¿Qué significa esto...? Déjeme hablarle...

—Un momento... —dijo Mason—. Yo estoy ahora con míster Carlisle. Me ha contado una historia muy interesante que quizá se refiere a un caso del que me ocupo actualmente... y desea hablar con usted.

Mason entregó el teléfono a Carlisle, que lo tomó vivazmente:

—Edgar Carlisle al aparato, míster Robbins... He hablado con míster Mason de nuestro acuerdo sobre el artículo de Mauvis Meade...

Mason observó cómo cambiaba la expresión del periodista.

—Veamos, míster Robbins, usted se acordará seguramente de haberme encargado tal artículo... Incluso me envió un anticipo de trescientos cincuenta dólares por mediación de un mensajero... No, no un cheque; dinero efectivo... Sí, claro, me pareció curioso, pero como yo había hablado con usted... en fin, el hombre que me telefoneó me dijo que era usted... Sí, en serio: veinte mil letras por mil dólares... Sin duda, pero como... Entonces, en tal caso...

¿Quiere que le pase a míster Mason otra vez?

—Escuche, Mason —dijo Robbins, cuando el abogado hubo tomado el aparato—, no sé qué significa todo esto, pero una cosa es cierta: yo no he telefonado a Carlisle ni le he encargado ningún artículo. Esta historia no me gusta y me agradaría que usted tuviese la oportunidad de aclararla.

—De acuerdo, le tendré al corriente —respondió Mason, antes de colgar. Después, le dijo a Carlisle—: Bueno, me parece que he arreglado definitivamente la cuestión.

El periodista se dejó caer sobre una silla, ante su máquina de escribir:

—¡Hable de una vez! Hace un cuarto de hora, trabajaba a toda prisa en un artículo del que estaba muy contento... ¡Y, ahora, heme aquí con el artículo bajo el brazo...! Creo que voy a salir a emborracharme...

—No se lo aconsejo —dijo Mason—, pues probablemente tendrá que contestar a las preguntas que le hará la policía. ¿Ese dinero le fue traído por un mensajero?

—En todo caso, por un individuo que llevaba uniforme de mensajero.

—¿Sabría reconocerlo si lo viese de nuevo?

—¡Oh, sí!, creo que sí... Además, debía de ser un verdadero mensajero. Me hizo firmar en un libro...

—¿Qué edad tendría?

—Sobre los cincuenta, tal vez... Era más bien pequeño. Un tipo de jockey retirado, ¿sabe lo que quiero decir?

Mason sacudió la cabeza con aire pensativo y Carlisle preguntó:

—¿Puedo saber de qué se trata en este caso?

—No, por el momento, no puedo decirle nada.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Carlisle, golpeando con la palma de la mano sobre su máquina—. Estaba tan contento de trabajar para *Personalidades* y de que hubiese sido el mismo Robbins quien me encargase el artículo... Había cambiado la cinta de la máquina y estrené una nueva caja de papel carbón... Me veía ya empleando estos mil dólares en el primer plazo de la compra de un coche sport... ¡Y usted ha venido a destruir mi sueño!

—Pero su artículo todavía subsiste —sonrió el abogado.

—¡Cómo se nota que usted no conoce los periódicos! Ahora,

Personalidades no publicaría mi trabajo por nada del mundo.

—Créame, termine el artículo. Verá como podrá colocarlo en un diario y, luego, en una revista...

—¿Se burla usted de mí?

Mason se dirigió hacia la puerta y la mantuvo abierta para dejar pasar a Della Street y a Paul Drake:

—Termine su artículo y ya verá como no me burlo.

Tras estas palabras, el abogado se reunió con sus compañeros, mientras el periodista les contemplaba, con aire aturdido, desde el umbral de su apartamento.

Capítulo 10

—¡Bueno! —exclamó Drake, tomando asiento en el coche de Mason—. Vamos progresando.

—Depende —replicó Mason—. De momento, vamos de un sitio a otro, sin que por esto nos acerquemos al final. Hay que descubrir *por qué* fue muerto Manly; después, quién le mató. Cuantos más informes recogemos, más se embrolla el asunto.

—¿Y si fuésemos a cenar? —imploró Della Street.

—De acuerdo —concedió Mason.

A mitad de la comida, mientras cortaba su bistec, el abogado se quedó pensativo y Della dio un leve codazo a Drake:

—El jefe está deseando estar en otra parte.

—¿Dónde? —preguntó Drake.

—En casa de Mauvis Meade —respondió el abogado.

—Ahora es verdaderamente un poco tarde para hacerle una visita —objetó Drake.

—¿Y por qué en casa de Mauvis Meade? —inquirió Della.

—Porque estoy pensando una cosa...

—¿Cuál?

—¿Os acordáis del ejemplar de *El amante de presa* que me habéis procurado?

La muchacha afirmó.

—¿Y de la foto de la sobrecubierta, donde se veía a Mauvis Meade apoyada en la borda de un yate?

—Sí, una *pose* muy característica: una actitud llena de abandono y... con las velas hinchadas por el viento. Como cuando se quiere jugar a hacer la *vamp*. La falda levantada por... ¡Oh!

Della Street se interrumpió bruscamente y Drake la miró sorprendido:

—¿Qué te ocurre?

—Llevaba un pañuelo que flotaba al viento... ¿Piensas en eso, jefe?

—Sí —dijo el abogado—. Un pañuelo estampado... ¿Os acordáis del dibujo del pañuelo?

Della Street sacudió la cabeza:

—No... Pero estoy segura de que era un dibujo bastante importante.

—Sería una suerte que fuese el pañuelo que hemos encontrado en la cabaña del asesinado...

—*Bajo* la cabaña —rectificó Drake.

Mason se puso en pie de un salto:

—¿Quieres encargarte de pagar la cuenta, Della? Os dejo mi coche. Paul me lo devolverá al llegar a su casa. Yo tomaré un taxi... Paul, sigue investigando sobre la vida de Manly... Envía hombres a Tucson y a Phoenix. Yo me largo a casa de miss Meade.

—Pero, jefe, no puedes ir a estas horas...

—Sí puedo, pues el encargado de la recepción ha visto desfilar policías durante todo el día, y ya sabéis que tales señores tienen por principio no hacerse anunciar nunca...

—¿Piensas hacerte pasar por un oficial de policía? —preguntó Drake.

—No, sería un delito. Pero me comportaré de modo que me tome por un oficial de policía, lo que es muy distinto. Cuento con llegar así al apartamento de miss Meade sin haber sido anunciado y, una vez allí, ya veré...

—Seguramente estará acostada —dijo Della entre dientes.

Mason no pareció darse por enterado:

—Paul, te confío el pañuelo y la caja de cartuchos. Guárdalos en la caja de caudales de tu despacho y...

El detective sacudió enérgicamente la cabeza:

—No, Perry. He consentido en guardar silencio cuando la cogiste, pero no me pidas nada más. No quiero, en absoluto, ayudarte a ocultar las piezas de convicción que pueden facilitar la identificación del asesino. Si quieres jugar con dinamita, allá tú... Pero yo tengo mi vida... y es la licencia de detective privado la que me permite ganármela.

—Dámelos, jefe —dijo tranquilamente Della Street.

Mason vaciló; luego le tendió el pañuelo y la caja:

—No querría mezclarte en este asunto, Della, pero me resulta imposible llevármelo a casa de Mauvis Meade. Podría ser detenido, registrado, y se me acusaría de haber robado el pañuelo o de querer comprometer a miss Meade escondiendo los cartuchos en su casa.

—Sí, comprendo —dijo la muchacha.

Cuando el taxi se detuvo ante el inmueble que habitaba Mauvis Niles Meade, Mason dijo al chófer:

—Espéreme... Puedo tardar unos dos minutos o una hora. Tenga estos diez dólares para que no crea que quiero largarme sin pagar.

—Le esperaré toda la noche si es preciso —respondió el conductor con deferente rapidez.

Mason entró en el inmueble con paso decidido, ni muy apresurado ni muy lento, y se fue directamente hacia el ascensor, sin mirar siquiera al encargado de la recepción. Éste vaciló; luego, bosquejó un vago encogimiento de hombros.

—¡Al último piso! —dijo negligentemente Mason al chico del ascensor, que obedeció sin decir palabra.

Poco después Mason llamaba a la puerta de Mauvis Meade. Esperó, después llamó de nuevo. La puerta se abrió de par en par:

—¡Ya era hora de que usted llegase! Nos...

Mauvis se interrumpió al ver quién era el visitante.

—¡Usted, otra vez!

—Yo mismo. Querría hablar con usted.

—Ya lo ha hecho esta mañana.

—Sí, pero hasta ahora no he visto claro. Usted pensó que, para lanzar una novela tan atrevida como la suya, tenía que hacerse pasar por una mujer provocativa y poco arisca...

—¿De verdad?

—Sí; y, como no es su estilo, se mostró reacia a la entrevista, a fin de que no se descubriese su superchería.

—¡Qué interesante!

—¿No es eso? ¿Puedo entrar, o continuamos discutiendo este apasionante tema en el corredor?

—Entre —dijo ella, sorprendida—. Usted me ha atacado; yo debo, pues, escoger las armas.

No estaba aún en pijama; llevaba un traje de noche que le dejaba los hombros al descubierto y que únicamente parecía sujetarse en la curva de su pecho.

—Tengo miedo de mis nervios... Durante todo el día no han cesado de desfilar policías y periodistas.

Se sentó sobre un canapé e invitó a Mason, con un ademán, a que tomase asiento junto a ella. Luego se volvió silenciosamente hacia él y le miró levantando los párpados con lentitud.

—Simplificaría muchas cosas, miss Meade —dijo entonces el abogado—, si quisiese usted convencerse de que no es la única mujer del mundo que tiene un cuerpo maravilloso. He visto un buen número de mujeres y, por el momento, lo único que me interesa es cierto asesinato.

—Míster Mason, si es un desafío... ¡le disculpo! —dijo ella, lánguidamente, acercándose más a él.

Mason esbozó un gesto de impaciencia:

—¿Tiene aquí un ejemplar de su libro?

La mujer se sonrió:

—Es como si le pidiese a un viajante de comercio si tiene alguna muestra de su mercancía.

Se levantó, tomó un volumen de la biblioteca y lo arrojó sobre las rodillas del abogado. Luego, sin sentarse, volvió a mirar fijamente a Mason. Éste dio la vuelta al libro para ver la parte posterior de la sobrecubierta.

—¡Oh! —dijo Mauvis Meade, al comprobar que el abogado examinaba la fotografía—. ¿Es eso lo que le interesa? ¡A buena hora! Las piernas son bonitas, ¿no es cierto? —le preguntó coquetamente, sentándose de nuevo en el canapé.

—El pañuelo es original... ¿Es un mono eso que se ve?

—Sí... Es un pañuelo estampado que compré en el Japón y representa los tres monos que no quieren ver, oír o hablar mal.

Rió de nuevo, añadiendo:

—Me parece muy indicado para una novelista que, en su libro, dice casi todo lo que ha visto y oído.

—Este pañuelo me interesa mucho... ¿Podría verlo?

—¿Por qué?

—Porque querría saber si lleva alguna referencia, un número de serie, que permita una identificación...

La mujer sacudió la cabeza:

—No lleva ninguna señal, pues lo compré en el Japón y era el único que había en la tienda. Me gustó en seguida y lo compré

inmediatamente.

—¿No pensó que podría haber otros iguales?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Entonces, ¿tendría la bondad de mostrármelo? —pidió Mason.

—¡Qué insistencia! ¿Obtiene usted siempre lo que quiere... con las mujeres?

—No, precisamente al revés.

—Ya que ha sido franco, voy a buscarle el pañuelo. Espéreme...

Mauvis Meade penetró en el dormitorio. Mientras aguardaba, Mason encendió un cigarrillo. En cierto momento le pareció oír una voz masculina hablando sordamente; después reapareció la escritora:

—Estoy consternada, míster Mason, pues no lo encuentro ahora. Sin embargo, si tiene paciencia durante uno o dos días, lo buscaré... Comprenda, me han revuelto todo el apartamento... excepto la habitación de Gladys Doyle.

Como el abogado permanecía callado, ella insistió:

—¿Por qué cree que no habrán registrado la habitación de Gladys?

—No estoy muy seguro de que no lo hayan hecho.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, evidentemente, la persona que ha registrado su apartamento tenía mucha prisa. Por tanto, no ha podido actuar con más cuidado en la habitación de su secretaria que en las otras. Si no hay, pues, desorden en el cuarto de miss Doyle, es quizá como le ha indicado al teniente Tragg porque sabía que no podía encontrar lo que buscaba, o bien porque ha encontrado en seguida lo que quería.

—A veces —declaró la novelista, rascando en el brazo del canapé una mancha inexistente— creo que usted debe de ser un hombre extremadamente hábil.

—¿Y las otras veces? —preguntó sonriendo Mason.

—¡Y las otras veces estoy segura de ello!

—¿Recuerda la última vez que vio usted el pañuelo?

—Veamos... Me lo puse para hacerme esta foto (está tomada en un estudio y no en un yate de verdad), pero eso fue hace unos meses...

—¿No se ha puesto más el pañuelo desde entonces? —insistió Mason.

—¡Oh, sí...! Dos o tres veces, creo yo... Incluso, se lo presté a Gladys... Pero ¿es tan importante?

—Puede que sea muy importante. Yo... ¿Está usted sola, miss Meade?

—¡Oh!, míster Mason, ¿qué le hace suponer lo contrario?

—Verá, tiene usted una manera de mover la cabeza, como si...

—Querido, empiezo a creer que exagera usted. Nada le da derecho a constituirse en mi carabina o a...

Bruscamente, la puerta del dormitorio se abrió y apareció un hombre de unos cincuenta años, de dura mirada.

—Soy yo quien va a seguir esta entrevista, Mauvis —dijo.

—Buenas noches, Dunkirk —dijo Mason—. Porque usted es Gregory Alson Dunkirk, ¿verdad?

—Exacto —respondió el otro.

—¿Y ha escuchado usted nuestra conversación?

—Sí, Mason. He hecho instalar micrófonos en esta habitación. Pensé que, dadas las circunstancias, era una precaución que se imponía.

—¿Qué circunstancias?

—¡Como si no lo supiera, Mason! No me gusta que venga usted aquí a interrogar a Mauvis.

—Lo siento —dijo Mason.

—Sí, creo que debe presentarle sus excusas.

—Creo que no me entiende; lo que siento es que no le guste.

—Representa a Gladys Doyle en este asunto y conozco su reputación. Una vez ha empezado, nadie puede saber hasta dónde llegará.

—Por lo general, no me detengo hasta llegar a la verdad. Siempre he creído que es la mejor arma.

—Sin duda, pero se trata de saber contra quién va uno a servirse de ella. Por eso intento proteger un poco a Mauvis...

Antes de que Mason pudiera contestar, llamaron a la puerta de entrada.

Mauvis Meade se volvió hacia Gregory Dunkirk con aire interrogante; luego, como obedeciendo a una señal invisible, se apresuró a abrir la puerta.

Un coloso con cuello de toro, grandes orejas y nariz rota, entró diciendo:

—¡Buenas, Mauvis!

—Se ha tomado tiempo para venir, ¿eh?

—He venido en cuanto he podido.

—Míster Mason —dijo entonces Dunkirk—, le presento a Dukes. Creo que, oficialmente, se llama Lawton, pero todo el mundo le llama Dukes.

—Encantado —dijo Mason, levantándose y tendiendo la mano al recién llegado.

—Encantado, maestro —dijo Dukes, sonriendo ampliamente, mientras estrujaba con fuerza los dedos del abogado entre sus manazas.

—¿Puedo saber ahora quién es Dukes y qué viene a hacer aquí? —preguntó Mason, volviéndose hacia Dunkirk.

—Dukes es un guardaespaldas. Va a cuidar de miss Meade durante algún tiempo y a velar para que no se la importune... sobre todo gente como usted, sea dicho sin ánimo de molestarle.

—¿Ah, sí? —dijo Mason.

—¿Lo echo afuera? —preguntó Dukes Lawton con aire radiante señalando con el pulgar hacia la puerta.

—No, no —contestó Dunkirk—. Se va a marchar él solo. Nada de violencias inútiles.

—Bueno, como quiera —asintió Dukes, abriendo la puerta.

—Estoy seguro de que va a cuidar de usted, miss Meade —dijo Mason.

—Gracias —respondió la mujer, sin pestañear.

—En cuanto a su razonamiento sobre la persona que ha registrado el apartamento —dijo Dunkirk al abogado—, puede ser totalmente falso.

—O completamente cierto.

—Yo no apostaré por ello ni un centavo... ¿Dukes?

—Sí —dijo el coloso.

—Míster Mason se va y no volverá más, a menos que yo esté aquí o que miss Meade esté en compañía de su abogado. ¿Lo has entendido?

—Entendido.

—Espero que usted también lo haya comprendido —añadió Dunkirk dirigiendo una helada mirada a Mason.

Éste se inclinó:

—Comprendo que miss Meade está mucho más estrechamente relacionada con este asunto de lo que, a primera vista, parecía.

—Mason, siento un gran respeto por usted. Usted no se ocupa de los asuntos en que yo trato. De lo contrario ya le hubiera pedido hace mucho tiempo que fuera mi abogado. Es mejor que seamos buenos amigos, y así será si deja en paz a miss Meade.

—No podría usted haber hecho nada mejor para conseguir que miss Meade me resulte sospechosa. ¿No comprende que quería darle la oportunidad de salir indemne de este asunto, y que usted acaba de estropearlo todo?

—No hagas caso de lo que dice, Mauvis. Me habla a mí, pero es a ti a quién se dirige... ¡Dukes!

Dunkirk llamó al guardaespaldas como lo hubiera hecho a un perro, y el otro reaccionó apresuradamente.

Con una amplia sonrisa, apoyó su enorme mano contra la espalda del abogado y lo empujó hacia la puerta.

—¡Buenas noches, míster Mason!

La presión se acentuó hasta el punto de que Mason tuvo que apresurar el paso para no caer.

La puerta golpeó tras él y se oyó el ruido de un cerrojo al ser corrido.

Capítulo 11

Sentado en el locutorio de la cárcel, Mason explicaba a Gladys Doyle:

—A petición mía, el juez acaba de firmar un mandato de *habeas corpus* a su nombre. Por lo tanto, los policías no van a tener más remedio que presentarla al juez, dando razones para justificar que la hayan mantenido detenida. En caso contrario, tendrán que dejarla en libertad. Creo, pues, que la acusarán de asesinato en primer grado. Lo ventajoso de la situación es que, a partir de la audiencia preliminar, tendré la posibilidad de estudiar las pruebas reunidas contra usted y de interrogar a los testigos antes de que puedan enseñarles lo que han de decir. ¿Tiene usted confianza en mí?

—Absoluta, míster Mason.

—¿Ha visto usted algún periódico de hoy?

—No.

—Todos publican una fotografía del muerto. Lo han retocado para darle apariencia de vivo y la policía cree que alguien lo reconocerá.

Mason desplegó el diario que llevaba consigo y lo apoyó contra el grueso cristal que lo separaba de su cliente. Gladys Doyle examinó la foto en cuestión con vivo interés.

—¿No recuerda haber visto nunca a este hombre vivo? —preguntó el abogado.

—No... Estoy segura de que no.

—¿Ha recordado usted alguna señal especial que permita identificar al hombre que la acogió en la cabaña?

—No... No dejo de pensar en ello, pero no hay ningún detalle que pueda añadir a lo que le he dicho.

—¿Le dice algo el nombre de Joseph H. Manly? —preguntó

bruscamente el abogado.

El rostro de Gladys Doyle permaneció impasible. Meneó lentamente la cabeza al contestar:

—No... Absolutamente nada.

—¿No lo conocía?

—Que yo sepa, no. Es la primera vez que oigo hablar de él.

—Tengo motivos para creer que es el nombre de la víctima. A estas horas, la policía también debe de saberlo, pero lo guarda en secreto, creyendo que es la única que está al corriente. Otra cosa: se ha establecido que el arma del crimen fue el rifle del 22 largo que se encontró cerca del cadáver. Lo recogió usted, ¿verdad?

—Sí... Lo cogí instintivamente, pues pensé que el asesino podía encontrarse todavía en la cabaña... Luego, antes de ceder al pánico, lo dejé donde lo había encontrado.

—Y dejando algunas huellas digitales, sin duda. En fin, ya no podemos hacer nada... En lo que se refiere a Mauvis Meade, estoy convencido, Gladys, de que está metida en este asunto hasta el cuello. Le ruego que se concentre en el momento en que le precisó el camino que debía seguir. En aquella famosa bifurcación, ¿le dijo que tomase *por la derecha* o *por la izquierda*? La policía tiene en su poder lo que parece ser la hoja del bloc donde anotó usted estas indicaciones, y en ella está escrito que debía usted tomar el camino *de la derecha*.

El rostro de Gladys Doyle expresó una súbita consternación:

—¡Oh, sí, míster Mason! Recuerdo ahora perfectamente que miss Meade me dijo que virase *a la derecha*, pero cuando quise llevarme esas notas vi que la hoja en cuestión había sido arrancada de mi bloc. Me puse entonces a buscar el plano que había utilizado Mauvis para precisarme el itinerario. Y estoy dispuesta a jurar que en ese plano la flecha indicaba el camino *de la izquierda*.

—¿Reconocería usted ese plano si se lo enseñaran?

—Sí, estaba hecho por la propia Mauvis Meade, a tinta, con flechas rojas indicando los desvíos que había de tomar... Estoy segura también de que había un dibujo al dorso de ese plano, el dibujo de una casa, hecho a tinta. No lo miré con detalle: lo vi cuando cogí el plano.

—¿Está usted segura de que, en ese plano, una flecha roja indicaba que debía usted tomar el camino de Pine Glen?

—Completamente segura.

—Quisiera preguntarle también si tiene usted en su habitación algo que pueda interesar a una persona que buscase... digamos... detalles íntimos de Mauvis Meade.

La joven meneó la cabeza.

—Desde luego, todas las cartas que me ha dictado figuran en mis blocs de taquigrafía. Aún no he tirado los que ya están terminados. Pero sería preciso que esa persona pudiera descifrar mis signos y...

Gladys Doyle se interrumpió, frunciendo las cejas, y Mason le dijo:

—¿Ha recordado usted algo?

—Sí... La semana pasada... El miércoles, creo... Sí, el miércoles pasado, Mauvis me dio un sobre cerrado que estaba dirigido a mí y en el que había escrito de su puño y letra: *Propiedad personal de Gladys Doyle*.

—¿Un testamento? —preguntó Mason.

—Me dijo simplemente que si sucedía algo que modificase mi situación en relación con ella, debía abrir ese sobre. Entonces, tuve la vaga idea de que tal vez estuviera a punto de contraer uno de esos matrimonios relámpago o algo por el estilo.

—Cuando volvió usted a casa de miss Meade, después de su macabra aventura, ¿buscó ese sobre?

—No...

—¿Y cuando volvió al apartamento, después de haberse vestido con las ropas de Della?

—Tampoco... Posiblemente hubiera debido hacerlo al ver lo que había pasado durante mi ausencia y que miss Meade había desaparecido... La verdad es que ahora me he acordado de ese sobre.

—¿Habló usted de él a la policía?

—No. Lo había olvidado completamente hasta este momento.

—Está bien. Vuelva a olvidarse de él. No hable de esto a nadie. ¿Comprendido?

La joven asintió con un movimiento de cabeza:

—Sí. Pero, cuando sea acusada formalmente (como cree usted que voy a serlo), ¿qué debo decir a los periodistas, a las personas que me interrogarán?

—Conténtese con sonreír, diciendo que su abogado le ha

aconsejado que no hable de este asunto hasta que sea llamada a declarar ante un tribunal. Pero puede darles, por ejemplo, sus impresiones sobre su estancia en la cárcel. Hábleles de su infancia, de sus años escolares; si insisten, de su trabajo con Mauvis Meade, pero ateniéndose estrictamente a los hechos. Esto les dará materia para un artículo y la encontrarán simpática.

Cuando, concluida esta entrevista con Gladys Doyle, Mason regresó a su oficina, Della Street le anunció:

—¡Has recibido un anónimo!

Mason miró a su secretaria y alzó las cejas con aire interrogador:

—Contenía un plano que se supone ser el que salió de manos de Mauvis Meade, en cuyo dorso hay un croquis de la «cabaña trágica». Además, todo va acompañado de «esto».

Mason leyó el mensaje mecanografiado que le tendía Della:

Querido míster Mason:

Si tiene usted que defender a Gladys Doyle, este plano le será útil. Está hecho por Mauvis Meade, hace algo más de un año, cuando empezó a interesarse por la cabaña de Pine Glen. Todas las indicaciones han sido hechas por ella, así como el croquis que hay en el dorso de la hoja. Hizo este esbozo de la cabaña porque la encontraba de «una rusticidad llena de pintoresquismo».

Este plano le será precioso, mientras que a nosotros ya no nos sirve de nada. Por eso se lo enviamos. No se deje impresionar por las lágrimas, por las piernas bonitas ni por los escotes generosos. Ataque resueltamente y se sorprenderá de lo que descubra.

Mason consideró pensativamente la carta, el sobre y el plano. Luego, volviéndose a su secretaria, dijo:

—¡Llama a Paul Drake, Della! Que venga en seguida.

Unos instantes después, el detective acudía a su llamada.

—¿Llegaste a algún resultado interesante anoche con Mauvis Meade, Perry?

—Todo depende de lo que lles interesante. Se ha refugiado tras un guardaespaldas profesional, a sueldo de Gregory Alson Dunkirk.

—¡Dunkirk!

—Sí. Desde luego es el tipo que le ha inspirado el personaje central de *El amante de presa*.

—¿Has leído el libro? —preguntó Drake.

—Sólo algunas páginas, pero ha sido lo bastante para que llegase a esta conclusión. En cuanto al pañuelo, no sólo es el que Mauvis Meade lleva en la foto de la cubierta, sino que ella me ha dicho que lo compró en el Japón, que era un modelo raro y que no debía de haber otro igual en los Estados Unidos.

—¡Vaya, vaya! —dijo Drake.

—¿Qué sabes de Gregory Alson Dunkirk? —le preguntó el abogado.

—No mucho más que del resto de los mortales. Es un hombre muy rico, muy inteligente, muy influyente políticamente, y tan peligroso como la dinamita. Al parecer, nunca han podido perjudicarle las contribuciones directas, pues mucha gente le hace donaciones reservándose los derechos consiguientes. Cuando se les pregunta por qué hacen esas donaciones a Dunkirk se muestran evasivos y reticentes, pero no es menos cierto que esa forma de proceder es perfectamente regular.

—Bien, y ahora que ese Dunkirk ha tomado el mando, me parece que no nos podremos acercar tan fácilmente a Mauvis Meade —dijo el abogado. Y tendiendo a Drake el anónimo mensaje recibido en forma de telegrama, añadió—: A ver si puedes encontrar huellas que no sean las mías o las de Della.

El detective leyó el texto mecanografiado y, sosteniendo con cuidado la hoja por un extremo, preguntó:

—¿Y el plano?

—El plano lo guardo celosamente, Paul.

—Pero cuando des cuenta de él en la audiencia, si las huellas de tu cliente aparecen en él, la policía no tardará en descubrirlas.

—Sin duda, pero puedo hacerme el tonto —dijo Mason sonriendo.

—¿Qué quieres decir?

—Haré declarar a mi cliente acerca del plano y de las indicaciones que le fueron dadas por Mauvis Meade; luego le preguntaré: «¿Es este el plano en cuestión?», y se lo enseñaré antes de que nadie pueda volver en sí de la sorpresa. Después de esto, Hamilton Burger pedirá ver el plano. Gladys se lo entregará y él se

lo devolverá probablemente para que ella me lo entregue a su vez... A partir de este momento, poco me importará que encuentren las huellas digitales de mi cliente en ese plano.

—¿Vas a hacer eso, realmente? —preguntó Drake.

La sonrisa de Mason se acentuó:

—Mi querido Paul, yo no sé *nunca* lo que voy a hacer, pues *siempre* puedo cambiar de opinión en el último momento.

El rostro del detective se mostró preocupado.

—Sinceramente, Perry, me gustaría que le hablastes a la policía del pañuelo y de la caja de cartuchos.

—¿Por qué?

—Porque soy yo quien guarda ese hallazgo.

—Pues ármate de paciencia, porque la cosa no ha hecho más que empezar. Entretanto, averigua la marca y el modelo de la máquina que ha servido para escribir esta carta.

—Pero, ¿vas a hablar con Tragg del pañuelo y de los cartuchos? —insistió el detective.

El abogado sacudió la cabeza.

—Si le hablase ahora, nos acusaría de haber ocultado piezas de convicción. Mientras no hable, puedo pretender ignorar que se trataba de pruebas y serán ellos los que tendrán que probar lo contrario.

—Vamos, Perry, todo el mundo te conoce y no van a creer una palabra de todo eso.

—Bien, entonces, déjame hacerte una pregunta. ¿Cómo te explicas que el asesino haya transportado esa caja de municiones envueltas en un pañuelo?

—Porque cuando se lleva una caja de cartuchos en un bolso, la caja se puede abrir y todos los cartuchos desparramarse por él. Mientras que si se tiene la precaución de envolver la caja en un pañuelo, no ocurre nada...

—... y se puede ir a depositarlo en el escenario del crimen, a ocultarlo en una caja de especias.

—En un caso de asesinato no se puede explicar todo lógicamente —respondió el detective con cierta inseguridad—. Yo creo que el asesino se instaló bajo la cabaña para esperar el momento propicio. Allí no corría el riesgo de ser visto, estaba al abrigo de la lluvia y no podía soñar escondite más confortable.

—Continúa razonando así, Paul, y verás cómo te retiran tu licencia —dijo Mason—. Tus suposiciones tienden a probar que ese pañuelo y esos cartuchos *son* piezas de convicción, lo cual yo me niego a creer, hasta cuando estoy solo.

—¿Consideras que ese descubrimiento es una simple coincidencia? —dijo Drake, sarcástico.

—Exactamente.

—¡Bien! ¡Me gustará ver cómo te las arreglas para explicarle eso al juez, después de haber prestado juramento!

—¡Pájaro de mal agüero, lárgate a ocuparte de la máquina de escribir!

Drake salió del despacho y, por la tarde, telefoneó a Mason:

—No hay más huellas en la carta que las tuyas y las de Della, Perry. Ha sido escrita en una Remington, en un modelo de hace unos cinco años. Pero no debe de tratarse de una máquina usada en una oficina, porque muchos de los tipos están estropeados. Ha debido de ser manejada por alguien que escribe con dos dedos y muy lentamente... Sin embargo, el mensaje que nos ocupa ha sido escrito por un profesional, pues la pulsación es muy regular. Eso es todo lo que me ha dicho el experto, Perry. El papel en que ha sido escrita es corriente, sin ninguna señal especial.

—¿Y sin otras huellas que las mías y las de Della?

—Sí.

—Perfectamente, Paul. ¡Ahora me toca a mí entrar en juego!

Capítulo 12

El juez Arvis Bagby tomó asiento y anunció solemnemente que se abría la audiencia preliminar del proceso del estado de California contra Gladys Doyle. En respuesta a la pregunta de ritual, Harvey Ellington —un joven suplente del fiscal del distrito y a quien le predecía un brillante porvenir— y Perry Mason se declararon dispuestos. Entonces el juez, recordando las numerosas tareas judiciales que esperaban a aquella Corte de Justicia les suplicó que se atuviesen a lo esencial y evitaran perder tiempo en inútiles formalidades. A continuación, un buen número de fotografías y de planos de carreteras fueron admitidos, de común acuerdo, como piezas de convicción.

Luego Ellington declaró:

—La cabaña donde fue cometido el crimen pertenece a Morrison Findlay. Hace algunos meses, se le propuso que alquilara esa cabaña por el importe de cien dólares mensuales. Findlay aceptó. A partir de entonces, el alquiler le fue pagado regularmente, cada mes, por anticipado. El alquiler se hizo por teléfono por alguien que dijo llamarse G. C. Challis. Míster Findlay había adquirido la cabaña unos meses antes y no ha vuelto a ella desde que la alquiló. No puede aportar, pues, ninguna luz sobre el crimen.

—¿Trató míster Findlay de tener una entrevista personal con míster Challis? —preguntó Mason.

—No lo creo —respondió Ellington.

—La dirección que figura en los sobres que recibe cada mes pertenecen a una agencia de secretarías.

—¿Ha localizado la policía a ese míster Challis, por medio de esa agencia?

—Hasta ahora, no; no ha sido posible. Más tarde, la identidad de esa persona puede revestir especial importancia, pero no es este el

caso en esta audiencia preliminar donde tratamos simplemente de determinar si ha habido crimen y si se puede sospechar razonablemente de que la demandada lo ha cometido.

—Bien —dijo Mason—, quiero admitir que Morrison Findlay es el propietario de la cabaña, puesto que usted lo afirma.

—Incluso se lo confirmo —dijo Ellington.

—También estoy de acuerdo en dejar estipulado que Morrison Findlay ha declarado personalmente los hechos que nos acaba de comunicar el señor suplente del fiscal del distrito.

Un claro alivio se reflejó en el rostro de Ellington, que se apresuró a decir:

—Perfectamente. Podemos pasar ahora a...

—Un momento —le interrumpió Mason—. Puesto que hemos admitido que míster Findlay ha declarado, tengo ahora el derecho de proceder a su interrogatorio, pues deseo hacerle algunas preguntas.

—Pero ya hemos repetido todo lo que él...

—Mi obligación es defender a mi cliente —le interrumpió Mason—, y para ello necesito hacer algunas preguntas a míster Findlay.

—En tal caso —dijo Ellington—, acepto el interrogatorio.

—¿Está presente míster Findlay? —preguntó el juez Bagby.

—Sí, Señoría.

—Entonces, que haga el favor de situarse en el estrado de los testigos.

Morrison Findlay, un hombre de unos cincuenta años, de espesas cejas, obedeció inmediatamente. Cuando se hubo sentado en el sillón reservado a los testigos, Mason le dijo:

—Cada vez que he nombrado a su inquilino, G. C. Challis, he supuesto que se trataba de un hombre. Pero me he dado cuenta de que el ministerio fiscal ha hablado siempre de «la persona» que alquiló la cabaña, como para no precisar su sexo. Míster Findlay, lo que quiero preguntarle en primer lugar es si G. C. Challis es un hombre o una mujer.

Findlay dirigió una mirada a Ellington y luego dijo:

—Una mujer.

—¿Le aclaró ella sus nombres de pila?

—No. Sólo me dijo sus iniciales.

—¿No es una forma algo rara de alquilar una casa?

—Sí, muy poco corriente.

—Entonces, ¿por qué aceptó alquilar su cabaña en esas condiciones?

—Porque, tal como estaba, la cabaña podía ser alquilada como máximo por treinta dólares mensuales.

—¿Y recibió usted regularmente cada mes un cheque de cien dólares?

—No, no era un cheque. El primer día de cada mes recibía un sobre conteniendo un billete de cien dólares y una nota a máquina, precisando que el billete representaba el alquiler de la cabaña para el mes de noviembre, diciembre, etc.

—¿Y el primer sobre que recibió contenía doscientos dólares?

—Sí, en efecto. En la carta que lo acompañaba se indicaba que los doscientos dólares representaban el alquiler de septiembre (fue en septiembre cuando se inició el alquiler) y el del último mes.

—¿No fue precisado cuál sería el último mes?

—No.

—Así, pues, alquiló usted esa cabaña en septiembre último.

—No, en septiembre del año pasado.

Mason alzó las cejas:

—Así, pues, el alquiler dura desde hace más de un año...

—Sí.

—¿Ha conservado las notas que acompañaban a los billetes?

—Sí, mencionando la fecha y la cantidad.

—¿Mandaba usted recibos a G. C. Challis?

—Los dos primeros meses, lo hice. Luego recibí una llamada telefónica diciéndome que no era necesario que lo hiciese, que conocía mi buena fama en los negocios. La dama añadió que la reexpedición de mis recibos le costaban cada vez veinticinco centavos y que era ridículo gastar así el dinero.

—¿Advirtió usted si esa comunicación fue interurbana?

—Creo que no lo era, pues mi interlocutora me habló directamente, sin intervención de la telefonista.

—Todo eso es bastante misterioso, ¿no cree?

—¡Oh, sí!

—¿Y no trató de aclararlo?

Findlay sonrió:

—Pensé que recibía quizá veinte dólares por el alquiler de la

cabaña, y ochenta para que me ocupase de mis asuntos.

—Comprendo. ¿Ha traído usted las notas mecanografiadas que recibía cada mes?

—Sí.

—Haga el favor de entregarlas al escribano. Deseo que sean admitidas como piezas de convicción.

—No hay objeción —dijo Ellington.

Mientras el testigo remitía los documentos en cuestión al escribano, Mason se inclinó hacia Paul Drake:

—Paul, telefonea a tu experto. Quiero saber si estas notas han sido escritas en la misma máquina que el mensaje anónimo que recibí. Dile que venga en seguida.

Luego, volviéndose al testigo, preguntó:

—¿Ha tenido usted ocasión de hablar con la demandada, Gladys Doyle?

Findlay dudó un instante y luego dijo:

—Sí.

—Por mediación de la policía, supongo...

—Sí.

—¿Era la voz de Gladys Doyle la que oyó usted por teléfono?

—Creo que no.

—Eso es todo, de momento —dijo Mason—. Advierto al tribunal que, a continuación, podré pedir al testigo que escuche la voz de algunas personas llamadas a declarar en este caso y que me diga si alguna de ellas le recuerda la que oyó por teléfono.

—Es una manera de proceder muy poco usual... —dijo Ellington.

—Esa es también la opinión de este tribunal —dijo el juez Bagby, frunciendo las cejas.

—Muy bien, Señoría —dijo entonces Mason con una ligera sonrisa—. En ese caso, voy a hacer ahora mismo algunas preguntas al testigo antes de concluir su interrogatorio. Míster Findlay, ¿le hicieron escuchar la voz de Gladys Doyle para ver si le recordaba la que escuchó usted por teléfono?

—Sí.

—¿Le hicieron escuchar otras voces?

—Sí.

—¿Voces de mujer?

—Sí.

—¿De qué mujeres?

—De una tal mistress Manly...

—Sí... ¿y cuál más?

—La de Mauvis Meade.

—¿Alguna más?

—No.

—¿Y alguna de estas voces le pareció igual que la de quien se llamaba a sí misma G. C. Challis?

Findlay cruzó las piernas y se removió en su asiento:

—No estoy seguro —dijo al fin.

—¿Pero una de esas voces se le antojó más familiar que las otras?

—Sí.

—¿Cuál?

—La de Mauvis Meade.

—¿Le recordó la de G. C. Challis?

—Mire... no estoy seguro de que fuese Mauvis Meade la que me telefoneó... Pero, por otra parte, tampoco juraría que no era ella.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo, por ahora. Pero —añadió, dirigiéndose a su adversario—, dadas las circunstancias y aunque es nuestro deseo acelerar las formalidades, la defensa prefiere que se siga ahora el proceso habitual de las audiencias.

Ellington enrojeció, bajó la cabeza y dijo:

—¡Llamen a mistress Manly!

Mistress Manly prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

—¿Es usted la viuda de Joseph H. Manly? —preguntó Ellington.

—Sí.

—¿Cuándo vio por última vez a su marido con vida?

—Creo que fue el cuatro de este mes.

—¿Y cuándo volvió a verlo después?

—El martes siguiente, cuando fui conducida a identificar su cadáver.

—Mire esta fotografía. ¿De quién es?

—De mi difunto marido, Joseph H. Manly.

—Pido que esta fotografía sea admitida como pieza de convicción —dijo Ellington.

—No hay nada que objetar —dijo Mason.

El juez cogió la fotografía como prueba y Ellington cedió la palabra a Mason, quien se puso en pie para proceder al interrogatorio.

—¿Me dijo usted que su marido estaba en Tucson? —preguntó.

—Sí.

—¿Y sabía usted que eso no era cierto?

—Cuando se lo dije, míster Mason, estaba segura de que mi marido estaba en Tucson, Arizona.

—Después, ¿supo usted ciertas cosas que podían explicar que su marido no hubiese ido a Tucson y se hallase en esa cabaña, relativamente alejada de su domicilio?

—No. No comprendo en absoluto qué pudo ir a hacer allí.

—No hay más preguntas —dijo entonces Mason.

—¡Dr. Samuel G. Cleveland! —llamó Ellington.

El doctor Cleveland había procedido a la autopsia del cadáver descubierto en la cabaña de Pine Glen. Declaró que la muerte fue producida por una bala, perteneciente a un rifle del 22 largo, que le perforó la sien izquierda. Esto le produjo una gran hemorragia y, según su opinión, la muerte debió de ser instantánea.

—¿Puede usted precisar en qué momento se produjo ésta? —preguntó Ellington.

—Sí... Ese hombre fue muerto tres cuartos de hora como mínimo y una hora como máximo después de haber ingerido un trozo de carne de buey con patatas fritas y un condimento que debía de ser *ketchup*.

—Interrogue usted —dijo Ellington, volviéndose hacia la defensa.

—Doctor —atacó Mason, poniéndose en pie—, acaba usted de indicarnos la hora de la defunción basándose en la última comida del difunto, pero quizá también pueda decirnos en qué momento del día se produjo.

El testigo dirigió una mirada de contrariedad en dirección a Ellington.

—¡Objeción, Señoría! —intervino de pronto el fiscal suplente—. El testigo ha determinado ya de manera precisa el momento de la muerte.

—Señoría, me parece, sin embargo, muy interesante saber si el

testigo puede decirnos en qué momento del día fue cometido el crimen.

—Ésa es también mi opinión —dijo el juez Bagby—. Objeción denegada. Que el testigo conteste a la pregunta, si puede hacerlo.

—Bien —dijo el doctor Cleveland, tras un momento de vacilación—, creo que sí... La muerte debió de producirse hacia las tres de la mañana.

—Gracias, doctor —dijo Mason—. Eso es todo.

—¡Dorothy Selma! —llamó Ellington.

La joven que se dirigió hacia el sillón de los testigos, ondulando las caderas, tenía unos grandes ojos inocentes que parecían rechazar la responsabilidad de lo que el resto del cuerpo podía tener de voluptuosa provocación. Con aire cándido se volvió hacia el suplente, después de haber prestado juramento.

—¿Cuál es su profesión, miss Selma? —preguntó Ellington.

—Estoy empleada en un restaurante que está abierto toda la noche y donde los clientes pueden comer sin bajar del coche.

—Aquí tiene usted una fotografía que ha sido identificada como la de Joseph H. Manly. ¿Había visto usted a este hombre en alguna ocasión?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La noche del domingo al lunes, hacia... Debían de ser las dos menos veinte de la mañana.

—¿Qué pidió?

—Nuestro plato especial: un bistec con patatas fritas, cubierto de salsa de tomate con muchas especias.

—¿Le sirvió usted misma?

—Sí.

—¿Y qué pasó luego?

—Me pagó, me dio una propina y se marchó.

—¿Puede decirnos qué clase de coche conducía?

—Un *jeep*.

—¿Está usted segura de que se trataba del hombre que aparece en esta foto?

—Sí, lo conocía muy bien.

—¿Quiere usted significar que era un cliente asiduo?

—Sí.

—¿Cuántas veces lo había visto usted, miss Selma?

—¡Dios mío! No se lo puedo decir exactamente. En ocasiones venía dos o tres noches seguidas, luego estaba ocho o diez días sin volver y luego venía de nuevo.

—¿Lo conocía usted lo bastante como para charlar con él?

—¡Oh, en nuestra profesión no es necesario conocer mucho a la gente para bromear con ella! Además, nuestro nombre está escrito en un broche que llevamos aquí —y señaló el lugar sobre su seno izquierdo—, y los clientes son los primeros en llamarnos familiarmente. Una les responde del mismo modo. Eso les incita a dejar una buena propina.

—Ya comprendo —dijo el juez Bagby con una ligera sonrisa—. ¿Conocía el nombre de ese cliente, miss Selma?

—No... Le llamábamos Joe.

—¿Reconocería usted su coche?

—Pues... era un *jeep* gris acero, con el guardabarros de la izquierda algo abollado, y como debemos anotar en nuestras fichas los números de matrícula de los coches (porque hay clientes que se largan sin pagar, cuando están algo borrachos), me fijé que el suyo empezaba por mis iniciales: D. S. Se lo dije incluso, para darle conversación, y desde entonces me llamaba... «deseable» —concluyó, bajando castamente los ojos.

—¿Cómo puede usted precisar la hora en que le vio la noche del domingo al lunes?

—Porque todas las noches el animador de un *night club* vecino se detiene a comer antes de irse a acostar. Termina su trabajo a las dos de la mañana y cinco minutos después ya lo tenemos allí. Aquella noche llegó poco después de haberse marchado Joe.

—Eso es todo. ¿Desea usted interrogar?

—No hay nada que preguntar —dijo Mason.

—Señoría —dijo Ellington, volviéndose hacia el tribunal—, en lo que se refiere al siguiente testigo, debo decir que lo he llamado con una finalidad concreta. En el caso en que la defensa intente interrogarle sobre cosas que estimo que no tienen nada que ver con el asunto que nos ocupa, ruego al tribunal que recuerde las preguntas que voy a hacer, pues mi intención es elevar una objeción cada vez que la defensa pretenda salirse del terreno que le he delimitado.

—Este tribunal le agradece que nos haya advertido, señor suplente; pero, no obstante, se reserva el derecho de juzgar por sí mismo la oportunidad de las preguntas que puedan ser formuladas por la defensa. ¡Llame a su testigo!

—¡Miss Mauvis Meade!

La novelista avanzó, escoltada por Dukes Lawton, que, tras abrirle la barrera que daba acceso al recinto del tribunal, se sentó en un asiento vacío, en primera fila.

Después de las formalidades de rigor, Ellington dijo:

—Miss Meade, ¿es usted escritora y autora de *El amante de presa*?

—Sí —respondió la testigo con voz apenas audible.

—¿Conoce usted a la demandada?

—Sí, la había contratado como secretaria.

—Le ruego que se sitúe en el viernes, día 6 del corriente. ¿Encargó usted ese día a la demandada una misión algo especial?

—Sí.

—¿Qué tenía que hacer?

—Ir al *Albergue de las Cumbres* para reunirse, en mi lugar, con un tal Edgar Carlisle, a quien creía perteneciente a la *American Film*...

—Poco importa lo que usted creyó, miss Meade —interrumpió vivamente Ellington—. ¿Precisó usted a miss Doyle el itinerario de un atajo que debía tomar para volver a Los Angeles?

—Sí.

—¿Puede usted repetimos las indicaciones que le dio?

—Sí. Le dije que, al salir del *Albergue*, tomase la carretera nacional, luego que virase por el segundo camino a la derecha, después del puesto de gasolina, y luego por el quinto a la izquierda. Llegaría así a una pequeña carretera asfaltada que, durante dos kilómetros, serpentea por la montaña. Le recomendé que pusiera el cuentakilómetros a cero, cuando pasase por delante del puesto de gasolina. Así, cuando faltasen quince kilómetros setecientos, vería una bifurcación, donde tomaría el camino de la derecha. Después le dije que continuase recto hasta cruzar una gran carretera, más allá de la cual se encontraría de nuevo con una carretera asfaltada y, después de recorrer cinco o seis kilómetros, tendría que volver a tomar la carretera nacional.

—¿La demandada tomó nota de todo esto?

—Sí.

—Aquí hay una hoja de bloc, donde figuran ciertas indicaciones en escritura normal y otras en taquigrafía. ¿Le es a usted familiar la letra de la demandada?

—Sí.

—¿Son de su puño y letra esas notas?

—Sí.

—¿Puede usted descifrar estos signos taquigráficos?

—No palabra por palabra... pero, no obstante, puedo darme cuenta de que se trata de las indicaciones que di a Gladys Doyle.

—Bien. ¿Sabe usted dónde ha sido encontrada esta hoja de bloc?

—Sí, en la papelería de la habitación que la demandada ocupaba en mi casa.

—¿Fue usted quien la recogió de esa papelería?

—Sí. Para dársela al teniente Tragg, de la Brillada Criminal.

—Eso es todo —anunció Ellington—. La testigo está a disposición de la defensa.

—Miss Meade —preguntó Mason, poniéndose en pie—, ¿cuánto tiempo duró la entrevista en el curso de la cual precisó usted a la demandada el itinerario que debía seguir para volver a Los Angeles?

—Un cuarto de hora... Quizá veinte minutos...

—Ese itinerario... ¿se lo dictó usted de memoria?

—Sí.

—Quisiera refrescar sus recuerdos, miss Meade... Para indicar ese itinerario a miss Doyle, ¿no se sirvió usted de un plano, de un croquis que guardaba usted en un cajón de su mesa?

—Es posible, sí.

—¿Dónde está ese plano ahora?

—No lo sé... O quizá se lo di al teniente Tragg... No... Debí de ser una copia de ese plano lo que le di al teniente. Tenía dos.

—¿El que le sirvió para indicar el atajo a miss Doyle, y otro?

—Sí.

—Pero ¿eran los dos de la misma región?

—Sí, a *grosso modo*.

—¿Estaba usted en posesión de esos dos planos el viernes, seis del corriente, cuando indicó a Gladys Doyle el atajo que debía tomar?

—Pues...

—¡Objeción, Señoría! La testigo ha dicho ya que tenía dos planos en su poder.

—¿Tiene usted especial interés, míster Mason, en que ese punto sea aclarado?

—Sí, Señoría, mucho.

—Muy bien. Objeción rechazada. Que la testigo responda.

—Yo... yo... creo que no tuve el segundo plano hasta más tarde.

—¿El plano que entregó usted al teniente Tragg?

—Sí.

—¿Está ese plano en poder del ministerio fiscal? —preguntó Mason, volviéndose hacia Ellington.

—Sí —respondió el suplente con sequedad.

—Por favor, ¿puedo verlo?

—No, puesto que la testigo acaba de decirle que no estaba en su poder cuando tuvo lugar la conversación que le interesa.

—Es de su puño y letra, ¿verdad? —dijo Mason.

—No tiene usted que interrogarme a mí. Si desea citarme como testigo, le será posible hacerlo cuando yo haya terminado con los otros testigos.

El juez Bagby frunció el ceño.

—Señores, les ruego que no personalicen. ¿Existe algún motivo especial, señor suplente, para que no presente usted ese plano a la defensa?

—Sí, Señoría. La defensa se serviría de él para intimidar y confundir a la testigo. Pero estoy dispuesto a declarar, con el concurso de la testigo, que ese plano no existía en el momento de la conversación a que se ha hecho referencia.

—¿No existía? —subrayó el juez Bagby.

—No, Señoría. Durante la ausencia de la testigo, su apartamento ha sido registrado por persona o personas desconocidas. Si la testigo entregó ese plano al teniente Tragg fue porque éste se lo pidió; y si el teniente Tragg se lo pidió fue por instigación de Perry Mason, que estaba deseoso de ver el plano que había servido a miss Meade para indicar el atajo a su secretaria. No digo que las cosas ocurriesen así, pero es muy posible que, no encontrando el plano original a causa del indescriptible desorden que reinaba en el apartamento, miss Meade hubiese dibujado otro para poder dar al teniente Tragg y a míster Mason el detalle que les interesaba. No veo que esto tenga

nada de malo, pero comprendo el encarnizamiento con que la defensa se esforzaría en sacar partido de ese plano, si fuera admitido para figurar en los debates.

El juez Bagby pareció indeciso. Mason intervino:

—Este plano debe figurar en los debates, puesto que la testigo se sirvió de él para indicar un atajo a la demandada.

—No, no era ése. Por eso me opongo a correr el riesgo de que usted enrede las cosas. Si quiere usted interrogar a la testigo acerca del plano que utilizó para indicar el atajo a miss Doyle, dígalo claramente y no pondré ninguna objeción.

—Gracias. En ese caso, Señoría, retiro mi pregunta anterior y pregunto ahora a la testigo: ¿Tenía usted en su poder un plano, cuando indicó el atajo a miss Doyle?

—Sí —respondió Mauvis Meade.

—¿Dónde está ahora ese plano?

—Lo ignoro.

—¿No está en su apartamento?

—No está en mi apartamento.

—¿Podría reconocerlo si lo viera otra vez?

—Desde luego.

—¿Ese plano fue dibujado por usted?

La novelista dudó unos instantes y luego contestó:

—Sí.

—¿Por qué lo dibujó usted?

—Porque alguien me había hablado de ese atajo.

—¿Había tomado alguna vez por ese atajo?

—¡Oh, sí, muchas veces!

—¿Y tomó usted alguna vez el camino de la izquierda que pasa cerca de la cabaña?

—Yo... Es posible. Sí, porque voy con frecuencia al *Albergue de las Cumbres* y circulo mucho por esa parte de la región.

—¿Se ha detenido usted alguna vez en esa cabaña?

—¡Ahí está, Señoría! —intervino violentamente Ellington—. Por eso he formulado la advertencia anterior. En mis preguntas no he mencionado ni la cabaña, ni la carretera que conduce a ella. Mister Mason no tiene derecho a preguntar sobre ellos en su interrogatorio.

—Objeción válida.

—Pero, miss Meade, si le enseñasen el plano que utilizó para indicar el atajo a la demandada, ¿lo reconocería? —preguntó Mason.

—Sí.

El abogado se acercó entonces con aparente indiferencia a la testigo:

—Ese plano ¿estaba en su poder desde hace cierto tiempo?

—Estaba en mi mesa, sí.

—¿Recuerda usted si había un dibujo en el reverso de la hoja en que usted lo dibujó?

La testigo frunció las cejas, luego sacudió la cabeza y declaró:

—No lo recuerdo.

—Quizá yo pueda refrescar su memoria —dijo Mason, sacando del bolsillo el plano que había recibido junto con el anónimo y depositándolo sobre la barrera que le separaba de la testigo—. ¿Es ésta su letra?

La novelista miró la hoja que le presentaba el abogado y palideció súbitamente. Viendo su emoción, Ellington se levantó precipitadamente y en cuatro zancadas se aproximó al estrado de los testigos. Mason volvió a guardarse el plano en el bolsillo cuando su adversario llegó hasta él.

—¡Ruego a este tribunal! —protestó Ellington—. ¡Tengo derecho a ver ese documento!

—De momento no tengo intención de hacerlo figurar en los debates. Simplemente he querido saber si la testigo reconocía su letra.

El juez Bagby miró a Mauvis Meade, que, a despecho de los esfuerzos que hacía para disimular, dejaba transparentar su consternación.

—Creo —dijo— que el ministerio fiscal tiene derecho a ver ese documento sobre el cual apoya usted la pregunta que ha formulado a la testigo.

—Muy bien —dijo Mason con una cortés sonrisa—. En ese caso retiro mi pregunta.

Y volvió a sentarse en el lugar reservado a la defensa.

—¡No obstante, quiero ver ese documento! —insistió Ellington.

Un malicioso relámpago pasó por los ojos del juez Bagby:

—Puesto que la pregunta ha sido retirada, señor suplente, no

creo necesario que tenga usted conocimiento de ese papel, como tampoco, desde luego, este tribunal.

Ellington no pudo hacer otra cosa que inclinarse, pero lo hizo de mala gana.

Mason volvió entonces sus pasos hacia la testigo:

—¿Estaba usted en relaciones con Morrison Findlay, que ha prestado declaración aquí, hace un momento, y que al parecer es el propietario de la cabaña donde se cometió el Crimen?

—Creo que no le he visto nunca hasta hace un momento —respondió la escritora, meneando lentamente la cabeza.

—¿No le ha telefoneado usted nunca?

—¡Objeción, Señoría! —protestó Ellington—. Esto no tiene nada que ver con las preguntas que he hecho a la testigo y con las que no esperaba ser abordada por la defensa.

El juez Bagby se mordisqueó el labio inferior con aire indeciso. Luego dijo:

—Este tribunal comprende dónde quiere llegar la defensa y quisiera también saber más sobre ese punto. Sin embargo, dado que el ministerio fiscal tomó la precaución de decir que el interrogatorio de este testigo debía estar estrictamente delimitado, el tribunal declara válida la objeción. Al menos, por el momento, míster Mason.

—Gracias, Señoría —respondió el abogado, antes de volverse de nuevo hacia la testigo—. Miss Meade, ¿fue usted la que alquiló esa cabaña a Morrison Findlay?

—¡Objeción, Señoría, por el mismo motivo! —gritó inmediatamente Ellington.

El juez Bagby se acarició pensativamente la barbilla:

—La pregunta se refiere a la cabaña donde fue cometido el crimen y que, por otra parte, está indicada en los planos admitidos como piezas de convicción.

—Entonces —dijo el suplente con vehemencia—, puede también interrogar sobre los menores detalles de esos planos y tenernos aquí durante semanas enteras. ¡Eso es lo que quise evitar, advirtiéndole a este tribunal hace un momento!

El juez pareció vacilar una vez más y luego, a su pesar, dijo:

—La objeción es válida.

—Muy bien —dijo Mason—. No tengo más preguntas que hacer

a la testigo.

El juez Bagby le miró con aire pensativo y preguntó:

—Míster Mason, ¿quiere que el documento que ha mostrado usted a la testigo sea señalado para su identificación? Si no se hace así, no podrá ser presentado posteriormente diciendo que es el documento que enseñó usted a la testigo. Pero no podrá ser señalado para su identificación, si no lo deja usted ver al ministerio fiscal...

—Agradezco a Su Señoría su advertencia, pero, como he retirado mi pregunta respecto a ese documento, no es necesario nada de eso.

—Muy bien —dijo el juez Bagby—. El ministerio fiscal puede llamar al testigo siguiente.

El testigo siguiente fue el teniente Tragg. Ellington le invitó a que repitiese al tribunal la declaración que le había hecho Gladys Doyle referente a las circunstancias que la empujaron a refugiarse en la cabaña y la manera cómo había descubierto el cadáver, al día siguiente.

—Cuando llegó a casa de miss Meade y comprobó que el apartamento había sido registrado, en ausencia de aquélla, creció su pánico y fue a buscar a míster Mason. Éste hizo que su secretaria, Della Street, le prestase ropa e informó a la policía del asesinato que se cometió en Pine Glen.

—¿Miss Doyle le hizo estas declaraciones espontáneamente a fin de facilitar su tarea? —pregunté Ellington.

—No. Miss Doyle hizo esta declaración *después* de haber descubierto nosotros ciertas cosas, a fin de intentar explicárnoslas.

—¿Qué cosas descubrió usted, teniente?

—Por ejemplo, descubrimos que la marca de la tintorería, que figuraba en las ropas que llevaba, pertenecía a *Net Excelsior*, que señalaba con dicha marca las ropas de miss Della Street. Sospechando entonces lo sucedido, pedimos una orden de registro para investigar en casa de miss Street, donde efectivamente encontramos las ropas que la demandada reconoció como suyas. Después de eso, nos hizo esta declaración.

—¿De una vez o en intervalos?

—En intervalos... Tuvimos que arrancarle las palabras de la boca. Hizo sus declaraciones una u una.

—Las ropas que descubrió usted en casa de Della Street y que la

demandada ha reconocido como suyas, ¿pasaron por el laboratorio de la Brigada Criminal?

—Sí.

—¿Y qué se averiguó acerca de ellas?

—Había una gran mancha de sangre sobre el dobladillo de la falda, y dos más pequeñas, una de ellas en la parte baja de una manga y la otra en la combinación.

—¿Se buscaron huellas digitales en el arma, el rifle del 22 largo que se encontró en la cabaña?

—Sí, se hizo en mi presencia. Se hallaron varias huellas digitales, pero sólo una era lo bastante clara para permitir su identificación. Pertenecía al índice derecho de la demandada.

—¿Trató usted de comprobar las declaraciones de la demandada, relativas a la presencia de una tercera persona en la cabaña?

—Sí, dentro de lo posible.

—¿Ha averiguado usted algo que confirmase sus palabras?

—No, nada —respondió Tragg.

—El testigo queda a disposición de la defensa.

—No hay nada que preguntar —dijo Mason con una amable sonrisa.

—Puede usted retirarse, teniente Tragg —dijo el juez Bagby—. Llame al siguiente testigo, míster Ellington.

—El teniente Tragg era el último testigo del ministerio fiscal —respondió Ellington—. Rogamos al tribunal que declare que se ha cometido un asesinato del que se puede razonablemente pensar que ha sido cometido por la demandada.

—En nombre de la defensa —dijo Mason—, pedimos al tribunal que ordene se ponga en libertad a la demandada, puesto que no existe ninguna prueba de que esté relacionada con ningún crimen.

El juez Bagby meneó la cabeza:

—El ministerio fiscal ha establecido que se ha cometido un asesinato, que la demandada se encontraba en la cabaña en el momento del asesinato, que la demandada manipuló en el arma del crimen y que había sangre sobre las ropas de la demandada, y que, finalmente, ésta fue a consultar con un abogado, antes de avisar a la policía de que se había cometido un crimen. Es más que suficiente para que este tribunal estime necesario condenar a la demandada.

Pero, desde luego, la defensa puede también citar a sus testigos.

Mientras paseaba desesperadamente su mirada entre los asistentes, Mason dijo:

—Señoría, es cerca de mediodía. Si quisiérais suspender la audiencia ahora...

—No, míster Mason. Como antes he dicho, las tareas de este tribunal son muy numerosas y quisiera terminar esta mañana con el presente caso. ¿Quiere usted llamar a algún testigo?

—Sí, Señoría.

—Entonces, llame al primero.

—Muy bien. Mi primer testigo será el teniente Tragg.

Ellington demostró su sorpresa y cambió una mirada con el policía. Éste volvió, impasible, a sentarse en el sillón reservado a los testigos.

—Ya ha prestado usted juramento —dijo el juez Bagby—. Es innecesario volver a empezar. El testigo está a su disposición, míster Mason.

—¿Fue usted a la cabaña del crimen el lunes, después de haber cesado la lluvia?

—Sí.

—¿Buscó usted huellas de neumáticos por los alrededores de la cabaña?

—Sí.

—He observado que el ministerio fiscal omitió formular esta pregunta. Un olvido, sin duda... ¿Quiere usted decirnos si vio huellas de neumáticos dejadas por vehículos en los alrededores de la cabaña?

—Sí. Pero había tantas, mezcladas unas con otras, que resultaba imposible seguir ninguna de ellas. Unas eran huellas de *jeep*; otras, de automóvil.

—¿Todas esas idas y venidas tuvieron lugar después de haber sido reblandecido el suelo por la lluvia? —preguntó el juez Bagby con interés.

—Sí, Señoría.

—¿Vio usted por allí cerca el bache en el que, según la demandada, se atascó su coche?

—Vi un bache, en medio del cual las huellas de ruedas mostraban claramente que un coche se había atascado, pero no

había ningún medio de saber *cuándo* ocurrió eso.

—¿Estableció usted comparaciones con los neumáticos de un coche, por ejemplo, con el de miss Meade que era conducido por la demandada?

—Sí, Señoría. Es indudable que el coche en cuestión estuvo metido en el bache. Pero no podemos saber si consiguió franquearlo o si lo ayudaron a salir de él.

—¿Vio usted huellas de pasos al borde del bache? —preguntó Mason.

—Sí. Había huellas que parecían de zapatos femeninos, pero el barro estaba demasiado blando y resbaladizo para que esas huellas pudiesen ser identificadas. También había huellas dejadas por zapatos de hombre. Sin embargo, no podemos decir si esas diferentes huellas eran todas del mismo hombre y de la misma mujer.

—¿Dijo usted que había huellas dejadas por varios automóviles?

—Sí... A unos cincuenta metros de la cabaña, el terreno forma un espacio llano que debió de ser utilizado como parque de coches y también para efectuar maniobras. Vimos huellas dejadas por varios coches, y entre ellos el de la demandada y el *jeep*.

—¿Puede decirnos si esas huellas eran recientes?

—No puedo asegurarlo. Mi opinión es que la mayoría lo eran, pero...

—¡Un momento! —intervino Ellington—. Si place a este tribunal, suplico que no se tenga en cuenta la segunda parte de esta respuesta del testigo. El testigo es oficial de policía y no un experto en huellas dejadas por automóviles.

—Yo, por el contrario, creo que está muy versado en la cuestión, Señoría —contradijo Mason—. Por otra parte, juzgaremos ahora si tengo razón. Teniente Tragg, ¿cuánto tiempo hace que es usted oficial de policía?

—¡Un momento, un momento! —gritó Ellington—. Reconozco que he estado a punto de hacer el juego a la defensa, que busca únicamente prolongar por todos los medios este interrogatorio. Para ganar tiempo, retiro mi objeción. Convengo en que el teniente Tragg es experto en huellas de neumáticos y le reconozco toda la competencia que desee la defensa.

—Señor suplente —dijo entonces el juez Bagby—, la situación

no precisaba ninguna opinión de su parte sobre lo que usted supone que va a ser la táctica de la defensa. Como sus objeciones han retrasado un poco la marcha de los debates y como el tribunal comprende que no podrán concluirse esta mañana, la audiencia queda aplazada hasta esta tarde, a las dos.

Cuando el juez se retiró, Ellington se aproximó a Mason con aire guasón:

—Ha sido usted muy astuto al llamar a Tragg por cuenta de la defensa. ¿Por qué trata de ganar tiempo a toda costa?

—No tengo ni la menor idea —dijo Mason, con una sonrisa encantadora—. Vamos, Della, tenemos que ir a comer... ¿Dónde está Paul?

—En la cabina telefónica.

—Entonces nos reuniremos con él al pasar... Acuérdate de llenar el depósito del coche. Podremos necesitarlo pronto.

—¡Oh, por mucho que hable, no conseguiré engañarme, Mason! —dijo Ellington riendo—. Cuando se reanude la audiencia estoy dispuesto a apostar que se verá obligado a declarar que Tragg es su único testigo, puesto que no se atreverá a llamar a declarar a su cliente.

—¿Cuánto apostaría usted? —preguntó Mason.

—Pues... —dijo Ellington, desconcertado—... no más de cincuenta dólares... De lo contrario, sería usted capaz de hacerla declarar sólo por ganarme la apuesta.

—Bah, por cincuenta dólares no vale la pena de que me arriesgue a descubrirle mis intenciones. ¡Vamos, Della, me muero de hambre!

Capítulo 13

Después de haber dejado el coche en un garaje para que le llenaran el depósito y comprobasen el aceite y la batería, Mason, Della Street y Drake vacilaron entre media docena de restaurantes que conocían en los alrededores. Finalmente decidieron ir a casa Selkirk.

—¿Y tu experto, Paul? —preguntó el abogado, por el camino.

—Me dijo que las cartas recibidas por Findlay fueron escritas con una Smith-Corona...

—¡Paul! Yo vi una Smith-Corona en casa de Mauvis Meade.

—¡Oh, desde luego es ella la que alquiló la cabaña! Procúrate un texto escrito en su máquina y será seguramente igual que el de estas cartas...

—Sí... Yo también creo que no cabe la menor duda de que Mauvis Meade alquiló esa cabaña y que Manly pasaba allí buena parte de su tiempo... Pero parece que te preocupa algo, Paul, ¿qué es ello?

—Espero que no será nada —dijo Drake—, pero... ¿ha terminado Ellington en lo que se refiere a su actuación?

—Sí.

—¿No crees que llamará a declarar a otras personas?

—¡Oh, no! Ha probado ya muchos más hechos de los que necesita para conseguir que condenen a mi cliente. El juez Bagby lo dijo claramente hace un momento.

—Si Gladys Doyle declarase, ¿podría mejorarse la situación?

—En absoluto. Aunque el juez la creyese, no existe ninguna prueba que apoye sus palabras. En el curso de una audiencia preliminar un juez no suele conceder el beneficio de la duda a un demandado. Prefiere que un jurado decida su inocencia o su culpabilidad.

—Perry, quien me preocupa es Kelton. Esta mañana le ha declarado a un periodista que se hallaba ante un dilema, que siempre se había esforzado en ser leal con sus clientes, pero que también debía pensar en su porvenir... En resumidas cuentas, estaba visiblemente metido hasta el cuello en un caso de conciencia.

—¿Por culpa de lo que nosotros encontramos y no hemos entregado a la policía?

—¡Desde luego! El periodista telefoneó a mi oficina para tratar de averiguar algo más y saber de qué se trataba. Supone que podría escribir un artículo sensacional. Como es natural, busqué en seguida a Kelton, pero no lo encontraron. Entonces le dije a uno de mis muchachos que telefonease a la mujer de Kelton, haciéndose pasar por uno de la Brigada Criminal y diciendo que necesitaba encontrar a Kelton urgentemente porque el fiscal del distrito lo buscaba. Mistress Kelton cayó en la trampa y contestó: «¡Pero si en estos momentos mi marido debe de estar en el despacho del fiscal del distrito!».

—¡Válgame Dios! —dijo Mason.

Al llegar a casa Selkirk, el abogado dijo al dueño:

—Colóquenos en un salón donde podamos hablar por teléfono y llévenos dos aparatos.

Luego le dijo a Drake:

—Paul, vas a ponerte en contacto con tu oficina para tratar de estar al corriente del asunto Kelton.

Después de que un camarero hubo instalado los teléfonos, Mason exclamó:

—¡Diablos! ¡No comprendo por qué no ha dado señales de vida ese tipo!

—¿Qué tipo?

—El que estaba en la cabaña. Hubiera apostado que se presentaría por su voluntad en la audiencia... A menos, claro está, que sea el asesino...

—¿Crees que había realmente un hombre en la cabaña? —preguntó Drake con escepticismo.

—Desde luego, puesto que mi cliente lo ha dicho.

—Sólo ella puede testimoniar su existencia, porque no dejó huellas digitales.

—La policía sólo ha encontrado una huella de mi cliente, y

estaba en el rifle... Por lo tanto, si bebió, tomó una ducha, accionó los conmutadores, etcétera, debieron encontrarse muchas más.

—Es cierto —dijo Drake—. No había pensado en esto. ¿Crees que alguien borró esas huellas?

—Creo que alguien ha tocado muchas cosas en esa cabaña y que...

Mason se interrumpió al ver al *maître* asomar la cabeza por la puerta entreabierta:

—Perdón, míster Mason, le llaman por teléfono. He dicho que no sabía si estaba usted aquí, desde luego...

—¡Pásame la comunicación! —dijo rápidamente el abogado; y añadió—: ¿Quién diablos puede ser?

Un momento después, oyó una voz de hombre que preguntó:

—¿Perry Mason?

—Sí. ¿Quién está al aparato?

—Mi nombre importa poco. Le llamo para darle una pista. En la cabaña la policía ha descubierto muy pocas huellas digitales, porque alguien seguramente se ocupó de borrarlas. Pero hay una olla, no la de aluminio que está en la cocina, sino la de acero inoxidable que está en la alacena...

—Un momento, por favor, se lo ruego —interrumpió Mason. Y elevando el tono de voz dijo—: ¡Que no se me moleste ahora! ¡Estoy hablando por teléfono! ¿Cómo?

Tapando con la mano el teléfono, el abogado dijo vivamente a Drake:

—Paul, aprisa, ¡averigua desde dónde se hace esta llamada!

Drake salió de la habitación tan precipitadamente que volcó la silla en que estaba sentado. Separando la mano del teléfono, Mason dijo, como siguiendo una discusión:

—... No, de momento, es imposible. Le repito que estoy hablando por teléfono... Della, ¿quieres ocuparte de este señor? Miss Street es mi secretaria particular. Puede usted exponerle de qué se trata... Sí, Della, vaya a la habitación de al lado; necesito hablar libremente...

Esperó unos momentos, y luego, hablando por teléfono dijo:

—Lamento esta interrupción... Ahora podemos hablar tranquilamente... ¿De qué se trata?

Al otro extremo del hilo, la voz precipitó sus explicaciones, hasta

el punto de hacerse apenas inteligible:

—Quizá es usted sincero, míster Mason, pero sé que es astuto y puede que esté tratando de descubrir el origen de esta llamada. En la olla de acero inoxidable, la de la alacena, había huellas digitales. La policía no ha podido identificarlas. Obligue a Tragg a dar cuenta de su existencia. Eso le será útil.

La comunicación se cortó. Con el rostro pensativo, Mason colgó el teléfono.

—¿Una pista? —preguntó Della.

—¡Y qué pista! Si es cierta puede ser importantísima... Mi anónimo interlocutor me ha dicho que, en una olla de acero inoxidable que hay en la alacena de la cabaña, había huellas dactilares, que la policía las ha descubierto y que no ha podido identificarlas.

—¿Y crees que eso puede ayudarte?

—Sí, pero no se trata sólo de esas huellas digitales. Lo que me resulta aún más interesante es que ese hombre haya podido estar al corriente de todo y supiera dónde me encontraba yo ahora.

La puerta se abrió para dejar paso a Drake, que dijo en tono de disgusto:

—Ha sido muy listo, Perry. Colgó antes de que pudiese empezar a actuar.

—Ya lo sé —dijo Mason, tamborileando sobre la mesa—. Paul, creo que ha sido el golpe de suerte que esperaba. Pero, ¿cómo ha podido saber dónde estábamos?

—No veo más que una explicación: nos ha seguido o nos ha hecho seguir, puesto que nosotros mismos no sabíamos a qué restaurante iríamos a parar.

De pronto, el abogado apartó la silla.

—Vamos a aplazar un momento nuestra comida... Al salir, Della, tomarás el camino de la derecha; tú, Paul, el de la izquierda. Yo me encargaré de la acera de enfrente. Entrad en todas partes donde veáis una cabina telefónica y preguntad si han visto telefonar hace unos momentos a un hombre de gran estatura, complexión fuerte, ojos grises y cabello ondulado.

—No comprendo. Yo... —balbuceó Drake, aturdido.

—¿Has comprendido, Della? —preguntó Mason.

La secretaria movió afirmativamente la cabeza.

—Entonces, vamos. Nos encontraremos aquí dentro de un cuarto de hora.

Por su cuenta, Mason había interrogado en vano al dueño de una tienda de tabacos y a la cajera de un salón de té, cuando, al pasar por delante de un parque de estacionamiento de coches, vio en él una cabina telefónica.

—¿Ha telefoneado alguien, hace unos minutos? —preguntó, señalando hacia la cabina, al empleado que se precipitó a atenderle.

—Es posible —respondió éste—. ¿Por qué?

—¿Un tipo alto, de cabello ondulado y ojos grises?

—No le he visto telefonear, pero un hombre de esas señas ha aparcado su coche aquí hace cinco minutos...

—¿Puede indicarme cuál es su coche?

—Oiga, señor, tengo mucho trabajo. La gente viene a buscar coches continuamente y...

Se interrumpió para gritar:

—Lo siento, señora... ¡Está completo! Tiene usted que echar marcha atrás... Sí, puede usted seguir...

Cuando la mujer se hubo marchado, Mason insistió:

—Es importante... Si está todo completo ahora, el coche de ese hombre debe de ser el último que ha aparcado aquí.

—¿Y qué? —dijo el empleado del *parking*.

Mason le tendió un billete de cinco dólares.

—Eso es distinto —dijo el hombre con rapidez—. Es aquel coche gris, de allí abajo, que está al lado de ese rojo...

—Vigile unos momentos... Voy a anotar el número y el nombre que figura en la placa de identidad.

Mason escribió en su carnet de notas: *Richard Gilman, 2912, Mosswood Street, Los Angeles*, así como el número de matrícula del coche gris.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó el empleado, viendo que se dirigía hacia la cabina telefónica.

—Creo que sí... Si tuviese usted mala memoria olvidaría que he estado aquí.

—Lo olvidé en el preciso instante en que usted me dio los cinco dólares.

—Perfecto —aprobó Mason, con una sonrisa. Después, se encerró en la cabina. Marcó el número de Selkirk y preguntó por el

maître:

—Aquí, Mason —dijo—. Cuando vuelva alguno de los amigos con los que estaba hace un momento, que me llame a Crestwood 6-966.

El *maître* le aseguró que el recado sería cumplido diligentemente.

Mason colgó, sacó del bolsillo una citación de comparecencia y la llenó a nombre de Richard Gilman, «*testigo de la defensa, en el proceso del estado de California contra Gladys Doyle*».

Después, con la vista fija en el coche gris, que veía desde la cabina, Mason esperó. Diez minutos más tarde sonó el teléfono y el abogado descolgó.

—¿Diga?

—¿Mason? —preguntó la voz de Drake.

—Sí.

—He fracasado, Perry. Estaba en...

—No me importa. Ya lo tengo. ¿Cuánto tiempo necesitas para disponer de un chico que lleve una citación de comparecencia?

—Pues... un cuarto de hora, quizá.

—Bien, búscalo rápidamente. Estoy en el *parking* que hay a la izquierda de la calle, un poco más allá de casa Selkirk. Yo aguardo aquí. Ya tienes el número de teléfono en caso de apuro. Cuando llegue Della, empezad a comer. Yo me reuniré con vosotros después de entregar la citación al chico... Que cada cual disponga de su tiempo, pues el hombre a quien he de dar la citación puede venir dentro de diez minutos, o tal vez tarde varias horas en recoger el coche...

—De acuerdo.

Diez minutos más tarde, un hombre alto, con paso decidido, entró en el *parking* y entregó su billete al empleado. Éste echó una ojeada hacia la cabina telefónica y sacudió la cabeza ligeramente; después se dirigió hacia el coche gris de matrícula NRG 936. El cliente esperó a que llevasen el coche hasta el pasillo. En el momento en que abría la portezuela para reemplazar al volante al empleado, Mason le dio un golpecito en un hombro. El hombre se volvió y Mason le entregó el papel que tenía en la mano:

—¿Míster Gilman?

—¿Qué sucede?

—Una citación de comparecencia para esta tarde, como testigo de la defensa, en el juicio del estado de California contra Gladys Doyle. La audiencia se reanuda a las dos de la tarde. Sea puntual, por favor...

—¡Perry Mason! —exclamó el hombre.

—El mismo.

—¡Dios mío! Yo... Escuche, Mason; yo no puedo testimoniar...

—Está obligado a hacerlo a causa de esta citación.

El hombre frunció las cejas, pensativamente:

—¿Qué tontería habré cometido para que usted me haya encontrado? No soy ningún idiota y, además, tengo experiencia... Sé que no puede haberse dado cuenta de mi filigrana... Dígame, ¿cuál ha sido mi fallo?

—Se lo diré después de que haya declarado.

—No puedo declarar, Mason. Obraré como si no hubiese recibido ninguna citación.

—¿Ah, sí? —dijo el abogado con una sonrisa sarcástica—. Pruébelo. Si no está usted cuando la audiencia se reanude, haré al juez un resumen de su declaración y...

—Usted no sabe cuál será mi declaración.

—Sí —arguyó Mason, acentuando la sonrisa—. Usted dirá que estaba en la cabaña cuando llegó Gladys Doyle y que su relato es cierto. Después de la medianoche, usted sacó el coche del barrizal, donde se había atascado..., sirviéndose probablemente de su *jeep*. A continuación, volvió a la cabaña para borrar las huellas digitales que hubiese podido dejar, apagó la estufa y se marchó mientras Gladys Doyle aún dormía. No sé qué otra declaración puede usted hacer, pero espero que será favorable a mi cliente, pues, en caso contrario, le acusaré a usted del asesinato de Joseph H. Manly. Y, ya dicho esto, excúseme, por favor; me esperan para comer.

Mason se alejó con paso rápido y, poco después, se reunía con sus amigos en el salón particular del restaurante.

—¿Ha ido bien? —le preguntó Della Street.

Mason sonrió:

—Cuando llegue el chico, Paul, podrás ocuparle en otra cosa. He visto al tipo y le he entregado yo mismo la citación. Ahora, niños, comamos de prisa. Me gustaría estar de vuelta antes de dos horas.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Drake.

—Un hombre elegante, que llevará en la mano una cartera de piel, hablará conmigo. Después de lo cual no sería de extrañar que tuviésemos una pequeña diferencia con Harvey Ellington y que Hamilton Burger, el fiscal del distrito en persona, nos honrase con su presencia.

Della Street sonrió al ver el asombro de Drake y le explicó:

—Ha encontrado al hombre que estaba en la cabaña con Gladys Doyle.

Capítulo 14

Eran las dos menos diez cuando Perry Mason entró en la sala de la audiencia. Un hombre, con un traje de franela gris y una cartera de piel, que esperaba junto a la puerta, se le acercó en seguida.

—¿Míster Mason? Permita que me presente: Dartley Irwin.

—¿Y quién es usted, míster Irwin? —le preguntó el abogado, estrechándole la mano.

El hombre echó una rápida ojeada a su alrededor y, discretamente, exhibió una placa que llevaba en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta. La placa iba metida en un estuche de cuero, en cuyo reverso, mostraba una tarjeta de identidad bajo el celofán. Mason la estuvo leyendo y luego meneó la cabeza.

—No queríamos causarle molestias —dijo Irwin—, pero usted ha citado a uno de nuestros hombres como testigo.

—¿Yo? —dijo Mason, simulando sorpresa.

—Sí, a Richard Gilman.

—¿Es uno de sus hombres?

—Sí, y no puede declarar.

—¿Por qué?

—Porque en la actualidad trabajamos en un caso de la mayor importancia que requiere un secreto total. Si Gilman declara y revela su identidad, o si es interrogado sobre algo relativo al caso que nos ocupa, ¡sería fatal!

—¿Fatal para qué?

—Para el éxito de nuestra empresa.

—Y si no declara, será fatal para mi cliente. ¿Ha pensado usted en ello?

—No —reconoció Irwin—. Pero durante hora y media, he puesto toda mi atención en otro aspecto del asunto.

—¿En cuál?

—Una audiencia preliminar depende por completo del magistrado que la preside y tiene por fin, simplemente, establecer si hay suficientes pruebas que permitan efectuar una causa de asesinato contra la demandada. Esto es todo. El ministerio público tiene las mismas posibilidades de condenar que usted de absolver. Estamos dispuestos a que Richard Gilman tenga una entrevista en privado con el juez Bagby. En ella, usted y el representante del ministerio público podrán interrogar a su gusto y nuestro hombre firmará la declaración. Sin embargo, ésta no deberá hacerse pública en ningún caso. Influirá en el debate, pero nada más.

Mason negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Irwin.

—Porque no es un procedimiento legal. Cuando se interroga a un testigo, la demandada tiene que estar presente. Es parte de los derechos que le reconoce la ley. Si, en su nombre, yo renuncio a este derecho y este asunto acaba por llevarla a la cámara de gas, me encontraría en una situación extremadamente discutible y nada envidiable.

—¡Bueno, no creo que haya ninguna objeción a que su cliente esté también presente! Lo que nosotros no queremos es que Gilman declare delante de todo el mundo y que su foto pueda aparecer en los periódicos. Todo eso daría un golpe mortal a la tarea que hemos emprendido.

Mason frunció las cejas:

—Me decidiría por facilitarle más las cosas, si usted hubiese venido a hablarme sinceramente. Pero, ¿por qué Richard Gilman no se ha presentado?

—Porque le he dicho que no se mueva...

—¿Y por qué?

—Porque sabía que tendríamos tiempo de tomar una decisión antes de que el juicio se reanudase. He puesto a Washington al corriente y espero instrucciones. Preferiría que Gilman se hubiese muerto. Por otra parte, Mason, no creo que la declaración de Gilman sea beneficiosa para su cliente.

—¿Por qué razón?

—Porque ella pudo matar a ese individuo, y probablemente lo hizo.

—En un proceso de asesinato no se actúa sobre

«probabilidades»; lo que hacen falta son certidumbres. ¿Dónde está Gilman?

—Puedo hacer que venga de un momento a otro, si es necesario.

—¿Qué hacía en la cabaña?

—Buscaba pruebas.

—¿Contra quién?

—Prefiero no contestarle por ahora. ¿Está usted dispuesto a que la declaración de Gilman se realice en privado, en el despacho del juez?

—Si mi cliente está de acuerdo, no tengo inconveniente en hacer eso por usted. ¿Está al corriente el juez Bagby?

—Todavía no.

—¿Y la oficina del fiscal del distrito?

—Sí. Diez minutos después de que le diera usted la citación a Gilman nos poníamos en contacto con Hamilton Burger.

—Espero que eso no trastorne su comida.

—¡No tiene usted idea de la cantidad de gente que se ha quedado sin comer hoy por su culpa! —dijo Irwin.

—Bueno, voy a consultar con mi cliente —declaró Mason.

Acercándose al lugar donde estaba sentada Gladys Doyle, esperando que se reanudara la audiencia, se inclinó hacia la joven y le dijo al oído:

—Hemos encontrado al hombre que estaba en la cabaña.

—¿De veras? —exclamó sorprendida—. Así podrá confirmar mis palabras. Él...

—No es tan sencillo como parece. La situación es esta...

Mason le repitió lo que Irwin había propuesto y las razones que motivaban tal proposición.

—¿Qué opina usted? —preguntó la joven.

Mason sonrió:

—¡Podemos mostrarnos de acuerdo! Siempre estaré a tiempo de decir que este procedimiento no me conviene y que prefiero que la audiencia siga de modo normal. Será una amenaza que tendré suspendida sobre su cabeza. Mientras que, si exigiese ahora el procedimiento habitual, tendría que habérmelas con un testigo hostil del que no podría sacar gran cosa, a pesar de su importancia...

—Confío en usted...

—Perfectamente —dijo Mason, consultando su reloj—. Voy a avisar al juez.

Después de una conferencia preliminar con Mason, Harvey Ellington, Irwin, y Hamilton Burger, el fiscal del distrito, el juez Bagby envió a un alguacil a buscar a Gladys Doyle. Cuando la joven entró en el despacho del juez, Irwin volvía acompañado de Richard Gilman. Éste sonrió algo embarazado, al ver a Gladys:

—¡Hola! —dijo.

Impulsivamente, ella le tendió la mano:

—¡Hola! Sabía que podía contar con usted. Estaba segura de que, tarde o temprano, aparecería para ayudarme.

—No estoy muy seguro de poder ayudarla a salir de este enojoso asunto.

En aquel momento intervino el juez Bagby:

—Miss Doyle, ¿la ha puesto su abogado al corriente del procedimiento extraordinario a que las circunstancias obligan a recurrir? ¿Está usted de acuerdo en adoptarlo?

—Si mi abogado, míster Mason, está de acuerdo, no tengo nada que objetar.

—Entonces, está decidido. ¿Por dónde empezamos? —preguntó el juez Bagby.

—Deseo que Gilman haga una declaración —dijo Mason—. Después, el ministerio fiscal o la defensa le hará preguntas, indistintamente, sin que se trate formalmente de un interrogatorio.

Irwin se mostró de acuerdo. Burger también. Después de haber prestado juramento, Gilman empezó su declaración:

—Trabajamos en asuntos de fraudes fiscales y llamó nuestra atención Mauvis Niles Meade con su novela *El amante de presa*, en la que daba a conocer ciertas cosas que hacían suponer que había recibido información de primera mano sobre algunos métodos de defraudar al fisco. Nos pusimos entonces a investigar sobre miss Meade y no tardamos en descubrir que acudía de vez en cuando a una cabaña de Pine Glen, donde tenía citas clandestinas. La cabaña en cuestión era la misma donde se cometió el crimen.

»Se me encargó que fuese allí a ver lo que pasaba. Fui el domingo por la noche, a las ocho dadas, con la misión de averiguar si en la cabaña había documentos o libros de cuentas de los que hubiésemos podido hacer una fotocopia.

»Llegué a la cabaña hacia las diez de la noche. Como hacía bastante frío decidí encender la estufa de petróleo. Acababa de ponerme a trabajar cuando oí pasos en el porche y alguien llamó a la puerta insistentemente.

»Aquello me llenó de preocupación. Después de haber disimulado las huellas del registro que estaba efectuando, fui a abrir la puerta y me encontré con la demandada, Gladys Doyle. Me dijo que su coche se había atascado y me pidió ayuda. Habiendo reconocido inmediatamente a la secretaria de miss Meade, creí que había caído en una trampa.

»Esa impresión se acrecentó cuando miss Doyle manifestó su intención de tomar una ducha y pasar la noche en la cabaña. Mientras se desvestía para ducharse, salí a fin de descubrir si había alguien por los alrededores. Creí que iban a hacerme víctima de un plan cuidadosamente preparado, acusándome, por ejemplo, de tentativa de violación sobre la persona de miss Doyle. Me dije que cuando miss Doyle se hallase sin ropa no podría seguirme afuera...

—¡Y para estar seguro de que no le seguiría, me espió usted! —le acusó Gladys Doyle.

El juez Bagby frunció las cejas.

—Aunque estemos solos —dijo—, estimo que debemos proceder con cierto orden. No hable más que por mediación de su abogado, miss Doyle. Continúe, míster Gilman.

—Cuando estuve seguro de que se estaba duchando, salí a inspeccionar los alrededores y comprobé así que su coche estaba atascado, como me había dicho. En tal caso, o realmente había sido víctima de un accidente, o el golpe estaba montado minuciosamente. Ocultándome tras unos arbustos, di la vuelta a la cabaña, dos veces, y, no viendo nada anormal, volví a entrar algo más tranquilo.

»Esperé a que miss Doyle se hubiese dormido y luego salí para sacar su automóvil del bache. Lo conseguí tras algunos esfuerzos, pues estoy bastante entrenado en ello, ya que mi profesión me obliga a viajar a veces por malos caminos. Dejé el coche de miss Doyle con las llaves de contacto en su sitio, dispuesto para la marcha.

—¿Y qué hizo usted luego? —preguntó Mason.

—Volví a la cabaña, a asegurarme de que todo seguía en orden.

Apagué la estufa, fui a buscar mi *jeep* al lugar donde lo había escondido y volví a la ciudad para hacer un informe completo.

—¿Ha dicho usted que Gladys Doyle estaba en la cabaña?

—Desde luego.

—¿Y por qué le llamó la atención esa cabaña?

—Si no tiene usted inconveniente, míster Mason —intervino Irwin—, contestaré yo a esa pregunta.

—¡Un momento! —protestó el juez Bagby—. Usted no ha prestado juramento...

—Señoría, esta audiencia no tiene nada de oficial —subrayó Mason.

—Bien... Entonces, míster Irwin, diga lo que quiere decir —decidió el juez Bagby—. Luego preguntaremos a míster Gilman si, dentro de lo que recuerda, sus declaraciones concuerdan con la realidad.

—Sabíamos —dijo Irwin— que Mauvis Meade había estado relacionada con varias personas que precisamente eran objeto de una investigación por nuestra parte. Teníamos la convicción de que, por mediación de ella, gruesas sumas habían escapado al control fiscal. Miss Meade se relacionaba con Manly, y pronto se citaron en esa cabaña.

—¿Se trataba de un asunto sentimental? —preguntó el juez Bagby.

—Francamente, Señoría, lo ignoro —respondió Irwin—. Descubrimos que Manly llevaba una doble vida. Se ausentaba a menudo de su domicilio, pretextando negocios, pero la mayoría de las veces, al dejar su domicilio conyugal, se iba a la Residencia Gandarra, donde tenía alquilado un apartamento amueblado bajo el nombre de Joe Frago. A cada uno de esos apartamentos amueblados corresponde un garaje situado en la parte trasera del inmueble. Habiendo comprobado que Manly tenía un *jeep* en el suyo, vigilamos sus idas y venidas cuando se hallaba en su segundo domicilio. Así descubrimos la existencia de esa famosa cabaña. Por el momento, no puedo entrar en más detalles —concluyó Irwin.

—Así, pues, ¿fue Mauvis Meade quien alquiló esa cabaña? —preguntó Hamilton Burger.

—Creo que se puede suponer razonablemente —respondió Irwin—, pero no podría asegurárselo.

Mason dijo entonces a Gilman:

—Al ver llegar a Gladys Doyle a la cabaña, pensó usted primero que formaba parte de una trampa que le tendían, de un golpe preparado contra usted. Luego, cuando descubrió usted su sinceridad, debió atormentarle su conciencia, ¿no?

Gilman miró a Mason implorante:

—¿Por qué? No sé lo que quiere decir. Yo no había hecho nada malo.

Sosteniendo intencionadamente la mirada de Mason, añadió:

—No comprendo cómo ha podido usted dar conmigo.

—Sí, míster Mason —intervino Irwin—. Puesto que cooperamos con usted, creo que debiera decirnos como se puso sobre la pista de Gilman.

Mason le miró fríamente.

—Ustedes no cooperan conmigo —dijo—. Yo soy el que se pregunta si voy a cooperar con ustedes.

Hubo un momento de silencio y Gilman se volvió hacia Gladys Doyle:

—¿Comprende usted ahora lo que sentí, miss Doyle?

—Sí, sí, desde luego —respondió la muchacha.

—Señoría —dijo de pronto Hamilton Burger—, esta declaración de un testigo está degenerando ahora en conversación privada y no creo que debamos tolerarlo.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez Mason—. Si quiere usted ser formalista, volvamos a la sala de audiencia.

—De acuerdo —dijo Burger—. ¡Volvamos a la sala de audiencia!

—¡Yo no estoy de acuerdo! —exclamó Irwin—. Su Señoría puede ver en qué situación me encuentro. Si este hombre declara en público, todo el importante trabajo secreto que efectúa se perderá irremisiblemente.

El juez Bagby miró a Gilman con aire pensativo y luego preguntó:

—Míster Gilman, suponiendo, por necesidades de argumentación, que la demandada no sea culpable, ¿sabe usted quién hubiera podido cometer el crimen?

—No tengo ni la menor idea —respondió Gilman.

Mason se volvió hacia Hamilton Burger:

—Sus servicios han encontrado huellas digitales en la cabaña,

¿no es cierto?

—Muchas de las cuales pertenecían a su cliente...

—¿Había también otras?

—Haría usted mejor preguntando esto al teniente Tragg.

—Hágale venir aquí y se lo preguntaré.

—¡Eso es exactamente, Señoría, lo que me estaba temiendo! — exclamó Hamilton Burger, volviéndose hacia el juez—. Mason se aprovecha de todo y no se compromete a nada. Luego podrá declarar tranquilamente que prefiere volver a la sala de audiencia y reemprender el procedimiento habitual.

—¿No quiere usted que sepa cuáles son las pruebas que posee el ministerio fiscal? —preguntó Mason.

—¡Claro que no!

—Señoría —dijo Mason—, esta actitud me parece contraria a los intereses superiores de la justicia. Estamos aquí para descubrir exactamente lo que pasó en la cabaña. Si la demandada es culpable, es una cosa; si es inocente, es otra.

El juez Bagby se aclaró la garganta:

—Sí, efectivamente, míster Burger, la misión de un fiscal del distrito consiste en procurar que se haga justicia. Aunque sea el acusador, no representa la acusación, sino al ministerio fiscal, es decir, el espíritu mismo de la justicia.

Hamilton Burger apretó los labios y bajó la cabeza, mirando a Mason con aire escéptico.

El juez Bagby sonrió y dijo al alguacil:

—Vaya a buscar al teniente Tragg y tráigalo aquí.

Hamilton Burger se levantó.

—Ellington —dijo humorísticamente—, le dejo que se ocupe de esto. Adiós, Señoría.

—Parece que nos aproximamos rápidamente a un momento en el que el ministerio fiscal tendrá que tomar una importante decisión —declaró fríamente el juez—. Sé que es usted un hombre muy ocupado, míster Burger. Sin embargo, creo que haría bien quedándose con nosotros aunque sólo fuera unos minutos más.

—De acuerdo —consintió Burger.

El fiscal volvió a sentarse, aunque aparte, e hizo señas a Ellington de que se aproximase, celebrando ambos un conciliábulo en voz baja.

Gilman aprovechó la ocasión para acercarse a Gladys Doyle:

—Estoy realmente desolado, miss Doyle. Si hubiera podido...

—Comprendo perfectamente la situación en que se halla —le aseguró con una sonrisa—, y no le guardo rencor.

De repente, sonó el teléfono. El juez Bagby respondió. Después le dijo a Burger:

—Es para usted.

—¿Diga? —exclamó el fiscal del distrito tomando el auricular. Escuchó durante unos minutos y luego añadió—: Perfectamente, tráigalo en seguida.

Cuando colgó, su rostro aparecía radiante. Fue a reanudar su conciliábulo con Ellington y, evidentemente, estaba ahora de excelente humor.

Entretanto, el teniente Tragg fue introducido en el despacho del juez.

—Teniente —le dijo el magistrado—, estamos sosteniendo una pequeña conferencia oficiosa sobre algunas circunstancias bastante especiales que condicionan este asunto... Tengo entendido que ha descubierto usted en la cabaña del crimen varias huellas digitales. Algunas pertenecían a la demandada, pero había otras, ¿no es cierto?

—Sí, Señoría. Además de las de la demandada, encontramos algunas huellas dejadas por un hombre. Hasta ahora no hemos podido identificarlas, pero en estos momentos supongo que se trata de las de mister Gilman. Había también una serie de huellas que el experto no ha podido identificar, pero que supone fueron dejadas por una mujer o por un niño.

Gilman miró a Mason y éste preguntó:

—¿Comprobó usted si las huellas pertenecían a Mauvis Meade?

—Sí, y no eran las suyas.

El rostro de Gilman expresó sorpresa y Mason preguntó:

—¿Estaban claras esas huellas?

—Más o menos, pero había una de una claridad perfecta.

—¿Dónde la encontró usted?

—En la cocina había una olla de aluminio bastante usada. Pero dentro de una alacena descubrimos otra olla de acero inoxidable que, al parecer, no había sido usada nunca. Debió de ser usada como caja, puesto que la tapa había sido muy manipulada. Allí,

entre unas huellas que deben de ser las de míster Gilman...

—Efectivamente, levanté la tapadera de esa olla —reconoció Gilman.

—... encontramos esas huellas, que nuestro experto supone dejadas por una mujer o por un niño.

—Pero que no son las de la demandada...

—No.

—¿Ni las de Mauvis Meade?

—No.

El juez Bagby tomó entonces la palabra para decir a Mason:

—Míster Mason, cuando presentó usted a miss Meade el documento que motivó una pregunta, después retirada, noté que su rostro expresaba una súbita consternación. Con franqueza, esperaba que se aprovecharía usted de esa ventaja...

Mason se contentó con sonreír:

—Existe una estrategia de sala de audiencia, Señoría, y un abogado tiene que utilizar los triunfos que tenga como mejor le parezca.

Ellington declaró:

—El tribunal comprenderá ahora por qué nos sentíamos poco inclinados a adoptar este procedimiento desacostumbrado. Nos apartamos cada vez más de la cuestión...

—Mientras llegue la verdad —le interrumpió el juez—, me importa poco ir por la carretera o por el atajo.

Levantando la cabeza, Gladys Doyle sorprendió la mirada de Gilman fija en ella. La muchacha le sonrió. Gilman se aclaró la garganta, como si fuera a decir algo, pero, mirando a Irwin, cambió de opinión y guardó silencio.

—Señoría —intervino entonces Hamilton Burger—, puesto que míster Mason juega a ser dictador y se niega a toda cooperación si uno no acepta sus cien mil condiciones, voy a mostrarle que no está en situación de permitirse exigir tanto. Van a traer aquí a un testigo al cual ruego a Su Señoría que escuche. Ese testigo probará que no sólo Mason ha faltado a los deberes de su profesión sino que además ha ocultado piezas de convicción.

—De acuerdo —dijo el juez—. Si tiene usted un testigo estoy dispuesto a escucharlo.

—Se llama Ira Kelton y debe de estar ahora en la sala de

testigos. Si Su Señoría quiere pedir al alguacil que vaya a buscarlo...

Mientras, a una señal del juez, el alguacil salía rápidamente de la habitación, Burger miró triunfante a Mason, pero el rostro de éste permaneció impasible.

Cuando el alguacil volvió con el testigo, Burger explicó al juez:

—Ira Kelton es un detective privado, empleado por la agencia Drake, a cuyos servicios ha recurrido con frecuencia Perry Mason.

Kelton prestó juramento y Burger le preguntó:

—Míster Kelton, ¿estaba usted empleado en la agencia Drake el nueve del corriente?

—Sí.

—¿Fue usted enviado a la cabaña de Pine Glen, donde se cometió el crimen?

—Sí, varias veces.

—¿En qué circunstancias?

Kelton contó cómo, partiendo del montón de leña para la calefacción, llegó hasta Joseph Manly y cómo informó a Drake, que lo hizo a su vez a Mason. Habló luego de la nueva visita que había hecho a la cabaña, en compañía de su jefe, de Mason y de Della Street, así como de los cartuchos y del pañuelo descubiertos por Mason bajo la cabaña.

—Esos cartuchos ¿eran del mismo calibre que el arma del crimen? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí. Eran municiones para un rifle del 22 largo.

—¿Y qué hizo míster Mason con los cartuchos y el pañuelo?

—Se los metió en el bolsillo.

Radiante, Hamilton Burger se volvió hacia el juez:

—Su Señoría puede comprobar que no había exagerado al anunciar que Perry Mason ha faltado a los deberes de su profesión ocultando esas pruebas. Me permito ahora llamar la atención de Su Señoría sobre esta fotografía publicitaria de Mauvis Meade, en la que se la ve luciendo un pañuelo sobre el cual se distinguen los tres monos a que ha hecho alusión el testigo. En consecuencia, pido que míster Perry Mason presente ante el tribunal ese pañuelo y esa caja de cartuchos.

El juez miró a Mason.

—Ya ha oído usted lo que acaba de decir el fiscal del distrito,

míster Mason.

Mason asintió:

—He oído al fiscal del distrito, Señoría. He oído también al testigo. Pero creo que la defensa tiene el derecho de proceder al interrogatorio de un testigo antes de que la declaración de éste sea considerada definitiva.

—¡Desde luego! —dijo el juez, demostrando cierto alivio—. Si ha habido un malentendido en todo esto, este tribunal se alegrará de aclararlo.

—¿Fue usted a esa cabaña antes de volver a ella en nuestra compañía? —preguntó Mason al testigo.

—Sí.

—Y, en ese momento, ¿trabajaba ya usted para Paul Drake?

—Sí. Y crea, míster Mason, que no es mi intención mostrarme desleal hacia él o hacia usted, pero no puedo hacerme cómplice de un delito. Necesito mi licencia, para mantener a mi mujer y mis hijos...

—No le pedimos detalles —interrumpió fríamente Mason—. Conténtese con responder a nuestras preguntas. En su precedente visita a la cabaña, comprobó usted que esa ventana, a que se ha referido, no cerraba bien y que podía ser abierta desde el exterior.

—Sí.

—¿La policía la encontró abierta al empezar la investigación?

—Creo que sí.

—¿Fue usted quien la levantó para que pudiésemos entrar en la cabaña?

—Sí.

—¿Y no es cierto que se sirvió usted de un pedazo de madera para mantenerla abierta?

—Sí.

—¿Un pedazo de madera que tenía la longitud requerida y que usted recogió delante de la ventana en cuestión?

—Sí.

—La caja de cartuchos que descubrí bajo la casa, al mismo tiempo que el pañuelo..., ¿estaba llena?

—No. Contamos los cartuchos que contenía y calculamos que faltaban siete. Creo que quedaban seis en el cargador del arma con la que el asesino cometió su crimen; el séptimo fue el que mató a

Manly.

—¿Se hicieron comentarios cuando yo hice este descubrimiento?

—Míster Drake dijo que deberíamos entregarlo todo a la policía, pero usted guardó los cartuchos y el pañuelo en su bolsillo, diciendo: «No te inquietes, asumo la responsabilidad de este acto...», o algo parecido.

—Gracias —dijo Mason—. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió el juez Bagby, con un tono de incredulidad.

—Sí, Señoría. Pero es necesario que interroge de nuevo al teniente Tragg. Usted ya ha prestado juramento, teniente. Puede, pues, responderme directamente. ¿Cuándo fue, por primera vez, a realizar pesquisas en la cabaña del crimen?

—El nueve del corriente, por la mañana, a última hora.

—¿Miró usted bien a su alrededor?

—Sí.

—¿No halló una vieja caja de café bajo la cabaña?

—Sí.

—¿La abrió usted?

—Sí.

—¿Y qué contenía?

—Nada.

Hamilton Burger no pudo retener una exclamación de contrariedad y dijo:

—¿Por qué no me dijo usted que había mirado dentro de esa caja y comprobado que estaba vacía?

—Si se refiere usted a lo que le ha enseñado míster Kelton —contestó el policía—, tendré ocasión de decírselo. ¡Me siento satisfecho de comprobar que míster Mason tiene más confianza en mi competencia profesional que usted! —concluyó Tragg con dignidad.

—Sí, Señoría —apoyó Mason—. Y porque no dudo que el teniente Tragg obró perfectamente, he comprendido que el pañuelo y los cartuchos debieron ser depositados después, con el solo fin de desorientar a los investigadores.

—¡Lo que demuestra, Señoría —se obstinó Burger—, que los cartuchos y el pañuelo tienen relación con el asesinato!

—Sí —aprobó el juez—, y el pañuelo pertenece ciertamente a

Mauvis Meade.

Hamilton Burger afirmó.

—Lo que tiende —dijo rápidamente Mason— a complicar a miss Meade en este asesinato y, como consecuencia, a disculpar a la demandada, Gladys Doyle. Mister Gilman, ¿lleva usted una investigación concerniente a fraudes fiscales del impuesto sobre la renta?

—Del impuesto de renta y otras tasas legales, sí.

—¿Han sido cometidos dichos fraudes por Gregory Alson Dunkirk?

—¡No conteste! —intervino rápidamente Irwin.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque, en el punto en donde hemos llegado, una revelación prematura de este asunto echaría por tierra nuestro trabajo.

El juez Bagby dijo entonces:

—Creo que voy a hacer algunas preguntas a Mauvis Meade. Mister Mason, quisiera saber si el documento que usted le mostró era un plano que indicaba el atajo...

—Sí, Señoría; lo era.

—Y en este plano, ¿había una flecha en el lugar de la segunda bifurcación?

—Sí, Señoría.

—¿Señalaba a la derecha, o a la izquierda?

—Indudablemente a la izquierda, Señoría.

—Entonces, con ayuda de ese plano, ¿su deber es poner en duda la sinceridad del testigo, mister Mason!

—¿Por qué, Señoría? Miss Meade declaró haberle indicado verbalmente un atajo a mi cliente. Fue mi cliente quien dijo que, para ello, miss Meade se sirvió de un plano que guardaba en un cajón de su *secreter*. Pero el hecho de que en ese plano haya una flecha señalando a la izquierda no indica que miss Meade dijese a mi cliente que tomase el camino de la izquierda. Miss Meade se sirvió simplemente del plano para refrescar su memoria y estoy convencido que le dijo a mi cliente que tomase el camino de la derecha.

—Sin embargo, quiero hacerle algunas preguntas a miss Meade —declaró el juez Bagby.

Dartley Irwin se conmovió violentamente:

—Señoría, si hace eso, no es necesario que Richard Gilman esté presente. ¡Ella no debe verle en absoluto!

—¡Esto se está complicando! —aseguró el juez humorísticamente. Y, volviéndose hacia Hamilton Burger, añadió—: Señor fiscal del distrito, creo que preferirá usted renunciar a seguir con la demandada para cooperar con el Gobierno a fin de aclarar este asunto.

—Señoría —respondió Burger con helada dignidad—, yo no renuncio a seguir hasta que estoy convencido de la inocencia del demandado.

—Pero si, como consecuencia, se descubre que la demandada es culpable, nada se opondrá a que la haga detener de nuevo. La demandada no será reconocida inocente, porque usted renuncie a seguir: esto sólo significa que, en el estado actual de las cosas, usted no tiene pruebas suficientes que le permitan sospechar de ella.

—¡Esto causará mal efecto en los periódicos!

—¡Oh, desde luego! —dijo el juez Bagby, irritado—. Si da usted más importancia a lo que los periódicos puedan escribir de usted que al ejercicio de la justicia...

—¡No tiene derecho a decir esto, Señoría! —protestó Burger—. ¡No lo merezco!

—Señores, voy a reanudar esta audiencia según la manera requerida —anunció secamente el juez—. Consiento en dispensar, por el momento, a míster Gilman de su presencia ante el tribunal, aunque haya sido citado legalmente para comparecer. Pero esperará aquí mismo, en mi despacho, hasta el final de la audiencia y, si la defensa lo exige, deberá declarar en público.

—Pero, Señoría —exclamó Irwin—, le hemos explicado la situación y...

—Lo sé —aseguró el juez Bagby—, pero si ello tiene tanto interés para el Gobierno, ¿por qué no logra que míster Burger renuncie momentáneamente a seguir con la demandada?

—Señoría, está visto cuál es su actitud...

—En tal caso —confirmó el juez Bagby, levantándose—, voy a reanudar la audiencia y a volver a llamar a Mauvis Meade para hacerle algunas preguntas. Después, seguiremos el procedimiento habitual.

Capítulo 15

El juez Bagby miró pensativamente a Mauvis Meade cuando la novelista volvió a sentarse en el sillón destinado a los testigos. Dukes ocupó nuevamente su puesto tras la barrera de separación.

—Miss Meade —dijo el juez—, este señor que la acompaña y que está ahora sentado en primera fila, ¿es para usted un guardaespaldas?

—Sí, Señoría.

—¿Para qué necesita usted uno?

—Porque constantemente soy importunada... por gente que desea hablarme... pedirme autógrafos... gente a la que no quiero ver.

—Lo comprendo. Pero, ¿es sólo por esta razón por lo que se hace usted acompañar por un guardaespaldas? ¿No tiene usted miedo de algo?

—No, Señoría.

—Cuando procedió a su interrogatorio, esta mañana, míster Mason le mostró un papel.

—Sí, Señoría.

—¿Reconoció usted ese papel?

Mauvis Meade miró desesperadamente a su alrededor y luego dijo:

—Creo haberlo reconocido.

—¿Se trataba del plano que dibujó usted misma y que en un tiempo estuvo, en su poder?

—Míster Mason me lo enseñó sólo un momento... No pude verlo con detenimiento...

—No obstante, lo vio lo suficiente como para tener la sensación de reconocerlo.

—Sí.

—¿Se trataba de un plano en el que una flecha indicaba el camino que conducía a la cabaña de Pine Glen?

—Creo que sí, Señoría. Pero estoy segura de haber dicho a la demandada que en esa bifurcación debía tomar el otro camino, el de la derecha.

—¿Sabe usted por qué la demandada arrancó de su bloc las notas que tomó, dictadas por usted, y las arrojó a la papelera?

—No creo que hiciera eso.

—Pero, ¿encontró usted esas notas en la papelera?

—Sí.

—¿Sabe usted quién las arrancó del bloc?

Mauvis Meade respiró profundamente y dijo:

—Fui yo.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no quería que conservase esas notas.

—¿Por qué razón?

—Después de reflexionar, consideré preferible que nadie pudiera creer que conocía ese atajo.

—¿Había ido usted ya a la cabaña?

—Me... me niego a contestar a esa pregunta.

—¿Por qué?

—Porque la respuesta tendería a culparme.

—Dadas las circunstancias, el tribunal no ve razón alguna para que haga usted prevalecer el derecho constitucional. Su objeción no es admitida.

En aquel momento se elevó una voz entre los asistentes:

—Señoría, pido que se me escuche.

Un hombre alto, de perfil equino, grandes ojos azules desprovistos de expresión, y mentón enérgico, se adelantó rápidamente por el pasillo central.

—Señoría, me llamo Wendell Parnell Jarvis y represento a miss Meade. Creo que el tribunal ha comprendido mal la objeción de mi cliente. Miss Meade no se niega a contestar a la pregunta de este tribunal a causa del asesinato cometido en la cabaña, sino por otras cosas, que, según supongo, son objeto actualmente de una investigación por parte de un servicio gubernamental.

El juez Bagby suspiró:

—Muy bien. Sin embargo, la situación es muy confusa y debería ser esclarecida antes de que este tribunal se pronuncie. ¿Tienen algún inconveniente las partes litigantes en que esta audiencia sea aplazada para una fecha posterior? ¿Dentro de quince días, por ejemplo?

—¿Se dejará libre a la demandada, o no? —preguntó Hamilton Burger.

—Será puesta en libertad bajo fianza.

—Entonces, me opongo a que se haga ese aplazamiento —declaró Burger.

—¿Puedo hacer una pregunta a la testigo? —dijo Mason.

—Sí —respondió el juez.

—Miss Meade, tiene usted un miedo terrible, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¿No es cierto? —insistió el abogado.

—Ruego al tribunal —intervino entonces Jarvis—. Esta pregunta no creo que tenga ninguna relación con el caso.

—No se admite la objeción —dijo el juez—. Está usted únicamente aquí para aconsejar a la testigo sobre sus derechos constitucionales. Su misión no es intervenir en el desarrollo de la audiencia. Únicamente el ministerio fiscal y la defensa están autorizados a hacerlo. Responda a la pregunta, miss Meade.

La novelista pareció vacilar; luego, lentamente, sacudió la cabeza.

—No fue usted quien contrató a ese guardaespaldas, ¿verdad, miss Meade? —prosiguió Mason—. Está pagado por otra persona, no para velar por su seguridad sino para que no se aparte de cierta línea de conducta y no haga declaraciones susceptibles, de culpar a terceros... ¿No es cierto?

Mauvis continuó silenciosa.

—¿No es cierto que, sabiendo que estaba usted en peligro, escribió una carta que debía ser remitida a la policía en caso de que usted muriese o desapareciese? ¿No es verdad que, no atreviéndose a conservar esa carta, la confió a Gladys Doyle, para que no dejase de leerla si algo le ocurría a usted? ¿No es cierto que alguien intentó que pasase usted el último fin de semana en el *Albergue de las Cumbres*, con el pretexto de un asunto publicitario, para registrar

su apartamento? ¿No es verdad que, al regresar usted, viendo que su apartamento había sido registrado, se precipitó hacia la habitación de Gladys Doyle para buscar la carta en cuestión y vio que había desaparecido?

—Ruego al tribunal —exclamó Jarvis—. ¡Eso no tiene nada que ver con el asunto que aquí se trata! ¡Aunque el ministerio fiscal no eleve ninguna objeción, esta testigo no debe continuar viéndose asaltada por semejantes preguntas de la defensa!

—La testigo no se ha negado aún a responder —dijo simplemente el juez.

—¿Entonces? —dijo Mason mirando a Mauvis Meade, que seguía dudando.

Bruscamente, el juez Bagby se inclinó hacia la novelista y le dijo:

—Miss Meade, está usted aquí ante un tribunal. Si se siente en peligro, amenazada por alguien, créame, el mejor medio de asegurarse una protección es que se confíe enteramente al tribunal.

—Sí, Señoría —dijo entonces Mauvis Meade, impulsivamente—. Voy a contarle todo y a pedir la protección del tribunal.

—¿Contra quién? —preguntó el juez.

—Contra Gregory Alson Dunkirk, contra mi supuesto guardaespaldas, Dukes Lawton, y contra ese abogado, Wendell P. Jarvis, que en realidad está aquí para defender los intereses de Gregory Dunkirk.

—¡Un momento! —protestó enérgicamente Jarvis—. ¡Tienen que escucharme! Protesto rotundamente...

—Ya protestará usted luego —le interrumpió el juez—. Ahora, vuelva a sentarse. La testigo tiene la palabra. Continúe, miss Meade. Cuéntenos su historia.

—Cuando encontré a Gregory Dunkirk —dijo la novelista—, había conocido ya a otros hombres, pero Greg era distinto. Falto de escrúpulos y muy poderoso, me utilizó para realizar algunas combinaciones que había preparado con la ayuda de ciertos «confidentes»...

—Miss Meade, ¿sabe usted lo que está diciendo? —intervino Jarvis.

—¡Le he dicho que se siente! —gritó el juez Bagby—. Dice que está usted aquí para representar a miss Meade y ella pide la

protección del tribunal contra usted. Si vuelve a pronunciar una sola palabra sin que le haya invitado a hacerlo, lo haré detener por desacato a un magistrado. Continúe, miss Meade.

—Josh Manly estaba mezclado en esos *asuntos*. Yo sólo conocía algunos detalles, pero Manly estaba al corriente de todo. La cabaña era nuestro lugar de reunión. Algunas veces nos encontrábamos allí; otras yo iba simplemente a buscar gruesas sumas de dinero que estaban escondidas en la olla que hay en la alacena.

—¿Y qué hacía usted con esas sumas de dinero?

—Se las entregaba a Greg... a míster Dunkirk.

—¿Y qué más?

—Luego traté de liberarme, pero me di cuenta de que no podía. Estaba demasiado íntimamente mezclada con esos tráficos. Entonces empecé a tener miedo, y escribí esa carta, sobre la que me ha interrogado míster Mason. Se la entregué a Gladys Doyle. Reflexionando, encontré muy extraña esa entrevista que me pedían en el *Albergue de las Cumbres*. Telefoneé a la *American Film* para preguntar si Edgar Carlisle pertenecía a su departamento de publicidad. Me dijeron que no. Entonces tomé disposiciones para que Gladys acudiera a esa entrevista en mi lugar. Yo me escondí, porque estaba segura... porque tenía miedo.

—¿Miedo de Gregory Dunkirk?

—No, exactamente, no...

—¿De quién, entonces?

—Prefiero no decirlo.

El juez frunció las cejas.

—¿Puedo hacer una pregunta, Señoría? —preguntó Mason.

—¿Cree usted que puede aclarar esta historia? —dijo el juez.

—Creo que sí —respondió Mason. Luego, volviéndose hacia la testigo, dijo—: Miss Meade, tiene usted fama de ser una mujer atractiva y seductora... ¿Se comportó usted así en sus... relaciones con Josh Manly?

—Me esforcé en ser natural.

—Pero, al cabo de algún tiempo, ¿él se insinuó?

—Sí.

—¿Y cree usted que fue por esto por lo que lo mataron?

—No... no sé.

Mason se dirigió entonces al juez Bagby:

—Creo que quisieron que miss Meade fuera al *Albergue de las Cumbres*, a fin de poder penetrar en su casa durante su ausencia y apoderarse de la carta que había confiado a Gladys Doyle. Creo que había hablado a Manly de esta carta, para hacerle comprender a él y a los otros que si la hacían desaparecer, se encontrarían inmediatamente denunciados a la policía. Manly debió de contarle eso a los demás y es posible que, si miss Meade hubiera ido en persona al *Albergue de las Cumbres*, hubiese sido víctima de un accidente. Quizá su coche hubiera caído a un barranco, puesto que, desde que se apoderaron de la famosa carta, la vida de miss Meade estaba en peligro. Pero, afortunadamente, temiendo algo, miss Meade se escondió en lugar de ir al *Albergue*.

»Sin embargo, no tenía más remedio que volver a su apartamento. Para ello esperó a que Gladys Doyle hubiera regresado. No sólo miss Meade vio confirmados sus temores, hallando el apartamento en desorden, sino que además se le puso inmediatamente un supuesto guardaespaldas, cuya misión era esencialmente velar para que no tuviese el menor contacto con la policía. Y creo que ahora, por primera vez, tiene la oportunidad de hablar libremente.

—Entonces, ¿quién cree usted que mató a Manly? —preguntó el juez Bagby.

—No acuso a nadie, Señoría. Pero, en la olla de acero inoxidable que hay en la cabaña, la policía ha encontrado una huella aun no identificada. Por otra parte, alguien ha registrado el apartamento de Mauvis Meade en busca de la famosa carta, y, desde que ésta fue descubierta, se firmó prácticamente la sentencia de muerte de miss Meade. Sin embargo, más tarde, otra persona entró en el apartamento y vio que había sido registrado. Esta persona efectuó a su vez un registro y descubrió dos cosas: un plano indicando el emplazamiento de la cabaña, y el pañuelo con los tres monos simbólicos. Esa persona se llevó ambas cosas. Eso sucedió *después* de haber sido muerto Manly, pero *antes* de que volviese miss Doyle.

»Simplemente porque la puerta fue forzada y el apartamento registrado, la policía supuso que todo fue hecho por una sola persona. Pero yo creo que fue registrado en dos veces, por dos personas distintas. El pañuelo fue robado antes de que la policía fuese informada del asesinato. Lo cogieron sólo con la idea de que

se sospechase de Mauvis Meade. Así, puede suponerse lógicamente que el pañuelo fue robado por el asesino de Manly.

—¿Y quién fue? —preguntó el juez Bagby.

—Sólo es una deducción por mi parte, pero creo que si el teniente Tragg compara la huella encontrada en la olla con las de mistress Manly, no tendrá que buscar mucho más para identificar al asesino.

—Es una idea muy interesante —dijo el juez Bagby—. ¿Ha procedido usted a esa comparación, teniente Tragg?

El policía afirmó con la cabeza, pero mistress Manly se puso en pie de un salto.

—¡No me van ustedes a cargar el muerto! Suponiendo que hubiese estado en la cabaña, ¿qué demuestra eso?

—Demuestra que ha mentido usted.

Mistress Manly vaciló por espacio de un segundo y luego corrió hacia la puerta de salida. Tragg se levantó a medias y luego volvió a sentarse.

—¿No la detiene usted? —se indignó el juez.

—Ahora no —dijo tranquilamente el policía.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque tiene razón: la huella encontrada en la cabaña prueba sólo que ha mentido. Pero su huida, en cambio, representa una confesión de la cual el fiscal del distrito podrá sacar partido. Por eso he preferido dejarla correr un poco... antes de detenerla.

Lentamente, el rostro del juez Bagby se fue iluminando hasta sonreír francamente.

—Siempre es un placer —dijo— ver trabajar a un buen policía.

Capítulo 16

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se hallaban reunidos en el despacho del abogado. La secretaria estaba manipulando en una cafetera eléctrica.

—Y ahora, querido jefe —dijo Drake—, ¿por qué no nos das algunas explicaciones? ¿Cómo sabías...?

—Yo no sabía —respondió el abogado—, pero tenía una sospecha cada vez más clara.

—¿Cómo es eso?

—Había alguien que trataba de comprometer demasiado a Mauvis Meade en este asunto, alguien que a toda costa quería buscarle complicaciones. Recibí una carta escrita a máquina, acompañando al plano que debió ser sustraído del apartamento de la novelista. Así, pues, la carta fue escrita por la persona que robó el plano. Cuando fuimos a casa de los Manly, mistress Manly nos dijo que estaba haciendo limpieza. Quiso quitarse los guantes de goma, y vimos que la punta de sus dedos estaba manchada de algo oscuro. ¿Cómo puede uno ensuciarse los dedos haciendo limpieza con los guantes puestos?

—¿Una cinta de máquina? —sugirió rápidamente Della.

—Exactamente. No se puede cambiar una cinta con las manos enguantadas. El hecho de que tuviese los dedos manchados no fue lo que me hizo sospechar, sino el modo cómo se volvió a poner los guantes rápidamente. Me di cuenta de eso, pero su significado no lo comprendí hasta mucho más tarde.

»Además del plano, la caja de cartuchos, envuelta en el pañuelo, estaba destinada a aguijonear a los investigadores hacia Mauvis Meade. Y el pañuelo tuvo que ser robado en el apartamento de la novelista. Esta última tenía un defecto: no podía estar a solas con un hombre sin incitarlo a que le hiciese la corte. Así ocurrió con

Manly, aunque en un principio sus relaciones fueron puramente de negocios.

»Mistress Manly era una mujer sencilla y trabajadora que no podía competir con el *sex-appeal* y el arte de seducir desplegados por Mauvis Meade. Algo debió de despertar sus sospechas. Siguió a su marido, descubrió que tenía un segundo domicilio en la Residencia Gandarra, en cuyo garaje había un *jeep*. Siguiendo posiblemente al *jeep*, descubrió un día la cabaña de Pine Glen y vio llegar a Mauvis Meade.

»Mistress Manly volvió a su casa y esperó a que llegase su hora. Su marido volvió a la cabaña, el domingo pasado, o mejor, el lunes de madrugada, puesto que el crimen se cometió después de haberse marchado Gilman y mientras Gladys Doyle dormía profundamente. Mistress Manly se llevó un rifle del 22 largo y se escondió cerca de la cabaña, en un lugar desde el que podía vigilar la habitación que sería escenario del crimen y cuya ventana estaba abierta. Cuando mistress Manly vio a su marido entrar en la habitación, disparó y lo mató. Después, borró sus huellas y arrojó el arma por la ventana abierta. Desde luego, no se imaginó que Gladys Doyle estuviese durmiendo en la habitación contigua. Si mi cliente no oyó la detonación fue porque la bala fue arrojada fuera, a veinte o treinta metros de allí.

»Después de haber dado muerte a su marido, mistress Manly entró en la cabaña y miró en el interior de la olla de acero inoxidable, donde Joseph Manly dejaba gruesas sumas de dinero para Mauvis Meade.

»Mistress Manly tomó el dinero que había allí y regresó a su casa. Más tarde, cuando la policía investigó sin sospechar de Mauvis Meade, mistress Manly trató de comprometer a la novelista del modo que os he dicho. ¡Eso es todo!

—Cuando lo explica el jefe, parece *todo* tan sencillo... —dijo Della sirviéndoles café.

—¿Qué será ahora de Mauvis Meade y de Gladys Doyle? —preguntó Drake.

Mason se echó a reír:

—No hace falta que te preocupes de Mauvis Meade. La he visto salir escoltada por Dartley Irwin y dos de sus hombres. Debe de estar ahora declarando ante un jurado federal, y Gregory Dunkirk

estará muy ocupado en salvar su propia piel para pensar en nada más. Y no te preocupes tampoco por Gladys Doyle: ¡creo que reanudará sus relaciones con Richard Gilman!

Notas

[1] Jurado que decide si hubo crimen o no, y si existen razones para enviar al demandado a la Corte de Justicia. < <